Copa engañadora, que se hizo el
juramento del que bebió tus aguas.....!

LA ESTRANGERA
Ó LA
MUGER MISTERIOSA

POR

El Vizconde de Arlincourt

Tomo 2º

Valencia

Librería de Cabrerizo.

1830.

LA ESTRANGERA,

ó

La Muger MISTERIOSA.

Por el V. de Arlincourt.

Traduccion española.

TOMO II.

Valencia.

IMPRENTA DE CABRERIZO.

1830.

La Estrangera,

ó

La Muger misteriosa.

Libro séptimo.

¡Cual ha variado la opinion pública con respecto á la Estrangera!... Alaïs, amada de Ines de Meranie y protegida por Felipe Augusto, ha escitado la admiracion de la comarca. Objeto de todos los pensamientos, y asunto de todas las conversaciones, ya no la miran como una proscrita culpable, sino como una ilustre desgraciada. Su belleza ha parecido celestial en el tri-

bunal de san Ireneo, asi como sublime su lenguaje: ninguna sospecha se mezcla ahora á su existencia; y aquel mismo público injusto que antes solo veía iniquidades en los dias pasados de la Estrangera, llena hoy de virtudes admirables la vida desconocida de Alaïs.

Los mensages de Ines y del rey son un misterio que nadie alcanza á comprender; hasta el comportamiento del Prior ha parecido estraordinario: solo un hecho se ha presentado claro á la generalidad de los espectadores: Arturo ama perdidamente á la Estrangera, y este amor sublime interesa á todos los corazones.

Poco despues de haber salido volvió el Prior á entrar en el salon de audiencia, donde le esperaban impacientes los jueces y la multitud. Conferenció algunos minutos con los miembros del tribunal, y tras esto desde lo

alto del trono absolvió solemnemente á los acusados; cuya sentencia confirmaron las aclamaciones generales, y la aprobacion universal.

Mas ¿en que consiste que Valdebourg existe aun? ¿quien le salvó del seno de las aguas? ¿por que ha tardado tanto en manifestarse? tales son las preguntas que mutuamente se dirigen todos al salir del célebre recinto. Ademas, la súbita aparicion del baron tiene cierto aire de maravilla; pero sin embargo, nada habia de sobrenatural en los acontecimientos que la habian preparado.

Cuando cayó en el lago despues de su fatal combate con Arturo, conservó, á pesar de sus heridas, bastantes fuerzas para luchar con las olas, y una de ellas le arrojó á la playa, dejándole entre dos rocas á corta distancia de su vivienda. Desde alli, habiendo conseguido levantarse, pudo llegar, aun-

que con trabajo, hasta la senda del monte, adonde acudió su leal escudero, llamado por el eco de sus lastimeros quejidos. Trasportole Onigel á la habitacion, y cual nuevo Esculapio acostumbrado en otros tiempos á asistir á los guerreros heridos en el campo, logró conservar la vida á su señor, sin mas auxilio que su cuidado.

Hecha la primer cura, movido Valdebourg de poderosas razones, deseaba ocultar al público y á su hermana el lance de la noche: con este objeto quiso dejar en el momento su retiro; y hallándose poco distante la cabaña de un solitario, de cuyo buen afecto y discrecion estaba seguro, resolvió retirarse á ella y curarse en secreto, sin que nadie turbase su reposo con visitas y preguntas importunas. Su deseo quedó realizado muy pronto, merced al celoso cuidado de Onigel.

Luego que llegó á la morada del

anacoreta, le hizo jurar, como tambien á su escudero, que se conformarían puntualmente con sus intenciones: despues de lo cual se tendió en el lecho de dolor, y habiéndole entrado una violenta calentura, quedó privado del uso de los sentidos. La agitacion en que se hallaba su espíritu, y la fatiga que había rendido sus fuerzas, pusieron su vida en gran peligro, y por espacio de cerca de tres dias le tuvo fuera de sí un delirio contínuo.

En este intervalo habian ido los emisarios del Prior al pabellon de la roca; mas halláronlo desierto y abandonado: Onigel había desaparecido tambien de la comarca, y no se había dejado ver de nadie.

Entre tanto al despuntar la aurora del dia tercero, bajó el solitario al valle en busca de algunos simples que necesitaba Onigel para cu-

rar las heridas de su amo, y supo de un pastor el arresto de la Estrangera y el peligro que la amenazaba. El ermitaño contó estas noticias al escudero de Valdebourg, y sobresaltado Onigel con la idea de que Alaïs podría quizá perecer víctima de una acusacion la mas injusta, lo refirió todo á su señor, que acababa de volver en su acuerdo.

Pero ¡que espanto se apodera de Valdebourg!.... ¡la Estrangera acusada de un homicidio! ¡su hermana conducida al cadalso! ha recobrado algun tanto sus fuerzas, y resuelve levantarse y partir al momento á san Ireneo: ni un minuto debe perderse. En vano quiere estorvarlo el escudero: á nada atiende, deja el lecho, y pálido, moribundo, tal como un espectro evocado por las tumbas, se presenta en el monasterio.

Al verle los religiosos que se hallaban á la parte de á fuera, temiendo los

gritos y desórden de la multitud, le separan del bullicio, condúcenle por una mina oculta á la entrada secreta del tribunal, y los acusados son absueltos.

Arturo se halla en el castillo de Montolin; mas ¿como ha regresado á él? ¿quien le ha conducido? De nada se acuerda. La escena del claustro de san Ireneo es la única época de su vida, y el solo objeto que conserva su memoria, de la cual se ha borrado todo lo demas.

La prision de Alaïs, los escritos de Ines de Meranie y de Felipe Augusto, el proceso y la sentencia, son para él hechos oscuros, incomprensibles y confusos; mas la aparicion de Valdebourg, la severa mirada de su amigo, la mano que le detuvo, y las palabras que escuchó, todos estos objetos nada le ofrecen de dudoso ó vago; se hallan aun en su presencia, le persiguen, le matan.

El baron existe : Ravenstel ha perdido á la vez su amistad y su estimacion, y nada tiene ya que esperar de él, sino los efectos de su resentimiento. Alaïs obedecerá sin vacilar la voluntad de su hermano, á quien está estrechamente unida; y Arturo la ve perdida para siempre : su porvenir, despojado ya del encanto que le daba la esperanza, queda desnudo y vacío á sus ojos : su suerte es no conocer la primavera sino por sus tempestades, ni el amor sino por las penas que ocasiona.

Una de sus heridas era profunda, y como no se había cuidado de curarla, se enconaba cada dia mas; y adunados sus males físicos y morales, ambos se disputaban la presa. La vida es ya para él una carga insoportable : la menor accion le cuesta un esfuerzo violento : solo pronuncia tal cual palabra aislada, y estas salen con lenti-

tud, como si cada una fuese un dardo interior, que para llegar á sus labios hubiese de atravesar su pecho. A la manera que la saeta de un relox, cuyo movimiento se halla interrumpido, no se cura del tiempo que pasa, huye las miradas de todos, y permanece encerrado en su retiro. El señor de Montolin, Isolina y Olburgo, apenas pueden verle alguna vez; pues inaccesible y retraído, ódia la presencia de todo ser viviente, y se consume solitario víctima de las profundas penas que le afligen. Jóven en años, pero viejo en desgracias, va estenuándose visiblemente, y su razon estraviada marchita la primavera de su vida, y sus fuerzas aniquiladas, parece que mostrándole ya el sepulcro, le entregan al polvo de la nada.

Acuérdase tal vez del silencio de Alaïs, que hubiera podido justificarse en el tribunal, con sólo revelar el

nombre del culpable : á este recuerdo renace en su corazon la dulce idéa de que Alaïs se interesa en su suerte y le ama quizá ; mas su espíritu no puede detenerse en esta imágen lisongera: ha renunciado á toda esperanza ; coloca entre las ilusiones toda idea de consuelo , y ya no cree sino en la desventura.

Solo hay en el castillo un jóven cuya vista y asistencia le sea soportable : el page Dorindo , el mismo que la mañana del juicio puso en sus manos la carta de Niceta. Estaba enterado del amor con que miraba este jóven á la zagala ; y acaso le hubiera hablado de ella , si en el estado de abatimiento en que se hallaba , hubiese podido encontrar palabras para espresar algun pensamiento.

Una mañana , á tiempo que aparecía la aurora por el horizonte , se hallaba sentado júnto á una ventana so-

litaria, y contemplaba desde allí el mágico y risueño cuadro que iba desplegando á su vista la naturaleza encantadora. Una ligera brisa mecía blandamente las aguas del lago; el fondo azul de la bóveda celeste estaba matizado de nubes de oro, cuyas caprichosas formas, variaba continuamente el suave impulso del viento. Los arbustos que cubrian el valle, estendían en derredor de la ribera largas guirnaldas en forma de festones, cuyas flores siempre agitadas, confundían agradablemente sus colores; los ligeros vapores que se exhalaban de la tierra, presentaban en cierta lontananza las montañas, en donde se reflejaba á las veces la encendida púrpura del horizonte: embalsamado el prado con los suaves perfumes de la primavera, parecía dar entrada al templo de los placeres; y la undulacion, apenas distinguida de los arbo-

lillos del soto, que acariciaba la brisa matutina, semejaba á los dulcísimos latidos de un corazon tierno, que acaba de ser iniciado en las misteriosas delicias de Citéres.

Suspira Arturo al contemplar esta escena sublime; por fin cautivan su atencion objetos esteriores. Aquel cielo diáfano y relumbrante, aquella naturaleza llena de armonía, se presentan á sus ojos como unos consoladores divinos. A su vista recuerda los dias venturosos de su juventud, en que en cierto modo parte de su existencia, y su alma fogosa miraba como propia la sublime pureza de estos objetos, que cual si estuviesen dotados de palabra, le tornan á la vida, y le fijan de nuevo en la tierra.

—¡Brillante aurora! esclama, ¡floridos bosquecillos! ¡límpidas y argentadas aguas! ¿Será que podais interesarme todavía?.... ¡Ay! no; vosotros

sois tan pérfidos como todo el resto de la creacion: nada existe en este suelo que no sea falso y engañoso. ¡Oh naturaleza! ¡cuanto te amé! Confundido en otro tiempo en tu esencia, esperimentaba una delicia que no me causa ya tu comunicacion: habláblasme entonces; mi corazon comprendía tu lenguaje, y yo era tu venturoso amigo. Desaparecieron, empero, tan gratas ilusiones; ninguna relacion existe ahora entre nosotros; se acabaron ya nuestros dulces coloquios; te veo, sí.... mas ¡ay! yo me hallo solo y aislado.

Dorindo, el page querido de Arturo, corre á él con semblante risueño: acababa de oir la voz de su señor, y la dulzura de sus palabras le había encantado. — Page leal, le dice el conde, ¿que ha sido de Niceta? — Señor, responde Dorindo maravillado de esta pregunta, despues del ter-

rible acontecimiento no he salido del castillo: os veo padecer, y no quiero apartarme de vuestro lado, ni habrá alegría para mí mientras pueda darme cuidado vuestra salud.

— Gracias, jóven amable, responde Arturo.... ve á verla.

Ocúrrele de improviso una idea, y añade: — Tú la amas.... que venga esta tarde al castillo. No te detengas, parte: quisiera hablarla.

Ya está el sensible page fuera del castillo.

A la caída de la tarde es Niceta introducida en la habitacion de Arturo: éste se halla todavía débil; la vista de la zagala le renueva á la vez mil memorias crueles, y le cuesta gran trabajo tranquilizar su imaginacion.

— Niceta, la dice con voz desfallecida, he padecido mucho, y todavía padezco.... mas quizá que tu ama. ¿Se ha restituido al bosque?

—Se halla en compañía de su hermano. El baron de Valdebourg está casi moribundo, y ella vela dia y noche en el pabellon de la roca sin salir nunca de su habitacion.

—¿La has visto?

—Sí señor: ¡ay! ¡yo moriría si me separasen de su lado!

—¡Feliz Niceta! ella te ama.

—Espero no dejarla jamás: me ha prometido que la seguiré....

—¡Seguir! ¿y adonde?

—Debe partir muy pronto para paises remotos. No sé adonde; mas estoy segura de que tan pronto como el baron se restablezca y se halle en estado de sobrellevar las fatigas de un viage, dejará para siempre estos valles.

—¡Para siempre!.... repite el conde, y caminando agitado por la sala, se cubre con la mano los ojos, y cae sobre una silla abrumado de pena.

..

El nuevo golpe que acaba de recibir, ha agotado la poca fuerza moral que había recobrado; el desórden de sus discursos, y la estrema palidez de su rostro se aumentan visiblemente.

— Niceta, prosigue con voz débil y apagada, dile cuando la veas.... mas no, no quiero que le hablen ya de mí.... ¿con que objeto? Bastante sabe.... Ya ves mi estado.... Nada tengo que decir en este mundo.

Estremecida la huérfana al ver el desórden en que se halla su entendimiento, no se atreve á responderle.

— Segun eso, prosigue Arturo con una voz profunda y penetrante, si el baron se hallase mejor esta noche, podría partir mañana.

— Mañana.... sí señor.... bien podrá ser, dice medio balbuciente la turbada niña.

Y fijos sus ojos en el amante de

Alaïs, ve pintado en ellos el temor y la compasion.

—¡Señor! puesto que la amais....

—¿Y quien te lo ha dicho? interrumpe el conde con cierta violencia.

—Nadie, señor, nadie, responde asustada la pobre niña: y juntando las manos continúa con el acento sencillo del arrepentimiento y del ruego. Perdonad: yo pensaba.... había creído.... vuestro lenguaje y vuestras penas.... yo no sé ya lo que me digo.

—Tienes razon, repone Arturo levantándose como quien vuelve de un deliquio: hablabas bien y decías la verdad.

Y con un tono tan apasionado como sencillas eran sus palabras: —Sí, continúa, la he amado, lo confieso; la he amado de corazon; la he amado mucho, Niceta.

—Es ya hora de que me retire, señor, dice la zagala temblando: y

mira en derredor buscando algun medio para salir.

Recobra Ravenstel la calma; y acercándose á Niceta: —Jóven interesante, la dice; sé que un page del castillo ha logrado agradarte, y que tu escasa fortuna es el obstáculo que os separa: quiero, pues, contribuir á la felicidad de dos seres antes de bajar al sepulcro. He aqui este cofrecito lleno de oro: acéptalo para que forme tu dote; sea Dorindo esposo tuyo, que no todos los corazones formados para el amor, han de ser cruelmente destrozados como lo es el mio.

—¿Quien? ¡Yo! responde la huérfana, ¡yo casarme con un page del castillo! No, señor Arturo, jamás.

—¿Pero él te ama? ¿posee tu corazon?

—No puedo negarlo, señor: le amo, y él dice tambien que me ama;

pero conozco mis deberes, y no seré su esposa.

— ¿Como?

— Dorindo, señor, pertenece á una familia ilustre; y aunque en este momento sirve en clase de page, no tardará á ser escudero: será un dia caballero, y aun quizá señor de vasallos. No he nacido yo para su compañera; y aunque sea para mí un sacrificio muy doloroso, no debo admitir sus obsequios: amo menos mi felicidad que la suya, y disto mucho de desear humillarle casándome con él. Él es generoso y apasionado, y no dudará sacrificarme hoy cuanto pueda esperar en lo sucesivo; mas en pos de esta generosidad vendría un dia el arrepentimiento.... y pasados ya los primeros arrebatos del amor, la reflexion tardía.... No, jamás seré yo su esposa.

— ¡Que es esto, Niceta! ¡Sueñas

por ventura! pues que tu corazon....

—Debemos acostumbrarnos á vencer sus inclinaciones, y lo consigue todo aquel que de veras lo desea. La Providencia quiso que yo naciese de padres humildes; yo pues limitaré mis deseos á lo que permite mi esfera: tal es mi deber, al que espero no faltar. El que se sale de su clase, no pertenece ya á ninguna; y como está fuera de su lugar, en todas partes se halla mal. Hija del campo abrí los ojos, aldeana los cerraré.

—¿Renuncias segun eso el himeneo?

—No; si es necesario que elija un esposo, me uniré al que poco antes de morir me designó mi madre. Apenas le conozco: no es hermoso ni jóven; mas sabiendo que tiene buen corazon, ¿que mas puedo pedir? ¡Ay! no lo niego: es natural que en secreto llore por mucho tiempo á Dorindo;

mas lejos de él dirigiré mis plegarias á Dios, y la virtud vencerá al amor. Habré seguido el camino recto, y esta consideracion fortalece y consuela: contemplaré la brevedad de la existencia humana; dirigiré mis miradas mas allá de este tránsito de prueba, y Dios se compadecerá de Niceta.

— ¡Niña admirable! esclama el conde de Ravenstel, ¡digna discípula de la Estrangera! Bien se echa de ver que es Alaïs la que ha formado tu corazon! Parte, pues lo deseas; llévate mi cofrecito, y dispon como quieras de tu persona.... ¡Ah! ¡quien tuviera tu esfuerzo!.... no, no rehuses el corto don que te ofrezco: soy rico y puedo dar.... jamás tendré á mi lado una esposa.... ¡ay! retírate.

Pronuncia con tono vehemente estas palabras, y sin que ella pueda resistirle, saca fuera de la sala á la huérfana, que á su pesar tiene que

llevarse el precioso cofrecillo.

— ¡Que ejemplo! ¡que leccion! dice Arturo dentro de sí mismo, luego que se ve solo; ¡y me los ha dado una aldeana! Criada en los campos no ha recibido ninguna instruccion; mas ¡cuan sólida y pura es su doctrina! ¡cuan preferible es lo que le ha dictado la razon natural á todo lo que me ha enseñado á mí la moral filosófica! ella sabe enfrenar su corazon, yo me hallo dominado por el mio; ella antepone al cielo á todo lo demas, yo abandono el cielo por la tierra; ella en fin no ha estudiado sino su alma; yo lo he estudiado todo, menos á mí mismo. Niceta posee los dones que da el Eterno, razon, candor, inocencia, piedad; y yo alimentado con las ciencias sublimes, solo poseo los presentes del hombre, ¿y para que me han servido?.... para causar mi desventura.

Las sombras de la noche habian descendido ya de las altas montañas, y comenzaban á estenderse por los campos de Montolin. El conde de Ravenstel, despues de haber pasado un dia lleno de angustia y amargura, toma súbitamente una resolucion: la noticia de la próxima partida de la Estrangera le ha sacado de golpe de su acostumbrada apatía y languidez. — ¡Perder á Alaïs para siempre! Esta espantosa idea le ha vuelto alguna energía: quiere ir aquella misma noche al pabellon de Valdebourg, echarse á los pies de su amigo, pintarle sus remordimientos, implorar su perdon, y decir el último á Dios á la Estrangera.

Ninguna ilusion se hace ya Arturo para lo venidero, porque ya no tiene esperanza de felicidad: no sabe cual es la terrible barrera que le separa del objeto de su amor; mas conoce que es

insuperable, y una voz interior le grita de contínuo que Alaïs no puede ser suya.

La herida mas profunda que al principio no había parecido peligrosa, se había ido enconando de dia en dia; porque obstinado Arturo en no recibir los auxilios del arte, suponía que se hallaba ya cicatrizada. Su color, animado por el fuego que interiormente le devora, seduce á los que le observan; sus ojos están vivos y brillantes, y sus facciones conservan toda su frescura y atractivo. Asi se ve tal vez un cerro fúnebre cubierto de guirnaldas de flores.

Ya ha salido Arturo del castillo, y aunque su debilidad parece no debía permitirle dar un paso, suple la falta de fuerza el ardor de su imaginacion; que la desesperacion lleva consigo un principio de vida, y su fuego que acaba devorando,

principia aumentando las fuerzas.

Hacía una noche deliciosa: jamás el sol de ocaso habia enriquecido á la tierra con tan bellos reflejos: pintábanse en las aguas del lago los colores del cielo, y los ojos se deleitaban á la vez con el espectáculo magnífico de dos firmamentos encendidos. El aire era manso y apacible; la dulce filomena encantaba los bosques con sus amorosos trinos; todo el valle ofrecía un aspecto tan alegre y risueño, que no era dado sospechar que habitára en su seno ningun genio maléfico y sombrío, ni en tan deliciosos momentos podía temerse mal alguno en aquellas florestas venturosas.

Llega Arturo al pie del monte en donde está la habitacion de Valdebourg; trepa por la tortuosa senda que conduce al rellano; ya se halla en el término de su viage.

La morada del baron está débilmen-

te iluminada, y Arturo, rendido á la fatiga, se detiene al pie de las gradas que hay á la puerta. Sus megillas están pálidas y frías; palpita estremecido su corazan; teme dar un paso mas, y retrocede horrorizado al contemplar las sensaciones que le aguardan; desconfía enteramente de sus fuerzas, y sentándose al pie de una columna, solo, indignado consigo mismo, se busca y se pregunta; mas ¡ay! ni se halla, ni hay en él nada que le responda.

Alza los ojos hácia las estrellas que centellaban en la bóveda etérea; pero sus labios permanecen inmóviles: los hábitos de la niñez le han acostumbrado á implorar cuando se padece los auxilios del supremo Consolador de los males. Tal vez en aquel momento hubiera deseado orar; mas no está en su mano pensar en ello: era necesario que tuviese á su lado

quien hubiera principiado la oracion.

Abrese la puerta del Peristilo y sale un sacerdote: es el Prior de san Ireneo. Levántase Arturo con precipitacion, corre hácia él, y esclama cogiéndole de los hábitos: — Ministro del Señor, el cielo os envía en mi socorro: he aqui al infeliz Arturo; oidme.

— ¡ Arturo !.... ¡ sería posible !.... responde el Prior sorprendido de tan inesperado encuentro. ¡ Solo, de noche, en este monte!.... ¿que quereis? ¿que es lo que buscais?

— El fin de los dolores que me atormentan. Quiero verá Valdebourg: uníanos la mas tierna amistad antes que mi mano hubiese derramado su sangre..... ¡ Ay ! el amargo remordimiento despedaza mi corazon; yo no puedo hallar tranquilidad. ... quiero bañar con mi llanto los pies del amigo mas tierno de mi juventud. Dirija una

sola mirada sobre el desventurado Arturo; y yo sé que su corazon se enternecerá: que pronuncie solo una palabra, un perdon, un á Dios, y yo moriré en paz.

— ¡Ah, conde de Ravenstel! el baron se halla en su última hora, y vuestra presencia solo serviría para agravar sus males. Una conferencia con vos le agitaría demasiadamente, y podría serle funestísima. No, vos no podeis ver á Valdebourg.

— Permitid, pues, al menos que al lado de su hermana....

— ¡Su hermana! ¡que osais proponerme!

— ¿Se halla aqui?

— Pregunta inútil. Alaïs no debe admitiros á su presencia; y yo os prohibo espresamente que os acerqueis á ella.

— ¡Vos me lo prohibís! ¿y quien os ha dado semejante derecho?

—El Arbitro supremo que nos juzga. Escusad, Arturo, arrebatos inútiles, escusad una obstinacion ciega. Conozco vuestra loca pasion, y mis labios que jamas engañaron os aseguran delante de Dios que la hermana de Valdebourg no puede ser vuestra: Oid en fin el lenguaje de la verdad; combatid una inclinacion funesta; renunciad para siempre á unos votos temerarios; sabed por último que todas las leyes divinas y humanas os separan de la Estrangera.

—¿Luego se halla consagrada al Señor?

—No; mas el Señor la prohibe consagrarse á vos.

—¿Y por que tal prohibicion? esclama vivamente Ravenstel. El mismo Valdebourg me lo aseguró: Alaïs, me dijo, es libre, no es esposa ni amante; vos me decís que no ha hecho votos religiosos. ¿Cuales son pues

esas leyes divinas y humanas que suponeis ponen una valla entre nosotros?

— No me es permitido revelar secretos agenos. Básteos saber que una potestad irresistible manda á la hermana de Valdebourg que se aleje para siempre de vos. Sabed tambien....

— ¡Hombre bárbaro! interrumpe Arturo recobrando su impetuoso ardor: destroza tranquilamente y sin piedad el alma del desgraciado que implora tu compasion. ¡Ah! tú discurres.... yo siento. No, no es posisible que hayas amado jamás; nunca sintió tu corazon el suave fuego que anima á las almas sensibles. En fin, apartaos, yo he de entrar.

— No entrareis, responde con entereza el Prior.

El conde de Ravenstel va á tirar de la espada.

— No, Arturo, no entrareis, continúa el Prior. ¡Insensato! ¿que cau-

sa teneis para ultrajarme asi? ¿ó que pensais lograr con esos arrebatos imprudentes? ¿Soy yo por ventura el que os priva de Alaïs? Bien al contrario: mi mayor satisfaccion sería poder daros mañana mismo la bendicion nupcial. Si tu amor está todavía sediento de sangre y te falta la mia, sea, atraviesa mi pecho con tu espada, puedes hacerlo seguro de que ninguna defensa he de oponerte: fácil te será vencerme aqui bajo; mas yo iré á esperarte en lo alto.

El ademan del santo Prelado: la energía de sus palabras y la fuerza de la caridad, desarman el furor de Arturo: paséase agitado bajo el pórtico, y recobra por grados la calma.

—Lo sé, dice al cabo de un rato: yo deliro sin duda. ¿Mas como es posible que tú, tú que no sentiste jamás la llama abrasadora del amor, sepas medir la fuerza de las pasiones? Si

hubieses amado, yo te diría entonces: *¡He aquí mi corazon; levántate, mira y juzga!* Yo sé que te condolerías de mi desgracia.

Detiénese, y cogiendo las manos del Prior.—¡Que digo! prosigue con tono penetrante, no, yo.... no merezco compasion: en mi ciego furor acabo de ultrajarte á ti, á tu santo ministerio, á Dios mismo. Destino mio es entregarme á todos los escesos: yo que nací virtuoso.... ¡mas que soy ahora!.... ahora no soy nada. ¡Ay! ¿por que no tuve yo un ser tan piadoso como tú que dirigiese mi juventud y repriniera su desenfrenada fogosidad?.... en el dia ya no quedan recursos ¡Mírame! ¿no ves, no comprendes las tormentas de mi alma? Ya conoces mi indomable furor: si persistes en negarme la entrada, me precipitas tú mismo en el delito. ¿Ves esa roca? allá bajo está el abismo.... sin

mas que dar unos pasos desaparezco para siempre. Perderáse un alma por tu culpa, ¡ y tú arrastrarás al sepulcro un remordimiento eterno ! ! !

Dice; y se encamina á la punta de la roca que se desprendía formando una salida sobre el lago de Montolin. Detiénele el Prior horrorizado.—¡Arturo! esclama, en nombre de Dios te pido que me oigas: ¿que vas á hacer?

Párase Ravenstel, y dice volviéndose al Prior: —¡ Y tú me hablas de Dios ! ¿ Pues ese mismo Dios no dice á tu corazon que cuando acuda á ti un desgraciado te compadezcas de él porque es tu hermano ? yo soy pues ese desgraciado, yo soy ese hermano..... ¡Ah cruel ! duélete de mí; no quieras parecerte á la escarpada roca que el triste náufrago procura en vano asir cuando se halla luchando con la muerte.... Heme postrado á tus pies, contempla mis lágrimas.... ten pie-

dad de mí; haz que yo pueda hablar un instante á la Estrangera; oiga yo de sus labios una sola palabra, y parto al momento. Tambien imploro tu perdon: conforta mi espíritu, tiéndeme tus brazos, estréchame contra tu seno..... ¡tengo tanta necesidad de hallar un corazon que me compadezca!...

El rostro pálido de Arturo, su actitud suplicante, cierto aspecto funesto, y como un presagio de muerte que se hallaban esparcidos por todas sus facciones, su patética voz y su afectuoso discurso, enternecen por fin al Prelado, el cual abre los brazos y estrecha con la mayor efusion al lastimado jóven.

— Espera aqui, le dice: cedo á la fuerza irresistible de tu dolor. No verás á Valdebourg, porque sería acelerar su muerte; mas quizá podré alcanzar de su hermana que consienta en oirte todavía una vez: por lo me-

nos voy á hacer cuanto esté de mi parte. Mas ¡Arturo! ¡que la conferencia sea corta! ¡sea este el último á Dios!

Tras estas palabras se entra el Prior solo en el pabellon.

El conde de Ravenstel va á ver á la Estrangera. ¿Y que? ¿en su situacion débil y dolorosa podrá sostener una prueba tan fuerte?..... Da algunos pasos hácia la roca que domina el lago, y parece que sus ojos se ocupan en sondear la profundidad de aquel abismo: ¿le pedirá tal vez un sepulcro? ¿buscará acaso con anticipacion el lugar que le pertenece?

Pero entretanto Alaïs no se presenta. Recuerda Arturo lo generosa que fue en el tribunal, y el deseo que manifestó de preservarle de todo peligro, é infiere de ello que le mira con algun afecto, puesto que quiso salvarle á riesgo de su propia vida. ¡Ah! si es

cierto que le ama, ¡cuanto no padecerá tambien en este momento! Esta idea le encanta á la vez y le atormenta. ¡Contradiccion incomprensible del corazon humano! El amante apasionado desea que la que adora sienta sus propias penas, sus mismas angustias, y al mismo tiempo desea tambien que sea feliz.

Los argentados rayos que despedian los astros de la noche iluminaban las blancas columnas del pabellon que se elevaba solitario y silencioso sobre la meseta que se formaba en la cumbre del monte. Era la hora misteriosa de las tiernas meditaciones: percibíase solo aquella luz velada, propia de las sitios destinados á las citas del amor; y reinaba la calma sublime que, como precursora del dulce vencimiento del pudor, prepara el alma al goce de la felicidad.

Mira Arturo en derredor de sí, y

todos los objetos blancos que agita la brisa de la noche, presentan á sus ojos la imágen de la Estrangera: escucha Arturo, y todas las voces de la naturaleza son para él la voz de Alaïs.

Mas ya han flotado bajo el peristilo esterior del pabellon los ligeros pliegues de un velo: es Alaïs, que pálida y vacilante se encamina lentamente hácia Arturo. Le busca y acelera sus pasos asi que se descubre; mas detiénese luego de golpe, y permanece inmóvil é indecisa: tal vez quiere volver atras, juzgando imprudente su deferencia..... Mas ha fijado los ojos en Arturo, y ya no está en su mano retirarse: tal como la flor enamorada del sol, contempla inmóvil al astro que la atrae.

Levántase el velo la Estrangera, y aparece mas hermosa que la esperanza en medio de la desgracia. Esta

sola accion llama á Arturo; corre hácia ella, y llevándola bajo los árboles del rellano:

— Alaïs, esclama, pronuncia tú misma mi sentencia: dime si debo vivir; dime tambien si debo morir.

— Arturo, contesta temblando la Estrangera, debes vivir.... mas no para mí.

— Eso es responderme que debo morir.

—Arturo, el honor y los deberes....

— ¡El honor! ¡los deberes! fantasmas vanos. Lo que está en contradiccion con las leyes del sentimiento y de la naturaleza, no es mas que una obra de los hombres; no es un precepto divino. ¡Alaïs, mi querida Alaïs! yo no puedo existir si tú me destierras de tu presencia: la navecilla sin timon, juguete de los huracanes y las borrascas; el pájaro herido por el cazador, que estiende su ala destro-

zada sobre el cesped que riega con su sangre; el arpa olvidada del bardo, cuyas cuerdas están ya rotas: he aqui lo que yo seré lejos de ti.

La apacible luz que despedía la bóveda celeste, penetrando por las hojosas copas de los árboles, iluminaba la hermosa y noble figura de Arturo, y la Estrangera descubre en su semblante los tormentos de su corazon. El rostro varonil del conde se halla como abatido por la intensidad de sus penas.... ¿Será pues ella bastante inhumana para aumentar todavía sus dolores?

— ¡Obra perfecta del Criador! continúa con el fuego de la pasion, yo renuncio á todo fuera de ti: ¡nada sino Alaïs existe para mí en este valle de amargura! Tú fuiste el primer objeto que se ofreció á mi vista cuando entré en el mundo: la idea de la felicidad toma una forma celestial; era la

tuya, eras tú misma. Mi imaginacion te había visto, mis ojos te vieron despues, y mi espíritu, mi corazon, la naturaleza, todo me gritó: *ven; hela aqui.* No estaba en mi albedrío dejar de amarte, ¿y estaría en el tuyo el no corresponderme? No: en vano la mano fría del destino quiere separarme de ti: á pesar de los hombres, de las leyes, del mundo entero, y del cielo mismo, es fuerza que Arturo sea amado.

Las grandes pasiones comunican energía y elocuencia. Alaïs escuchaba á Arturo, y no era facil permaneciese insensible á sus fogosos arrebatos.

— Jamás, prosigue, querrás tú confesarlo; mas yo he conmovido muchas veces tu corazon, porque debe ser grato ser amado como yo te amo. ¿No eres tú la que en el tribunal en donde hubieras podido perderme, quisiste salvar mi vida á riesgo de la tuya? ¡Ah! sin los crueles consejos que te

dan, tú cederías á los votos de Arturo; mas los crueles te han hablado, te han mandado que huyas de mí: ¿y con que título? ¿con que derecho?... ¡Alaïs! los abismos de la tierra abiertos á mis pies, el fuego del último dia, devorando la naturaleza entera, todas las espadas del universo levantadas á la vez sobre mi cabeza, el cielo en fin fulminando sus rayos contra nosotros; nada, nada, mientras me quede un soplo de existencia, podrá separarme de ti.

— ¡Como destrozas mi alma! responde la Estrangera penetrada de dolor. En vano querrás luchar contra el destino tu esfuerzo y tu perseverancia; debo repetírtelo otra vez: nosotros no podemos ser el uno del otro... Yo debo permanecer sola siempre.... siempre: en otro tiempo no me estremecía esta idea; y aunque separada del mundo y de los hombres, no me

encontraba aislada; mas ¡ay! lo confieso, noble Arturo, ahora considero por primera vez que en adelante me hallaré sola.

— ¡Querida Alaïs, amada mia! esclama Arturo enagenado. ¡Tú que eres la virtud misma!.... ¡tú que pura y sin mancilla....

Interrúmpele la Estrangera con un grito de dolor.

— ¡Sin mancilla!.... repite cubriéndose el rostro con ambas manos: ¡ah! no dirijais á mí semejantes palabras. ¡Sin mancilla! ¡Desgraciado Arturo! Tú no conoces todavía á esta infeliz.

— ¡Fatal secreto! ¡espantoso misterio! dice Ravenstel con el acento de la desesperacion.

— Cuando yo ya no exista, prosigue la Estrangera, lo que será pronto (dice poniendo la mano sobre el corazon), porque ya siento aqui la muerte, entonces, Arturo, defiende

mi memoria: la que tú pudiste amar con tanto ardor, era preciso que tuviese algunas virtudes. Cuando suene esta misma hora de la noche, testigo de nuestro último á Dios: esta hora silenciosa en la cual dominan con mayor imperio en el alma las ideas de dolor y amargura, acuérdate de la que ya entonces no existirá; vuele su nombre entre tus labios, ¡y no la olvides al dirigir tus preces al Eterno!... Demasiado he dicho; se acerca la hora....

— ¡Detente! ¡detente! grita Arturo próximo á sucumbir al peso de sus males; por mas crueles que sean para mí tus palabras, necesito oir tu voz. Tus acentos detienen mi vida, que perece sin remedio si partes..... por compasion siquiera óigate yo pronunciar algunas palabras mas.

Inclina la cabeza la Estrangera, y permanece algunos instantes como

abismada en profundas meditaciones.... Alza despues la frente con viveza, y se descubre en su semblante cierto aspecto que anuncia una determinacion fuerte. Alaïs como si hubiese sido inspirada, acababa de tomar una resolucion irrevocable.

—Arturo, le dice con acento enérgico y solemne, si vuestro corazon es todo mio, si es cierto que me amais tanto como espresan vuestros discursos, jurad á la faz del cielo que obedecereis la ley sagrada que voy á prescribiros.

—Manda, Alaïs, yo obedeceré, responde el abatido conde, cuya fortaleza va poco á poco cediendo al cúmulo de penas que le abruma: me resignaré gustoso á tu voluntad, con tal que la ley que quieras imponerme no me prive de tu presencia.

—No, yo lo protesto; el juramento que exijo no te abuyentará de mí.

— Pues bien, esclama Arturo sin mas reflexion: contempla cuan ilimitado es tu poder sobre mí, y acaba de conocer toda la estension de mi afecto: juro al cielo obedecer ciegamente tu precepto soberano, al que desde ahora me someto.

— ¡Gran Dios! dice la Estrangera, recibid su juramento, y dadle valor para cumplirle; dadme á mí fortaleza para escucharle, y que la terrible abnegacion de mí misma que hago en este momento, baste á espiar los estravíos de mi vida.

Vuélvese hácia el conde, levanta al cielo la mano, y la persuasion interior en que se halla de que con el sacrificio presente borra todos los errores pasados, da á su rostro angélico una espresion sobrenatural, y á toda su figura una actitud sublime.

— Oye pues la ley suprema que te impongo, dice con voz firme y terri-

ble: *¡Arturo! ¡Cásate con Isolina!*

Ya está pronunciado el decreto fatal. Iluminada Alaïs por los astros de la noche, pálida y ligera como su dudosa claridad, parece un espíritu divino, que habiendo intimado las órdenes del cielo, está pronto á remontarse á las esferas celestiales.

Al pronto quedó Arturo inmóvil como si hubiese sido herido por un rayo; recobrado despues quiso arrojarse tras Alaïs que huía rápidamente; mas el Prior, que sin ser visto acababa de oir las últimas palabras de la Estrangera, sale de repente de entre los árboles, y se coloca entre los dos. Alaïs se entra en el pabellon, y ¡ay! ¡quizá los dos amantes se han separado para siempre!

El Prior tiene asido al conde con una fuerza irresistible, y le arrastra en pos de sí: han llegado al pie de la roca, recíbelos una lancha, y ya bogan hácia Montolin.

Libro octavo.

Cinco veces había dorado la aurora las montañas de Montolin, y un espacio tan corto habia cambiado enteramente el aspecto del castillo. Ya no se hablaba de fiestas ni de placeres; había enmudecido la alegre corneta que solía resonar bajo las ventanas de aquel vasto edificio: acabáronse las cacerías y los banquetes; los bulliciosos ladridos de los perros no anuncian al despuntar del alba la partida de los adoradores de Diana, ni las antorchas de la gran galería iluminan el festin de la noche. Todos los ánimos se hallan agitados, todos los semblantes están abatidos: el do-

lor, la inquietud y la consternacion se han apoderado del recinto, en donde habitaba poco ha la mas pura alegría. ¿Y cual es la causa de tan triste mudanza? Arturo, el desventurado Arturo, postrado en el lecho de dolor, se halla á la orilla del sepulcro, y le quedan muy pocos instantes de vida.

El dia sexto, empero, brilló un rayo de esperanza: el Esculapio de Montolin no se manifestó tan sobresaltado de la situacion del enfermo; con efecto, Arturo ha salido del letargo en que habia estado sumergido por espacio de mas de ciento y veinte horas; ha conocido á las personas que le asistían, ha tomado alimento, y ha pronunciado algunas palabras.

Preséntase Olburgo: demúdase al verle el semblante de Arturo, échale una mirada llena de indignacion, y píntase en sus ojos todo el fuego de la cólera: nótalo Olburgo, y se sale

inmediatamente del aposento: si desea que su discípulo se restablezca, debe huir de su presencia.

Por fin ha calmado ya la fiebre ardiente que devoraba á Arturo; mas ¡ay Dios! ¡cuan deplorable es su situacion! el abatimiento moral, unido á la postracion física, le privan á la vez de todas sus facultades: mira en torno de sí, pero no se sabe si ve; escucha con atencion, mas se ignora si oye; parece que reflexiona, y nada acredita que piense. ¡Ay! cierto es que existe; mas no puede decirse que vive.

Ningun gemido se exhala de su seno, ningun disgusto se descubre en su semblante, ninguna palabra sentida sale de su boca. Aquel Arturo tan violento é impetuoso en otro tiempo, dócil ahora como el corderito recien-nacido, apacible como la fuente del desierto, triste como la campana de la

noche, ha perdido su fogoso ardimiento : sus penas son mudas y sublimes; muerto á todos los placeres de la vida, lo está tambien á sus distracciones; nada le ocupa, nada le altera. Hasta sus propios males parece que ignora, y aunque desfallecido, pálido y estenuado, jamás habla de padecimientos; pero su sonrisa paciente y forzada, revela sus inconsolables penas, mejor que podrían hacerlo las quejas. Inesplicable á todo el mundo, apenas puede él mismo comprenderse.

¿Cual es pues la causa de esta desesperacion indolente y resignada que pugna contra los socorros del arte, y triunfa de la naturaleza, bien asi como el manantial invisible que mina sordamente una peña, hasta que por fin la desgaja y precipita? El desaliento completo de un corazon noble, pero abatido, indignado contra los hombres y contra sí mismo, que sin tener ya

deseos, ilusiones y esperanzas, retrocede con repugnancia y menosprecio á la vista de una existencia sombría y sin placeres.

El gran relox del castillo acababa de tocar la primera hora de la noche, cuando Arturo entreabre los ojos. Dirige una mirada en derredor de sí, y á la pálida luz de una lámpara que alumbraba el aposento, descubre á Isolina, que sentada junto á la cama, velaba solitaria y silenciosa.

¡Gran Dios! ¡cuan mudada está! surcadas sus megillas por las lágrimas, y descarnadas por la fuerza de las penas, han perdido su brillante color de púrpura y la fresca morbidez que ostentaba. Durante la enfermedad de Arturo había pasado en el oratorio las horas que no había podido consagrarle, y esto, á la verdad, era ocuparse realmente en su asistencia y velar por su salud; que para la amante piadosa,

la oracion es tambien un cuidado, tambien una prueba de amor.

El fuego de sus ojos se ha apagado, se ha desvanecido su alegría; ya no mora en sus labios la sonrisa; la languidez y el frío de la muerte se han apoderado de toda su existencia. ¡Ah! ¡flor hermosa del castillo! pintáronte al Dios de los corazones, ceñido de olorosas guirnaldas y acompañado del placer y la felicidad; buscabas con anhelo su imágen, deseabas conocerle. ¡Ah, infeliz! vuelve los ojos sobre ti misma: he ahi al amor.

Observa Ravenstel á Isolina á la luz de la antorcha fúnebre: la vírgen de Montolin está inmóvil, apoya la cabeza sobre la mano, y sus amortiguados ojos se ven bañados en llanto. Aunque en los dias peligrosos de su enfermedad, parecía que Arturo no veía ni distinguía nada; sin embargo, había notado el asiduo cuidado

de Isolina; había conocido que enteramente olvidada de sí misma, se había consagrado á procurarle toda clase de consuelos. ¡Ay! él ha alterado la dulce paz que disfrutaba, él ha marchitado la primavera de sus dias, él ha destrozado su corazon, él en fin le ha robado hasta la dulce satisfaccion de sí misma; y de ahi es que la desventurada repite con frecuencia esta triste reflexion: — Si Arturo no me ha amado, sin duda consiste en que no soy amable. Cual un genio maléfico, ha cortado Arturo los hermosos hilos que habian de teger los dias mas bellos de su vida: ha ahuyentado de ella hasta la idea de un porvenir dichoso, y la ha puesto en una situacion semejante á la suya, llenándola de penas irremediables. Isolina no espera ya nada de los tiempos futuros: todos los dias son iguales para ella, uniformes todas sus sensaciones,

semejantes todas las horas.... ¡Ah! siendo tan hermosa y tan pura, ¿por que ha sido tan tierna y estremada en el amor? Obsérvala Arturo conmovido; conoce los estragos que ha causado en ella la viva ternura con que le ama, y cede por fin á la voz de la compasion.

—¿Sois vos, la dice, Isolina?

Sorprendida á esta voz la vírgen del castillo, palpita estremecida. Esta era la primera vez que Arturo pronunciaba su nombre con aquel tono de interes, y el dulce acento de su voz habia adquirido cierta ternura desusada. ¿Serán acaso estas palabras el primer desahogo de una pasion naciente, ó las dulces primicias de una tierna reconciliacion? El corazon de Isolina palpita de reconocimiento y de júbilo: ¡ah! ¡cuan poco se necesita para volver al amor su mágia, su dulce encanto y su grato desórden, aun

en el momento mismo de la desesperacion!

— Sí, responde conturbada la enamorada doncella; yo soy la que estoy aqui..... siempre aqui..... ¡Momento feliz en que Arturo me llama!

—¡Virtuosa Isolina! prosigue Arturo tomando de repente por asunto de conversacion el fatal objeto que tan temible debía serles: amiga generosa á quien mis desaciertos han causado tan crueles tormentos, ¿me perdonas por fin mis errores?

—Mucho he padecido, Arturo; dice su dulce compañera.... mas ha sido por lo que te veia padecer: ¿á que pues hablar de tus errores á la que nunca se ha quejado de ti?

Estrecha Arturo entre las suyas la mano de Isolina, y continúa despues de un profundo suspiro: —¡Ay! yo tenia junto á mí la felicidad, y la he desechado: no he llegado á conocer-

te, Isolina; soy indigno de tu cuidado, y no merezco tus lágrimas.

— ¡Mi querido Arturo, esclama Isolina! ¿tengo yo acaso derecho para reconvenirte? ¿por ventura no eres dueño de ti mismo? el amor no puede exigirse como una obligacion; y si yo no he sabido ganar tu corazon, se habrá de imputar á culpa tuya. ¡Ah! si tú lo quieres, yo procuraré embellecerme á tus ojos, y adquirir las gracias que me faltan: quizá con esto podré agradarte un dia, y si antes vuelve á llevarte lejos de mí la atraccion de algun brillante metéoro, ninguna queja saldrá de mi boca aunque me dejes; yo esperaré, y tú al fin tornarás.

— No; dice Ravenstel enternecido, si conservo la existencia, ya no me separo de Isolina. He jurado ser... y seré.....

Iba á decir *su esposo*; mas sus la-

bios no han podido pronunciar estas terribles palabras.

— ¡ Pero que iba yo á hablarte de himeneo ! añade ; estoy tocando el fin de mi carrera ; ya no hay para mí anillo nupcial. ¡Ay, sensible Isolina ! mi tránsito entre los hombres será como el del tímido cervatillo que apenas deja la huella de sus pies en el bosque que atraviesa : moriré desconocido, y nadie hablará de Arturo, nadie verterá una lágrima sobre mi solitario sepulcro. Yo , sin embargo, tenía en mí mismo el poder necesario para hacer un papel brillante en el mundo: dotado de un alma activa, me sentía con fuerza para arrostrar los escollos de que está sembrada la carrera del hombre sobre la tierra; empero abandonome la razon..... Una vision lo destruyó todo..... ¡Cielos ! ¡ cuan bella era ! Ya se acabó todo ... ¡ lejos de mí las ilusiones que pasaron ya !

Queda Arturo silencioso por algunos instantes, porque oprimida su respiracion, no deja paso á la afluencia de sus pensamientos.

— Isolina, prosigue, descendiente de héroes y de reyes, debiera yo haber seguido los ilustres ejemplos de mis padres: entonces hubiera conocido la gloria; mas ahora voy á acabar mis dias con una muerte tan obscura como ha sido mi vida. Nadie en este mundo honrará mi memoria con la menor espresion de dolor..... ni yo la habré merecido. Sola tú llorarás sobre mi tumba, tú sola..... á no ser que *ella* quiera tambien visitarla; ¡ *ella*, Isolina, sí, *ella*! Ya sabes de quien hablo; si algun dia la encuentras allí, no huyas, y llorad juntas.

La vírgen de Montolin aparta los ojos; ahóganla los sollozos, y quiere retirarse para ocultar su turbacion; mas incorporándose Arturo con esfuerzo:

— No me abandones, esclama estendiendo los brazos hácia ella. ¡Isolina! ¡hermana mia! ¡amiga de mi corazon! permíteme que recline sobre tu seno mi lánguida cabeza: en él únicamente podré llorar sin padecer. Ven; ningun otro asilo hay en el mundo para mí: ¡ay! no destierres de él á tu amigo..... Tú, tú sola eres su último refugio.

La tierna doncella del castillo se ha llegado á Arturo; no puede negarse á sus ruegos, que si bien las palabras de su amado destrozan su corazon, no dejan de tener para ella cierto encanto irresistible.

— No lo ignoras, prosigue; bien sabes que he amado. Cuando la vi.... Mas perdona, Isolina, perdona: ¿será justo que yo te hable á ti de ella?.... No; pero tú eres la misma bondad, y ademas hace tan poco que..... ayer fue. Con el tiempo y á tu lado podré,

si vivo, olvidar.... Sí, ciertamente olvidaré.... pero todavía no. ¡ Vírgen amante y consoladora! yo te amo, y debes compadecerte de mi situacion: si llego un dia á ser tu esposo, y me sorprendes con una lágrima silenciosa en los ojos..... sé indulgente, no me preguntes nada; y sobre todo no te atormentes. Solo á ti se dirigirán todos mis votos; mas permite que de tarde en tarde dedique á su memoria un suspiro aislado. Di; respóndeme, querida Isolina, ¿ lo permitirás?

— ¡ Mi amado Arturo! dice con mal segura voz la generosa Isolina, que nos una el himeneo, y si nuestras almas se entienden, si yo puedo consolarte, y tú me amas, tal es la suprema felicidad á que yo aspiro. Tus palabras son en verdad muy amargas para mí; mas, sin embargo, solo sirven para hacerte mas grande á mis ojos, pues me demuestran la fineza con que sabes

amar. Si tu corazon torna á mí todo entero, espero que me has de amar lo mismo, y esta dulce esperanza me hará llevadero cualquier sinsabor..... No; los secretos que me has revelado no me afligen: tu corazon me había hablado siempre de muy lejos; mas ahora se aproxima..... yo comprendo su lenguaje.... todavía podrá acercarse mas, y..... sí, Arturo, hablaremos de ella..... tú me dirás como era, y yo procuraré asemejármele; logre yo tu amor, y nada me importan los medios que haya de emplear para conseguirlo.

— ¡Eterno Dios! esclama Arturo, ¿es Isolina una divinidad? Concede una compañera semejante á los mortales que ames: ¿que mayor felicidad pueden apetecer?

Oprimido Arturo por este primer regreso á los tiernos sentimientos de la vida, vuelve á caer sobre el lecho,

y despues de un corto intervalo, continúa con acento dulce y lastimero:—Quisiera, Isolina, ver al Prior de san Ireneo: si tenia algun interes en nuestra suerte, que venga mañana al castillo.

La patética conversacion de Arturo é Isolina, no ha sido funesta al conde. Un sueño apacible y tranquilo ha reanimado sus fuerzas; y cuando al dia siguiente se presentó el Prior en Montolin, ya estaba Ravenstel fuera de peligro.

El desventurado amante de Alaïs ha abrazado un partido decisivo: esclavo de la fe prometida; es incapaz de faltar á un juramento, y aunque el último que ha hecho le ha sido arrancado á la fuerza, sin embargo está resuelto á cumplirle.

Sabe que entre él y Alaïs se ha levantado una valla de separacion que ningun esfuerzo humano bastará á

destruir: está plenamente convencido de que jamás serán el uno del otro; mas no puede perdonar á la Estrangera el haberle arrancado la solemne promesa de unir su suerte á la de Isolina: ¡como ha abusado del poder que egerce sobre él! ¡con que arte se ha prevalido de su enagenamiento para encadenarle á su rival! ¡Ay! sin duda no le ha amado nunca, pues ha querido añadir un obstáculo mas á su union. El despecho, el furor y el desaliento triunfarán de su constancia; y al fin Alaïs renunciará su amor.

¡Que contraste forman las dos rivales! insensible la una á las pruebas de la pasion mas afectuosa, desecha constantemente su cariño, y como que se complace en verle padecer; desdeñada y abandonada la otra, previene todos sus deseos, siente sus penas á par de él, y le perdona con generosidad las mas crueles ofensas. Solo un

efecto de demencia puede llevarle aun hácia la Estrangera: el honor, el deber y la gratitud le llaman á los pies de Isolina. Con efecto, ya no vacila conducirá al altar á la sensible vírgen de Montolin, pues con semejante compañera le parece imposible la desgracia.

Siéntase á la cabecera de la cama el Prior de san Irenco. — Conde de Ravenstel, le dice, llamado por vos he venido al castillo, y pues nos hallamos solos, deseo saber lo que quereis.

— ¡Ministro del Señor! responde Arturo con tono grave y con voz tan baja como si temiese que sus mismas palabras habian de aterrarle: ya sabeis el juramento que hice; sin duda sois vos el que antes de mi última entrevista con la Estrangera, la instruyó sobre la conducta que debía observar. Vos habeis preparado la escena,

y la escuchasteis cerca de nosotros.... fue terrible.... no importa, ni es esta la hora de las reconvenciones. Creisteis llenar un deber..... todo está cumplido: juzgue Dios.

—¡Arturo!... interrumpe el Prior.

—No mas discusiones entre nosotros, prosigue vivamente Ravenstel con voz rápida y sentida; no se hable ya de ella, ni recordemos lo pasado. En este horroroso negocio hay amor, sangre, sepulcro, todos los tormentos que puede padecer el corazon humano.... ¡acabemos!.... yo me hallo tranquilo, ya lo veis; pero si permaneciéseis aqui largo tiempo, el metal de vuestra voz, mil recuerdos.... ya me he olvidado de lo que iba á deciros: mi cabeza y mis ideas se estravían.

— Vuestro juramento, dice el Prior....

—Ese es mi objeto, continúa Ar-

turo con aire sombrío: yo os doy gracias por haber dispuesto que lo hiciese: quiero cumplirlo, quiero colocar á Isolina y al himeneo entre la Estrangera y yo. Iré al altar..... sí, iré..... este momento será terrible; mas pasará como pasan todos. ¡Vos, separado del mundo, no concebís toda la estension de mi sacrificio, ni los acerbos males á que se resigna mi corazon! Tanto mejor para vos: yo os felicito por tan inapreciable ventaja; permaneced dichoso y tranquilo en el seno de vuestra insensibilidad; continuad en no tener deseos; no lloreis por nada; no ameis á nadie; vivid en este mundo como si os hallaseis ya en el sepulcro.... conviene que existan entre los hombres algunos de vosotros.

Levántase con gravedad el Prior.

— ¡Conde! le dice con tono severo, me retiro: vuestro ofensivo lenguaje.... mas veo que padeceis; co-

nozco que sois digno de compasion, os perdono y sello mis labios. Cuando se haya calmado la efervescencia de vuestras pasiones, y no seais ya capaz de ultrajarme, volveré á veros; y no dudeis que en cuanto permitan mis deberes, no habrá cosa que yo no emprenda con el mayor placer, si ha de contribuir á vuestro consuelo.

—¡Por piedad! replica Arturo, no os aparteis de mí: valga en mi favor la caridad cristiana, y perdonad las quejas y arrebatos del infortunio..., Os he ofendido, lo sé; conozco mi esceso y vuestras virtudes: sois un digno y santo ministro del Señor: como os hallais tan superior á vuestros semejantes, no descendeis con la debida frecuencia hácia los débiles que estamos pegados á la tierra. ¿Y por que no os habeis de poner por un instante al nivel de la humanidad para sostener á vuestros hermanos? De otro

modo jamas podremos entendernos, porque yo me hallo muy bajo, y vos estais demasiado alto.

El Prior se ha sentado de nuevo al lado de Arturo.

— Segun eso, le dice, ¿estais resuelto á ser esposo de Isolina?

Queda Arturo estremecido al oir estas palabras: con efecto habian sido proferidas demasiado pronto, y no había mediado transicion alguna que pudiese prepararle. ¡Ah! ¡no todos conocen los miramientos y delicadeza con que debe caminarse cuando se trata de suavizar las penas que afligen á un pecho lastimado! Las mugeres, solo las sensibles mugeres poseen el gran arte de aligerar el peso de las aflicciones humanas: hacen presentir el consuelo aun antes de haberle ofrecido, y saben preparar el bien que quieren hacer. Persuaden sin argumentos, y conmueven sin elocuencia. ¡Tan cier-

to es que para compadecer y consolar es menester antes saber sentir!

—Sí, contesta friamente Arturo, despues de un largo silencio: seré esposo de Isolina; estoy resuelto, y cumpliré mi juramento; mas ha de ser con una condicion espresa: acaso os parecerá estravagante y absurda; mas os advierto que la sostendré con obstinacion, y será completamente inútil cuanto podais decir para obligarme á ceder.

—Mas ¿cual es esa condicion?

—Vedla aqui: *la que ha exigido mi himeneo, ha de presenciar su celebracion; la Estrangera misma he de ser en la iglesia uno de los testigos, y ha de ver mi sacrificio.* Si Alaïs rehusa acceder á mi postrera súplica, me consideraré libre del juramento. Id, pues, habladla, enteradla de mi determinacion, y decidla que es irrevocable. Esto es lo que te-

nía que comunicaros, y espero me hareis saber su respuesta.

— Mas considerad.... dice el Prior.

— Basta, le interrumpe el conde; todo está ya dicho entre nosotros..... acabo de padecer un suplicio..... por compasion, no hablemos mas.

Retírase silencioso el Prior.

No se hace desear la respuesta de la Estrangera: ha adherido al último deseo de Arturo. Presenciará la ceremonia del casamiento, mas estará cubierta con un velo; él la verá de lejos, pero no la hablará; y confundida entre los concurrentes, nadie mas que Arturo la conocerá.

El conde de Ravenstel vuelve por fin á gozar nueva existencia: su herida está ya casi enteramente cicatrizada; y aunque su semblante se halla habitualmente pálido y abatido, le asaltan de cuando en cuando algunos pensamientos, desconocidos á los que le

observan, que agitando su sangre con violencia, animan el color de sus megillas y hacen brillar sus ojos; y entonces está mas hermoso que nunca el desgraciado Arturo.

Con las fuerzas físicas ha recobrado éste su energía moral; pero su carácter ha cambiado enteramente. Hace un estudio para contenerse, y quiere ocultar lo que padece; mas su esterior, luchando abiertamente con su alma, y la tranquilidad que afecta con el indomable ardor de su genio, forman de él un ser caprichoso, inconcebible, agreste, y como separado del resto de los hombres. Inconstante, áspero, importunado por sus ideas, y rehusando admitir las agenas, no puede sufrir á sus semejantes, y ni menos aun á sí mismo.

No bien sabe la contestacion de la Estrangera, pide solemnemente al señor de Montolin la mano de Isolina:

prepáranse con pompa las fiestas del himeneo, y solo Arturo no echa de ver las disposiciones que se toman. Si le hablan, escucha tal vez con atencion, como si tomase un vivo interes; mas cuando se está aguardando su respuesta, la menor instancia es para él un golpe violento que hace estremecer todos sus miembros..... retírase irritado, ó si pronuncia algunas palabras, son ásperas y desordenadas. Su mirada es feroz, amarga su sonrisa; y en su incoherente lenguaje, en su acento rudo y vacilante se deja ver la alternativa del furor, la indolencia y el desden.

No puede sufrir que le pregunten: mortifícale cualquier conversacion; y concentrado en sí mismo y en sus dolores, nadie puede penetrar en su corazon. Una impaciencia habitual y sin objeto conocido, agita continuamente sus nervios; empeñado en substraer-

se á los recuerdos, á la reflexion y al pensamiento, lucha noche y dia con ellos; y el infeliz, persuadido de que es su vencedor, es constantemente su víctima.

Solo la religion hubiera podido domeñar aquella alma exaltada, que se hallaba desprovista de la regularidad fría y pasiva que calcula y coordina los acontecimientos de la vida; mas la educacion que Arturo habia recibido no era propia para que la piedad pudiese ser su apoyo. Si su corazon, mas propenso á amar que á discurrir, hubiese seguido las inclinaciones que le eran naturales en su actual situacion, hubiera buscado en el Árbitro supremo un amigo, un padre, un consolador; mas el impío Olburgo le habia presentado la Divinidad como un problema imposible de resolver, ó bien como una abstraccion sin objeto. Estraviado pues desde sus primeros años

en un caos de teorías hiperbólicas, en que ningun papel hacía la fe cristiana, no tenia en el mundo otra guía que las lecciones de la falsa filosofía: su pensamiento, empero, demasiado inmaterial y sutil para fijarse únicamente en los objetos que hieren los sentidos, habia deseado siempre lanzarse fuera de los círculos sistemáticos; mas detenido en medio de su carrera por la fuerza de los sofismas, y como vacilante entre dos mundos, luchaba contra su naturaleza, sin camino ni objeto, y sin ser ya del cielo ni de la tierra. De este modo Ravenstel buscaba en vano consuelo en los dias de la adversidad, no tenia ningun género de apoyo, y no le halagaba ninguna suerte de esperanza.

Solo la voz de Isolina egerce algun imperio sobre su espíritu: basta su vista para restituir la paz á sus sentidos. Cálmanse en su presencia todos

los arrebatos de Arturo: Isolina es la égida en donde se estrellan las tempestades que le amenazan. Solo ella tiene entrada en su corazon: si le acomete el furor, basta una mirada suya para tranquilizarle; si quiere huir de los hombres, sus ojos le detienen; ni una palabra amarga se le escapa en su presencia. Conociendo ella su poder, se goza y está ufana de sus triunfos. ¿Pero es feliz? No, ciertamente; mas es jóven, es hermosa, está enamorada, y cuenta con el tiempo.

Por fin se determina Olburgo á presentarse á Arturo: dirígese hácia él; mas no se atreve á hablarle.

— Llegaos, le dice Ravenstel: he sido vuestro discípulo, y jamas olvidaré vuestros cuidados. Destinos, riquezas, pensiones, ¿que deseais? responded, que todo lo tendreis..... pero lejos de mí.

— ¡Conde Arturo! responde Olburgo, dignaos escucharme. Ahora os hallais mas tranquilo, y.....

— ¡Tranquilo! interrumpe Ravenstel con una risa sardónica: teneis razon, lo estoy; mas es con aquella tranquilidad que se nota en las comarcas que acaba de desolar una epidemia destructora..... tambien reina la calma en los sepulcros; y no deja de ser apacible el fuego que está apagándose.

— ¡Arturo! oidme siquiera algunas palabras,

— No, Olburgo, no: sobrado tiempo he dado oidos á vuestras palabras y preceptos; me basta ya: retiraos. Sé el fruto que se saca de vuestras secas y áridas doctrinas: vos llenasteis de ellas mi alma, ¿y que ha resultado? que está vacía: he corrido de error en error, ¿y adonde he venido á parar? ya lo veis. ¡Ah! por bien

de la humanidad no eduqueis ya mas jóvenes! Un Dios ha sido necesario para criar la tierra; un Dios necesitan tambien los que han de vivir en ella.

— Mas, Arturo, quereis huir de la razon, y.....

— No: de vos es de quien huyo: álzase entre los dos un espectro horroroso que figura una roca; y es el pico del homicidio.... Claro es el sentido de esta imágen, y vos que sabeis definirlo todo, espero no os tomareis el trabajo de esplicármela.

— ¡Y será posible, conde! ¿vos mismo ordenais mi partida?

— Nada perderemos el uno ni el otro; porque en cuanto á vos, ¿con que objeto os encargasteis de mi educacion? ¿no fue por adquirir bienes? yo os prometo, pues, que los tendreis aun mas allá de vuestras esperanzas. Y por lo que hace á mí, ¡para que quiero la fortuna! ¡Ah! me hallo ya

muy cerca de la tumba.... ¿Veis aquella cabaña que se descubre á lo lejos á la orilla del lago? Pues bien: en el dia está inhabitada .... voy á conducir á los altares á Isolina: la Estrangera, Isolina y Arturo tendrán un mismo destino.... un destino cualquiera. No querais saber mas. ¿Que os importa su felicidad? Todo ha sido preparado por vos, y la obra será ciertamente digna de su autor. Vuestro objeto está terminado..... id, sed rico, y no os acordeis de mí sino como de los que ya no existen.... ¡Idos!.... creo que me habreis comprendido.

Sepárase Olburgo de Arturo, y esta fue su última conversacion.

Mas un acontecimiento grande é imprevisto tiene en este momento en agitacion á toda la comarca. Preséntase en las orillas del lago de Montolin una tropa de guerreros, y se dirigen al castillo con su gefe, que es

nada menos que el gran senescal del reino, el famoso Guillermo de Barres, á quien llaman el *Aquiles francés*.

Todo está en movimiento en el castillo. El señor de Montolin, lleno de júbilo por recibir en su casa al amigo de Felipe Augusto, le hace una acogida brillante: acompañaba al senescal la flor de los caballeros franceses: el señor de Nesle, el vizconde de Melun, Mateo de Montmorency, Bartolomé de Roye, el señor de Concy, el conde de San Pol, Odon de Sully, Amaury de Chartres, el señor de Fongeres, el vizconde de Douges, Oliverio de Pont-Chateau, y otros muchos campeones, no menos ilustres por su nacimiento, que célebres por sus hazañas.

Mas ¿que motiva esta visita al castillo? ¿Que vienen á hacer en estos sitios el senescal y su comitiva? ¿adon-

de se dirigen? ¿cuales son sus proyectos? El señor de Montolin ha tenido una conferencia secreta con el conde de Barres, y éste le ha revelado la importante mision de que se halla encargado.

Acababa de morir Isamberga, hija de Valdemaro el Grande, y Felipe Augusto, dueño en fin de seguir los impulsos de su corazon, llamaba al trono á Ines de Meranie. Un enviado de alto caracter solicitaba en la corte de Roma el consentimiento del Sumo Pontífice, del cual no se dudaba. Aguardábale el rey de dia en dia; y con sobrada impaciencia tal vez, enviaba á avisar á Ines de su próxima libertad.

Pero entre tanto, aunque solo por algunos dias, era todavía indispensable el mas profundo secreto: amenazado Felipe Augusto en las mismas fronteras de su reino por los ejércitos

reunidos de Juan sin Tierra, rey de Inglaterra, del emperador Oton de Sajonia, de los condes de Flandes y Polonia, y otros muchos príncipes confederados, conocía que debía contemporizar con la corte de Roma; y por ello, antes de volver á tomar por esposa á aquella Ines de Meranie, escomulgada por el Pontífice, y causa en otros tiempos de tantos escándalos y revueltas, había creido prudente consultar al gefe de la iglesia. Mas la Francia ignoraba todavía los ocultos designios de su monarca.

Luego que llegaron al castillo, hizo Guillermo que el señor de Nesle partiese para el fuerte de Karency. El ilustre mensagero lleva el encargo de poner en manos de la bella Ines de Meranie una carta de Felipe Augusto, y pedirla una audiencia para el senescal. Guillermo espera que el dia siguiente podrá hablar á la reina.

Ya está de vuelta el señor de Nesle: aunque no ha visto á la princesa, le ha hecho entregar el escrito del rey; pero Ines, segun le han informado, se quedó sin sentido luego que lo hubo leido: la inesperada noticia de su llamamiento al trono ha trastornado su entendimiento, y en el espantoso desórden en que se halla abismada, la es imposible recibir al gran senescal. Necesita, dice ella misma, ocho dias de descanso para tranquilizar su espíritu; no sabe todavía si se resolverá á presentarse de nuevo en el gran teatro del mundo, despues del papel que en él ha representado, ni si tendrá suficiente fortaleza para ofrecerse de nuevo ceñida de la diadema ante el mismo pueblo que la desterró. En los ocho dias que pide implorará al cielo para que la ilumine y le dicte la conducta que debe observar; y á la aurora del dia noveno recibirá al se-

nescal y le declarará ella misma lo que haya decidido su corazon.

Al enviar Felipe Augusto la flor de los caballeros del reino en busca de su amada compañera, había tenido la mira de borrar la pasada humillacion de la proscrita, acompañando su regreso con el noble esplendor de la grandeza y el prestigio de la gloria; mas como por la tardanza de la respuesta del Pontífice se hacía indispensable alguna detencion, necesitaban sus guerreros una habitacion solitaria poco distante de Karency, desde donde pudiesen conferenciar en secreto con la reina, y esperar el permiso de publicar sin reserva el triunfo de Ines, absuelta ya por el Pontífice. No había asilo mas proporcionado al efecto que el castillo de Montolin, y como el señor que le habitaba pasaba por no menos leal que prudente, Felipe había determinado que Guillermo y su

comitiva se alojasen en aquel edificio aislado, desde el cual iría el conde en secreto á verse con la reina, hasta tanto que llegase el enviado de Roma y las ulteriores órdenes del rey. Terminadas las negociaciones, partirá Ines desde el mismo Montolin para el palacio de los soberanos, y escoltada por los próceres del reino, la princesa de Meranie hará su nueva entrada en París, rodeada de toda la magnificencia, de toda la pompa y aparato triunfal de una soberana de Francia.

Libro nono.

Ya no estaba en la primavera de la vida el conde Guillermo de Barres; mas conservaba todavía la gentileza, el vigor y la energía de la juventud. Estatura magestuosa, ojo indagador y penetrante, guerrero intrépido en el campo de batalla, y diplomático mesurado en el consejo, era frio y ardiente aun mismo tiempo. Solo sus principios de sabiduría, inmutables como las rocas que sirven de dique al Occéano, podian limitar el curso y estension de sus inmensas facultades. Replegado siempre sobre sí mismo, contenía el fuego de su genio con la fuerza de su razon. Poseyendo en fin

el talento de juzgar á un hombre con sola una mirada, tenía el gran arte de enseñorearse de todas las vanidades humanas que encontraba en los ejércitos, y sabía dirigirlas hácia su objeto, para que sirviesen á la causa pública; formaba de todas ellas un compuesto útil, y sacaba el bien de la fuente misma del mal.

Nadie podía llegar hasta su corazon; mas él sabía penetrar en los agenos. Lograba una confianza sin límites de Felipe Augusto, que siéndole deudor de muchas victorias (¡cosa admirable en un héroe!), le había perdonado sus hazañas, y toleraba su nombradía: Europa llamaba á Guillermo *el Aquiles de Francia* (1), y solo el sencillo

---

(1) Y para merecer semejante renombre en tiempo de Felipe Augusto, y en los ejércitos de un monarca tan gran-

y modesto Guillermo parecía que ignoraba su propio mérito. Cuando le hablaban de su superioridad, quedaba el senescal como sorprendido, y confundía humildemente sus glorias entre los laureles de su monarca.

La llegada de los nobles paladines ha dado nueva vida á la comarca, y el castillo vuelve á ser la mansion de los placeres y el teatro de toda clase de regocijos: el clarin y la corneta resuenan alternativamente por las orillas del lago; y las cacerías de la selva, los combates navales en el agua, los banquetes, las iluminaciones, los bailes y los conciertos, celebraban la fausta presencia de los com-

---

de, era ciertamente necesario que Guillermo tuviese un cárácter muy superior al de sus contemporáneos, y hubiese conseguido muy señaladas victorias.

pañeros de armas de Felipe Augusto.

Mas en medio de tanta alegría ¿que es de Ravenstel?..... ¡Ay! Arturo huía espantado á vista de las pompas del mundo, que atraían al castillo innumerables gentes: no fija siquiera la atencion en los ilustres viageros, ni en su heróico lenguaje, ni en su caballeresca gallardía, como si muy acostumbrado á su vista hubiese ya llegado á molestarle. Ni una seña de aprobacion, ni una mirada de curiosidad, ni una emocion cualquiera: Arturo admiraba á todos, nadie causaba admiracion á Arturo.

Mientras los regocijos siempre variados reunían á los campeones y á su caudillo, separándose Ravenstel de la multitud, se escondía á los ojos de todos. ¿Y adonde se dirigía? Se ignoraba; ni él mismo lo sabía. En sus melancólicas escursiones solía sorprenderle la noche perdido por alguna pla-

ya estraviada, ó sentado sobre un risco solitario.... ¿Qué encanto podía hallar en aquellos parages? nadie acertaría á definirlo, que en una alma abrasada tiene el dolor secretos impenetrables que el pincel mas diestro no puede describir. Los hombres cuyas sensaciones no salen de la esfera comun, y cuyos afectos solo llegan á aquel punto en donde principia el gran movimiento de las pasiones, no pueden formarse idea de los dolores íntimos y profundos del corazon humano, ni de los variados tormentos que destruyen una existencia; y aun llegan á dudar de su causa y de sus efectos. Pero, sin embargo, ¡cuan reales, cuan acerbos son! Desgraciado el amante á quien ha cabido en suerte una naturaleza sobradamente rica y vigorosa! Si las fuerzas de su corazon no pueden comunicarse é identificarse con el objeto amado, obran sobre él

por reaccion, y perece sin remedio.

Arturo no se llega nunca á la estancia de Valdebourg; mas, sin embargo, sea de alguna aldeana, sea de algun pastor, se informa con frecuencia de la situacion del baron y del destino de la Estrangera. Es verdad que ni lo uno ni lo otro ha de tener la menor influencia sobre él; pero ¿que importa? la idea de la pregunta le ocupa todo el dia, la tiene preparada de antemano, y su imaginacion se ceba aun en ella mucho tiempo despues. Esta fue la ocupacion de la víspera, esta la única tarea del dia presente, este el pensamiento del venidero.

La noche que precedió á la llegada de los caballeros franceses á Montolin, habia dejado su retiro Valdebourg, que se hallaba ya casi enteramente restablecido. Su imprevista partida era sin duda ocasionada por algun designio importante, y su regre-

so debía ser pronto; esperábale impaciente la Estrangera para partir con él á habitar, segun se habia traslucido, el nuevo lugar de destierro que el baron había ido á preparar. El viage de Alaïs está ya dispuesto: todo se halla prevenido, y muy pronto habrá dejado el valle para siempre.

Arturo está enterado de todos estos pormenores, y aunque de nada pueden servirle, sin embargo, los busca como si le fuesen indispensables. ¡Infeliz! muy pronto carecerá ya de tales noticia, y entonces ¿que será de él? ¿que hará cuando haya pasado algun tiempo?..... ¡El tiempo! ¿acaso se ocupa él del tiempo?.... para él no hay años; ya no cuenta sino por horas.

Casi tan digna de compasion como Arturo, y menos libre que éste, tambien cuenta las horas Isolina; mas para ella hasta en el fondo de la copa

de los dolores se encuentra todavía alguna esperanza.

Obligada por su padre á obsequiar en el castillo á los paladines y á su ilustre gefe, busca en su memoria el modo como estaba alegre en otros tiempos, encargada de disponer las fiestas, llama á ellas á los placeres: desea que concurran; pero ¡ay! ¡en el mundo no existen ya placeres para su corazon!

Mas, sin embargo, de que en su sonrisa se descubre cierto aire de tristeza, aunque su acento es lastimoso, y melancólica su mirada, no por eso parece menos bella. Las activas y variadas ocupaciones á que se halla ahora dedicada, forman un estraordinario contraste con sus sosegadas y uniformes cabilaciones. ¿Y ha perdido por ventura su atractivo? No, y antes por el contrario, su semblante lánguido y apesarado, al mismo tiempo que

se ocupa en dar fiestas; su abatimiento cuando discurría nuevos juegos; su abstraccion en medio de los regocijos, solo servían para hacerla mas interesante. Por entre el sombrío velo con que el cruel amor había eclipsado su alegría, asomaba tal vez su natural vivo y risueño, y esta muestra de su carácter primitivo, la presenta todavía mas amable y graciosa: puede decirse que es un canastillo de rosas cubierto con las funestas ramas del sauce.

¿Quien lo había de esperar? el senescal de Francia no ha podido permanecer indiferente á tanto hechizo: Guillermo, el severo Guillermo, está perdido de amores por la tierna vírgen del castillo. Él mismo se ruboriza y se echa en cara su debilidad; mas no puede vencerse: trabaja de contínuo por estinguir su llama; pero en vano: su llama se aviva y crece mas cada momento.

La presencia de Guillermo y de sus compañeros no ha interrumpido los preparativos del himeneo de Ravenstel: ya está todo dispuesto, y Arturo será esposo de Isolina la víspera del dia en que el senescal de Francia debe presentarse á Ines de Meranie.

Miraba Guillermo con demasiado respeto los sagrados deberes del honor, para que pudiese separarse de ellos ni una sola vez: sabe que Isolina está prometida al conde de Ravenstel; respeta sus lazos futuros, y oculta su amor al objeto que se lo ha inspirado; mas ¡quien podrá decir el suplicio que siente viéndose precisado á ser testigo de un casamiento que le arrebata para siempre el primer objeto de su eleccion!

Lejos de él la idea criminal de hacer ningun esfuerzo para seducir un corazon que pertenece á Arturo, y del que Arturo parece no cuidarse. Ni

se detiene á considerar si su fortuna y rango, que han deslumbrado al señor del castillo, le prestarían un poderoso auxilio para romper en favor suyo la union que iba á concluirse; no, interponerse como un obstáculo entre los dos esposos, sería una accion indigna de la nobleza de su alma: gime, pues, en silencio, y calla su pasion; mas Isolina ha penetrado su secreto, y le ha entendido. Mil pequeños incidentes le acusan y revelan lo que él se esfuerza en ocultar: con efecto, cuando está á solas con Isolina, cambia la espresion de sus miradas, se halla como cortado, varia el acento de sus palabras, no guarda concierto alguno en sus ideas; y la vírgen de Montolin, que apasionada de Arturo, ha esperimentado en sí misma estos terribles efectos, adivina con facilidad la causa que los produce; mas compadeciendo interiormente á Guiller-

mo, pone la mayor atencion en no dejarle traslucir que ha penetrado el secreto de su corazon. ¡Quien mejor que Isolina podrá saber cuan horroroso y cruel es el amor cuando le falta la correspondencia!

El conde de Barres, observador ilustrado y profundo, ha estudiado atentamente el corazon de Ravenstel; pues aunque el agreste amante de Alaïs evita con todo cuidado su presencia, algunas palabras, una mirada, un gesto, notados en diferentes ocasiones, habían bastado para que el senescal descubriese toda la energía y nobleza de alma del descendiente de los reyes de Bretaña. Había provocado mil medios para llamar su atencion y ganar su confianza; mas todas sus tentativas habían sido inútiles: la frialdad desdeñosa de Arturo rechazaba constantemente sus ataques; y Guillermo ensayaba en vano con él todos los me-

dios de seduccion que le proporcionaban su rango, su poder y su irresistible elocuencia.

Mas todavía no desmaya: habiendo cierto dia seguido á lo lejos á Ravenstel por unos parages estraviados, logró por fin alcanzarle: se acerca á él, y le habla en estos términos:

—¡Conde de Ravenstel! hace ya largo tiempo que busco ocasion de poder hablaros sin testigos. Sabed que me intereso vivamente en vuestra suerte: permitid que os lo manifieste sin rodeos. Un guerrero no sabe fingir; vos sois franco como yo, y nuestros corazones están formados para entenderse mútuamente.

—¡Senescal! responde Arturo con una sonrisa llena de ironía: ¡es posible que yo os haya interesado!.... Hace muy pocos dias que habeis llegado á Montolin; apenas sabeis quién soy, y un interes tan pronto, se apar-

ta demasiado de la naturaleza para ser verdadero. Semejante afecto no puede ser otra cosa que un capricho fugaz fomentado por el tedio que produce la ociosidad; porque en efecto, ¿que relacion existe entre nosotros! Elevado á las mas altas dignidades, vos sois mucho, al paso que yo no soy nada; vos ascendereis sin duda todavía, y yo solo puedo descender. Seguimos caminos opuestos, que de contínuo deben alejarnos: vos adelantais, al mismo tiempo que yo retrocedo. ¿Como, pues, podremos entendernos?

— ¿Y por que abatiros, noble Arturo, por que descender? replica Guillermo enardecido: pensad que la sangre que corre por vuestras venas, es sangre de héroes y reyes. Vos no podeis seguir otro camino que el que siguieron vuestros padres, y este es el de la gloria.

— ¡La gloria, senescal! habladme

con franqueza, ¿que os ha dado ese fantasma? nada mas que cierta superioridad sobre vuestros contemporáneos, que os acarrea su envidia, y os da derecho.... á un ódio. Fatigas, privaciones, y algunas palmas disputadas, tales son los presentes de la gloria. Cierto es que vuestro mausoleo estará cargado de inscripciones: estas serán las recompensas de vuestros servicios; se aplaudirán vuestras cenizas, y se concederán á vuestro polvo los honores del triunfo. Acelerad, pues, á fuerza de fatigas la carrera de vuestra vida; llegad pronto á la tumba, y complaced á los que os aborrecen vivo, y para hacer vuestro elogio desean veros.... muerto. ¡Deidad amable es por cierto la gloria, que solo os abraza en el sepulcro!

—¡Como! esclama Guillermo ¡vos! ¡el descèndiente de monarcas quiere arrastrar sobre la tierra una vida os-

cura y vergonzosa! Cuando amenazada la Francia por veinte ejércitos coligados, ve correr al campo del honor á la flor de sus hijos; vos, el nieto de los reyes bretones, ¡permanecería ocioso en un castillo, y se confundiría entre aquellos seres nulos y pusilánimes, para quienes el honor no es mas que una quimera! ¡Y que! ¿el nombre sagrado de la patria no hace palpitar vuestro corazon? ¡Ah! no lo ignoro: un amor desgraciado ha venido á trastornar el órden de vuestra existencia; mas ¿habrá llegado á degradaros? no: esta es la tempestad pasagera que oscurece momentáneamente el azul brillante de un cielo puro y bello: podrá ser espantosa; mas se desvanece y vuelve á aparecer el sol con nuevo brillo y esplendor. Subid, pues, á la elevacion á que os llama el deber, y yo os fio que el noble Arturo verá desde alli al amor

en una region mucho mas baja.

— Dice; y Ravenstel, mas franco y agreste que nunca, responde atropelladamente en estos términos:

— Lo comprendo: necesitas soldados, y tratas de reclutarme para tu ejército: piensas tal vez que soy bravo y fogoso, y te convendría en gran manera que yo sacrificase mi juventud para que tú ganases batallas y dieses mayor estension á tu nombradía. Pero te engañas en tus cálculos, porque no pienso absolutamente en derramar mi sangre para multiplicar tus laureles. No reconozco en ti derecho alguno para dictarme la conducta que debo observar, ni facultad para mandarme. No confies tampoco en tu elocuencia: por muy armoniosas que sean tus palabras, caen sobre un plomo frío que no vuelve el menor sonido.

— ¡Conde de Ravenstel! vuestros predecesores....

—Mis predecesores reinaron y obraron como les pareció mas conveniente: en fin, dejadnos en paz á ellos y á mí. Sobrado tiempo os he estado escuchando sin desplegar los labios: basta; volveos al castillo: mas sabed que aun cuando estuviese seguro de que con solo tomar las armas había de conquistar una corona y subyugar el universo, no por eso mi espada dejaría de permanecer tranquila; porque el mundo, á quien tantos conquistadores han sometido y perdido despues, es á mis ojos tan poco digno de conquistarse, como de que su pérdida se llore.

No ha manifestado Guillermo admirarse ni ofenderse de las insultantes réplicas de Arturo.

—Pues que os disgusta la carrera de las armas, prosigue, no la sigais: nada os objetaré; mas ya que no en los ejércitos, podreis servir á vues-

tro rey en los consejos, y si Felipe os llama....

— Lo veo, interrumpe Ravenstel, quieres á toda costa arrancarme de Montolin, y llevarme á la presencia de tu príncipe. Su corte es brillante y ostentosa: tú te gozas en su esplendor; enhorabuena: inclina la frente; dobla si quieres la rodilla; tal vez hallarás en ello un noble placer; yo no conozco tales usos, y mi ignorancia no ve sino abatimiento donde tú hallas elevacion. ¡General! tú me miras de muy alto, y ufano en la esfera en que mandas.... sin duda te causo compasion; yo me sonrío, y.... basta.

— ¡Jóven misantropo! la patria....

— ¡La patria, conde de Barres! ese es el nombre mágico que invocan los ambiciosos para conducir al pueblo á sus fines. ¡La patria!.... de ella se trata en efecto cuando el conquistador toma las armas: ella le ocupa en la

forma; mas suprimid las frases, y vereis que en el fondo para nada se cuenta con su felicidad, que es el medio y no el objeto. Escrita está la historia de los conquistadores: todos han hablado de patria, y ¿que han hecho? lee y juzga.

— Pero la Francia se halla amenazada; Felipe se ve precisado á batirse, y si no ataca á sus enemigos....

— No te detengas, pues, ataca, esclama el violento Ravenstal. ¡Gefes guerreros! ¡todos usais de un mismo lenguaje! Cuando correis á invadir los estados vecinos para dar mayor estension á los vuestros, siempre es porque os fuerzan á hacerlo. ¿Que te detiene, pues?.... Parte, Guillermo, parte; ¡ve á llevar el fuego y la sangre á los gloriosos campos de la muerte! En tu heróico ardimiento, en tus belicosos arrojos, no perdones las canas venerables del anciano, la gra-

ciosa sonrisa del tierno niño, ni la interesante mirada de la tímida vírgen! ¡trastorna la naturaleza; llena la pasmada tierra del estrépito de tus sangrientas hazañas é ilustre furor! ¡desecha como vergonzosas debilidades la piedad y la conmiseracion! ¡Sacia tu rabia; sé vencedor; esterminalo todo! y despues.... que te esterminen á ti.

Dichas estas palabras, se aleja Arturo con la idea de internarse en el bosque y robarse á la vista del gran senescal, á quien cree haber irritado: pero Guillermo no le deja; pues el impetuoso lenguaje que acaba de oir, confirma nuevamente al gefe de los paladines en la idea que ya tenía de lo útil que Arturo podría ser á la patria y al soberano, si quisiese servirlos. En el ardor de su alma, en sus pensamientos llenos de entusiasmo, descubre aquella fuerza de imaginacion y aquella llama de genio, que perte-

necen esclusivamente á los seres privilegiados: ve un hombre que puede ser un héroe, y se propone adquirirle para la Francia.

Sumergido en profundas meditaciones, sigue silencioso los pasos de su estravagante compañero, á quien su presencia fatiga é importuna.

—Senescal, dice Ravenstel volviéndose: ¿por que os obstinais en seguirme? perdeis inutilmente el tiempo, porque nada recabareis conmigo. Si me hubieseis encontrado antes, quizá hubierais logrado.... mas hoy es demasiado tarde: he llegado ya al término de mi carrera. Honores, placeres, ambicion, patriotismo, amor y gloria, poder y opulencia, todo lo coloco en un mismo nivel; todo lo reuno, para lanzarlo todo lejos de mí.

—¿Adonde llega vuestro delirio? replica el conde de Barres: ¿es posible que cóloqueis en el mismo rango

las fragilidades de la vida humana, y las virtudes de las almas grandes? Felipe Augusto busca el mérito y le colma de mercedes; y las recompensas de su corte....

— ¡Recompensas en la corte! esclama el amante de Alais: ¡cuan poco seductora es á mis ojos semejante perspectiva! Aunque cortesano y guerrero, vos mismo conoceis en el fondo de vuestro corazon lo que vale el vacío y lo que pesa el humo; pero debeis callarlo. Grangeaos los favores del poder preconizando su grandeza: os proponeis agradar á la multitud, y como sabeis que lo que brilla mas, la seduce con mayor fuerza; como no ignorais que el polvo dorado obtiene los elogios con mas seguridad que el oro puro cubierto de polvo, correis tras el esplendor facticio que prosterna el pueblo á vuestros pies. Entre los papeles de que se compone la co-

media de la vida, quizá es el vue
tro uno de los buenos, y ciertame
te cuadra á vuestro carácter: de
empeñadle pues; en cuanto á mí r
quiero ninguno. Démonos la mano,
á Dios.

Conoce el senescal cuan impoten
es para Arturo el atractivo del pod
y de los honores. Determina prob
otros medios de convencimiento,
aparentando adoptar sus ideas, trat
de enternecerle, si es posible, por e
resorte del sentimiento: tal es el únic
medio que le resta para ganar su con
fianza.

Muda Guillermo de conversacion
finge no haber oído las últimas pala
bras de Arturo, y estar embebido e
otros pensamientos. — Conde de Ra
venstel, le dice, el señor de Monto
lin me rogó ayer que asistiese com
testigo al casamiento de su hija: m
ha hecho el honor de elegirme par

que os acompañe al altar; mas yo quisiera saber si vos participais tambien de su deseo.

—¿Y por que no?

—Vuestra aparente enemistad conmigo.

—¡Mi enemistad decís!.... ¿Y por que os había yo de aborrecer? El ódio es un sentimiento vivo, y yo no tengo ya ninguno de esa clase. Podeis serme importuno, pero no odioso: acompañadme, pues, al altar; en ello recibirá mi familia un distinguido honor; á vos, que segun parece os complaceis en seguir mis pasos, sin duda os será indiferente que vayamos allí ó á otra parte.

—¡Ay! dice el gran senescal suspirando profundamente: vos no sabeis un cuan dolorosa ha de ser para mí esa asistencia á vuestro himeneo.

Sus palabras tenian el acento de la verdad; y lo mismo que el suspiro que

las acompañaba, salían de lo mas íntimo de su corazon.

—¡Dolorosa!.... ¿que quereis decir? contesta Arturo sorprendido.

—¡Ah Ravenstel! Isolina os ama....

—¡Y bien! ¿que os va á vos en su cariño?

—Asistir á vuestro himeneo será un suplicio horroroso para mí.

—Esplicaos.

—Sea, pues lo quereis: os abro sin reserva mi corazon: vuestro próximo enlace me arrebata para siempre la suprema felicidad á que puede aspirar el hombre sobre la tierra, cual es la de poseer el objeto de su primera llama. Mi corazon, á pesar mio, se ha rendido; sí, yo amo, yo adoro á Isolina.... y estoy destinado al horrible tormento de verla pasar á vuestros brazos.

La voz del senescal era penetrante y lastimada: la cuerda que había pul-

sado para mover al amante de Alaïs, había venido á herir su propio corazon; y de tal manera le destrozaba, que á pesar de todo su esfuerzo, se veían sus ojos arrasados de lágrimas.

Mírale el conde enternecido.

—¡Quien! dice, ¡vos! ¡Guillermo! ¡es cierto! ¿Será síncera vuestra declaracion? ¡vos amais! ¡Ah! ¡yo os compadezco!

—Vos, Arturo, me ocultais vuestra alma, y yo os he descubierto la mia; mas no creais que esta conducta franca y leal, ha sido dictada por una esperanza secreta: no, Isolina es toda vuestra, yo no soy amado; lo sé, y sé que no podré serlo jamas: he renunciado ya á esta felicidad, y os protesto tambien que no he pensado en arrebataros el cariño de vuestra futura esposa; pues aunque vos, poco ocupado de ella al parecer, me allanabais los medios, os consideraba des-

graciado, y conocía que ella era vuestra única amiga: ¿que sería de vos sin la tierna y amable Isolina?.... Hubiera sido una accion poco digna de mí el aumentar vuestra desgracia: he preferido, pues, sacrificarme yo mismo; y aunque vos, en vez de manifestarme gratitud, me tratais como enemigo, he sabido sobrellevar tambien esta nueva afliccion. Haga Arturo feliz á Isolina, y Guillermo se lo perdona todo.

Diciendo estas palabras, coge la mano de su rival, y la estrecha fuertemente entre las suyas.

—¡Noble Conde! añade, ya que me robais una compañera, dadme al menos un amigo.

—¡Ah, senescal! responde amargamente Arturo con acento penetrante y doloroso: ¡que me pedís! mi amistad es funesta; no la busqueis. Sola una vez he sacado la espada, ¡ay!

¡y fue para herir á un amigo!

—Herido ya por vos en lo mas profundo de mi corazon, nada me queda que temer de vuestro furor.

—Ya os lo he dicho, Guillermo.... soy fatal á los que buscan mi afecto; vos mismo lo estais esperimentando en este momento.

—Isolina, replica el general....

—¡Aquiles frances! prosigue impetuosamente Ravenstel, ¡que es una muger para un héroe! conservaos en la cumbre de la grandeza social, y desde alli mirad con desden á vuestros pies las regiones del sentimiento: os hablo á mi vez el mismo lenguaje que hace poco me dirigiais: creedme, volveos al campo de la gloria, y el soplo tempestuoso del amor, se disipará entre las nubes de inciensos que os circundarán. Cabeza ardiente y corazon frío: he ahi lo que necesitan los hijos predilectos de la victoria. Ele-

vaos al poder, arrostrad las terribles alturas desde donde puede el hombre dirigir una mirada de desprecio sobre el resto de los mortales, y su mano tiene como de las andaderas á ese gigante armado, llamado *la ley*, que siempre esclavo de los grandes, solo es señor de los pequeños: elevaos; subid sin cesar, y vereis como ya no padece vuestro corazon: su débil voz morirá entre las aclamaciones humanas. El furor de dominar estinguirá en vos todos los gérmenes del sentimiento; subid, y ya nada tendreis que temer acá abajo, sino los vértigos que suelen acometer al que se halla muy encumbrado, y le hacen vacilar desvanecido en la inusitada altura, desde donde vuela sobre la inmensidad del espacio. Subid, y sereis colosal.... visto á la distancia del tiempo. Necesitareis acaso algunas víctimas; porque tal és el primer escalon por

donde se sube al poder; ¡mas que importa! fuerza es que las haya en el mundo. Sed grande, y no repareis en los medios.

—¡Ravenstel! responde Guillermo penetrado de dolor: me hablais de los sentimientos del corazon, que parece son los vuestros; mas la generosidad es uno de ellos, y veo que por lo menos este os es desconocido. Teneis á la vista á un desgraciado que padece y os confía sus penas: implora la compasion, y le responde la ironía.

—Es cierto, senescal; mas cuando el dolor llega al esceso, seca las fuentes de la sensibilidad: mi alma no conoce ya la ternura.

—Pero vuestras profundas reflexiones anuncian un espíritu acostumbrado á la meditacion; no son propias de vuestra edad, y....

—¡Ya no soy jóven, Guillermo!

En otro tiempo tenía la instruccion de los sabios; adquirila con el estudio, y no me ha servido de nada. Ahora tengo la esperiencia de los viejos, que me ha dado la desgracia..... ¡Cuan gran maestro es la desgracia!.... Decís que implorais mi compasion; ya no la tengo sino de mí mismo. Fuera de todas las estaciones de la vida, no he llegado aun al sepulcro; mas he pasado ya de la existencia. En tal posicion nada debe esperarse de mí sobre la tierra. Queriais leer en mi corazon: mi corazon es un libro ininteligible; todo está borrado, todo negro.

—¡Y si yo amase tanto como vos, Arturo! ¡Si el horroroso estado en que os hallais fuese tambien el mio!.... ¡Si la pérdida de la que adoro me hiciese semejante á vos! si la desesperacion....

—¡Vos, Guillermo! interrumpe vivamente el conde; no, no lo temais: mi desventura no amenaza vues-

tro porvenir. Que yo, sin haber conocido jamas la gloria ni la ambicion, haya sido víctima del único sentimiento que había llenado toda mi vida, nada tiene de estraño; ¡pero vos.... gran senescal del reino, vos justamente llamado el *Aquiles frances*, vos ocupado en los destinos del mundo, y que realzais el encanto de las cortes! ¡ah! no; mi suerte no puede ser la vuestra. Una sola idea no puede absorver todas vuestras facultades: amais á Isolina; pero pensais al mismo tiempo en Felipe Augusto, en vuestras tropas, y en la victoria!... No, no temais hallaros en mi posicion: vos no podreis amar nunca como yo.

—La Estrangera, replica Guillermo....

—¡La Estrangera!.... esclama Arturo: no pronuncies ese nombre, ó me retiro, hablad de Isolina, si quereis que os escuche.

—¡Hablar yo de la dicha que pierdo! ¡Hombre cruel! ya lo conozco: os complaceis en ver la desesperacion que me devora.

—¡Senescal! replica el conde con voz grave y patética: yo contaré ya muy pocos dias sobre la tierra: Isolina no tardará en quedar libre.... Luego que se hayan enfriado mis cenizas, sed su esposo y olvidadme.

—¡Olvidaros! Jamas,

—¡Que lisonja! dice Arturo con una sonrisa llena de amargura: os equivocais sin duda, Guillermo; creeis tal vez que os hallais en el Louvre (1); mas advertid que París está muy lejos de aqui. ¡Mirad, sino, lo que os rodea! tres objetos por cierto bien acordes: Arturo, un risco y el desierto.

---

(1) Palacio de los reyes de Francia.

— ¡Jóven estraordinario! ¡alma insensible! esclama el general desesperado: ¡con que es forzoso renunciar á tu amistad! Tú lo quieres.... ¡cuanto me cuesta! á Dios.

Libro décimo.

Amanece por fin el dia grande que debe presenciar la union de Arturo é Isolina. Mas la ceremonia no se celebrará en la capilla de Montolin, sino en la iglesia de san Ireneo: asi lo ha exigido Arturo, y ha sido fuerza consentir en ello. Semejante deseo parece estravagante á los caballeros que se hallan reunidos en el castillo. Isolina ni su padre no aciertan á esplicar el motivo: solo el Prior le ha penetrado.

La vírgen de Montolin, abrumada de obsequios, se desespera, porque nunca puede hablar sin testigos con el amadó de su corazon. La vista de

Arturo, algunas tiernas conversaciones y recíprocas confianzas : á esto se reducían sus deseos, y esto hubiera aproximado sus almas, y preparado su futura felicidad; mas ¡ay! circunstancias funestas y un hado adverso se conjuran constantemente contra los votos de la sensible Isolina.

Si la heredera del castillo, lejos del mundo y de sus placeres, hubiese podido ocuparse esclusivamente en Arturo, hubiera borrado poco á poco la memoria de la Estrangera : su virtud y sus gracias hubieran triunfado de Ravenstel ; éste habría llegado á conocer el tesoro que poseía, y la violencia que se descubría aun al traves de las espresiones de su cariño; hubiera insensiblemente dado lugar al abandono de un amor verdadero, menos enérgico tal vez, y no tan ardiente como el que Alaïs le habia inspirado; pero mas apacible y dichoso. Si

hubiesen podido hablarse, y ser enteramente el uno del otro, su mútuo destino hubiera sin duda cambiado, y fuera diferente su porvenir. Pero necesitaban soledad, y se alojaba en el castillo toda una corte; debian haber estado siempre juntos, y se hallan constantemente separados.

El atractivo sobrenatural de la vírgen de Montolin, su dulce sonrisa y voz penetrante, ejercen tal poder sobre al alma de Arturo, que á pesar suyo le arrancan con frecuencia de sus amargas meditaciones: ¡ah! si el amor puro y decidido de Isolina, si su tierno y espresivo lenguaje hubiesen podido hablar en su favor, ¡con que facilidad habrian ganado enteramente el corazon de Ravenstel! mas los que tan pronto van á unirse para siempre, no pueden verse ni hablarse. El genio de los juegos y de las fiestas, rodeando á los futuros esposos de toda la

pompa y bullicio que forma su séquito, traspasa riendo sus corazones: Isolina buscó en vano á Arturo entre la turba de admiradores que la cerca; arden á sus pies los inciensos que desdeña, y jamas se quema en sus aras el único que podría embriagar dulcemente sus sentidos: multitud de voces celebran sus gracias; solo quisiera ella oir una.... y esta es precisamente la única que calla.

¡Cuan cruel fue para Arturo la noche que precedió al dia de su himeneo! Mientras habia visto lejos el instante que debia encadenar para siempre su libertad, le habia contemplado sereno; empero se aproxima, es ya llegado, y el infeliz pasa entre tormentos las horas consagradas al reposo. El sueño ha huido de sus párpados; sus nervios tirantes é irritados se manifiestan prontos á romperse; corre por sus venas una sangre encendida; solo

halla fuera de sí imágenes de muerte; y en su interior las ilusiones del delirio.

La violencia que por largo tiempo se ha hecho para ocultar sus penas, el fuego que interiormente le devora, los ímpetus que ha reprimido, todas estas causas han agotado sus fuerzas: en vano le prometía largos años su robusta juventud; él mismo ha cegado todas las fuentes de vida. Lisonjéale la idea de su próximo fin, porque solo ve en el porvenir una larga série de suplicios; y lejos de que la reflexion le presente un refugio consolador, solo le ofrece un abismo tenebroso. Sus tormentos han llamado á la muerte: su pensamiento es la agonía que la precede.

Ya está Isolina aguardando á su esposo. Habia pasado la noche en oracion, y el fervor celestial que la remontará hasta la presencia del

Eterno, á la manera de una nube angélica, cubría sus facciones de cierta sublimidad religiosa; y es que muchas veces la antorcha invisible del alma, avivada por la virtud, derrama sobre el rostro del hombre su misteriosa claridad.

Mira Ravenstel á Isolina, y queda prendado de su hechizo; adórnala un trage magnífico; nunca había convidado al amor una belleza mas seductora. ¡Que armonía no se observa en sus graciosísimas facciones! ¡que encantadora turbacion en sus tiernas miradas! ¡que atractivo en el dulce acento de sus palabras! Brilla en su frente la corona virginal; sus hermosos cabellos negros y ensortijados, están graciosamente cogidos con cadenas de piedras preciosas, cuyo brillo no puede eclipsar un cendal sutilísimo, y lleva un vestido de gasa de plata, guarnecido de guirnaldas.

No se mostró Syquis tan bella cuando asombrado de su hermosura, la tomó por Venus todo un pueblo.

El conde de Ravenstel lleva tambien un vestido riquísimo; mas sobre el trage que deslumbra con el oro de sus bordados, se ha puesto un largo manto de figura estraña, cuya brillante blancura le da cierto aspecto siniestro, que trae á la memoria el ropage fatal que adornaba en lo antiguo á las víctimas destinadas al sacrificio.

Arturo en pie delante de Isolina, la contempla y no se atreve á desplegar los labios. Isolina baja los ojos temiendo se vea en ellos el dolor que oprime su corazon: á la verdad habia esperado en esta ocasion alguna palabra afectuosa.

Por un movimiento indeliberado le ha tendido su trémula mano: Arturo, sin saber tampoco lo que hacía, la ha

llevado á los labios; y este simple movimiento ha dejado satisfecho el corazon de Isolina.... ¡Cuanto mas feliz se siente ahora! ¡cuanto mas pura se presenta á sus ojos la luz del dia! Exhala Arturo un profundo suspiro; correspóndele Isolina con una mirada tiernísima: ya se han entendido sus corazones.

—El altar está dispuesto, y nos aguarda, dice el señor de Montolin: partamos.

—¡Partamos! repite Arturo.

Y volviéndose hácia los concurrentes, ve muy inmediato á Guillermo de Barres, con el semblante pálido y abatido. La espresion de tristeza pintada en la fisonomía del ilustre caudillo, y la visible alteracion de sus facciones, demuestran sobradamente lo mucho que padece asistiendo al himeneo de Isolina. Al pasar Arturo junto á él, le aprieta la mano con emocion;

se aparta inmediatamente de su lado; colócase entre la comitiva, y se encaminan todos hácia la ribera del lago.

Hállase éste cubierto de bateles cargados de aldeanos de los alrededores, y de los convidados á la fiesta. El conde de Ravenstel y su bella compañera se embarcan en una hermosa góndola adornada de flores, y cuyos dorados mástiles sostienen velas de púrpura: entre los ligeros cordages de esta concha de Citerea se columpian algunos grupos de graciosos niños, que armados de aljabas y saetas, blanden palmas sobre los dos navegantes. A la proa del esquife arden en braserillos suavísimos perfumes, cuyos leves vapores, elevándose en columnas, asemejan al través de las nubes á los alegres enjambres de Amatonta; y aumenta en fin tan encantadora ilusion la armoniosa música que parece salir del seno de las aguas,

como si un coro de Náyades felicitara al himeneo y al amor.

Impelida la góndola nupcial por una brisa embalsamada de fragantes aromas, corre tan rápida como el amante de Flora cuando arrebata triunfante la esencia de las flores del prado El disco del sol elevado sobre el oriente, dora con su luz las frondosas riberas de Montolin, y agitado el lago por el suave soplo de los céfiros, centellea á los rayos del astro del dia, y ofrece á la vista la imágen de un campo sembrado de estrellas.

En torno del esquife de Isolina se deslizan rápidamente, como si fuesen impelidos por los silfidos, algunos botes llenos de guerreros, de cuyos brillantes cascos y escudos saltan mil rayos de luz. Todos los paladines se han adornado con penachos de colores vivos y variados; sus lanzas cubiertas de flores saludan á la deidad del lago;

y bien asi como la rosa, que no exhala sus mas dulces perfumes hasta que el céfiro la agita, no de otro modo Isolina, conmovida, enagenada, llena de temor y de esperanza, se presenta á los ojos de todos mas bella y seductora que nunca.

¡Cuan dulces palabras, cuan tiernas declaraciones vuelan sobre sus labios cuando mira á su esposo!... Cierto es que las dirige á Arturo en secreto; mas aunque no llega á pronunciarlas, el observador puede entenderlas. Su amor puro y generoso, sus pensamientos llenos de candor y piedad, parten de sus ojos espresivos, bien como salen de un santuario las divinas revelaciones.

El conde de Ravenstel, abismado en sombrías meditaciones, se ha olvidado enteramente de Isolina. La multitud de barquichuelos que surcan el lago, los guerreros, las flores, las

sonatas, todo le recuerda su llegada á Montolin aquella deliciosa tarde de fiestas, en que cruzó por primera vez el pacífico lago. ¡Ay! en aquella época era su existencia feliz; presentábasele un porvenir rico de esperanzas y placeres, de proezas y de gloria. Libre entonces su alma, era pura, y todavía no la habian marchitado las pasiones y el dolor: volaba con entusiasmo en pos de la naturaleza, del mundo y de los hombres: los buscaba enagenado, y les ofrecía como presente digno un corazon puro, una inocencia sin mancilla. ¡Cuantos goces se prometía! ¡Cuantos placeres le brindaba la existencia!.... Mas ¡ay! ¡cual se ha trocado todo!.... Arturo ha amado..... y todas las felicidades de la tierra se han desvanecido; ha amado.... y la naturaleza ha perdido para él todos sus encantos. ¡Miserable condicion humana! ¡un solo sen-

timiento basta para truncar una carrera, devastar un Elíseo, destruir una existencia!

¿Que se hicieron aquellos dias en que engolfado Arturo en sus contemplaciones, le era insoportable la calma de sus primeros años, y suspiraba por las tumultuosas agitaciones de una vida sembrada de borrascas?.... Gloriábase entonces de la exaltacion de sus pensamientos, de su audacia sin límites, de su carácter franco y fogoso, de la abundancia de medios que habia debido á la suerte.... ¡desventurado! esta reunion de lazos misteriosos, que inspirándole el orgullo, le llevaba constantemente hácia lo sublime, formaba de él un todo funesto á la humanidad, un poder destructor que habia al fin de arrastrarle al precipicio. ¡Ay del mortal, que dotado por desgracia de una imaginacion ardiente, se burla de su na-

tural, no trata de domarle, y confiando sobradamente en sus propias fuerzas, no quiere mas guía que á sí mismo!

Ya está en medio del lago la góndola del amor. Alli... Ravenstel cree reconocer el sitio.... sí, no hay duda, alli fue donde el misterioso barquichuelo huía del esquife blasonado..... Vision maravillosa ¿que te has hecho?.... El conde demanda á las aguas la deidad encantadora y su solitaria navecilla.

Bien pronto, empero, deja de llamar su atencion la argentada llanura: ha dirigido mas allá sus miradas, y el lago y sus encantos, el valle y sus ilusiones, los aires y su dulce armonía, todo ha desaparecido para él á la vista de un solo objeto.... acaba de divisar la cabaña de la Estrangera.

Sus ojos, su espíritu y su corazon están bajo el techo de la desterrada, en la fuente de nuestra Señora, entre

los árboles de la floresta; está viendo á la ninfa misteriosa, le habla, se echa á sus pies.... ¡ya no existe Isolina para él!

Obsérvale la vírgen de Montolin... descubre en la ribera vecina el fatal bosquecillo de Alaïs, y penetra desde luego la causa del sombrío abatimiento de Arturo..... Háblale, pero su esposo no la oye; le llama, y no recibe ninguna respuesta. ¡Ay! la fiesta y los placeres desaparecen al momento de sus ojos: todo se desencanta: los sueños de la esperanza y las ilusiones del amor, se desvanecen de repente en presencia de la cabaña aislada.

En el punto señalado para el desembarco de los esposos se había erigido un magnífico arco triunfal; y al descubrirse este monumento, que parecia levantado á la simple voz de algun genio, se oyen en el esquife de Isoli-

na mil gritos de admiracion. Aprovecha la vírgen este momento, y mientras la atencion general estaba convertida á aquella maravilla de la fiesta, se llega al conde, y le dice con voz dulce y tímida: — ¡Arturo! ¡amado Arturo! aunque vos no esteis donde estoy yo, por lo menos yo estoy donde estais vos. ¡Amigo mio, permitid que os siga en los pensamientos, del mismo modo que en las acciones! hallémonos juntos..... y sea donde vos querais.

Llega por fin la góndola á la ribera, y todo el pueblo de san Ireneo saluda con reiteradas aclamaciones á la hermosa pareja de Montolin. Los sencillos aldeanos dirigen sus arengas al futuro esposo de la generosa bienhechora del pais; el conde no tiene serenidad para dar oidos á aquellas sínceras manifestaciones, ni se halla tampoco en estado de demostrar al pueblo,

como era natural, alguna satisfaccion; porque jamas puede decir lo que no piensa, ni afectar lo que no siente. Isolina, pues, se ve precisada á responder á las demostraciones de amor de aquellos agradecidos labradores: al dirigirles sus palabras se bañan de lágrimas sus ojos, y la multitud enagenada goza de aquel espectáculo tierno, lisongeándose de haber sido la causa. ¡Ay! ¡Isolina lloraba por Arturo!

Cubierto éste de palidez mortal, y con la cabeza inclinada, ha pasado por bajo el arco de triunfo, como pasa un reo por bajo del cadalso: su frente está bañada de un sudor frío y copioso; empero su mirada, sin embargo, es viva y ardiente. Toda su persona está agitada por una irritacion convulsiva, y los gritos alegres del pueblo, los himnos de los zagales, los tambores y los cantos guerreros, llegan á

sus oidos como un rumor confuso y discordante. Está viendo el chapitel del campanario de san Ireneo; alli se halla la Estrangera...., alli va á pronunciar en su presencia los terribles votos del himeneo; alli va á jurar á su vista no amar jamas á otra que á Isolina. ¡Que pensamientos, y que imágenes! ¡Como trastornan sus sentidos! El desórden de su imaginacion se aumenta, al paso que va aproximándose al monasterio; y lejos de trabajar para ahuyentar de su espíritu los recuerdos que le persiguen, los remordimientos que le devoran, y el suplicio que le aguarda, los llama todos á sí, arrostra sin miramiento todos los horrores del dolor, y se complace en cebarse en lo que mas ha de afligirle. Y es que antes de llegar al altar, busca fuerzas en el delirio, no pudiendo hallarlas ya en la razon.

Los habitantes de la comarca al ver

pasar á los esposos adornados con trages suntuosos, rodeados de pompa y de grandeza, y llenos de juventud y hermosura, los contemplan admirados; y tal como los viejos de Troya á la vista de Elena. — ¡Cuan hermosa es! esclamaban atónitos los ancianos de la aldea.

— ¡Cuan hermoso es! respondían en voz baja las doncellas.

—¡Cuan dichosos son! decian todos.

¡Ah! ¡como podian ellos creer que la única esclamacion que convenía en aquel momento á la ilustre pareja eran estas palabras: — ¡Cuan dignos de lástima son!

Ya han llegado á las puertas de la abadía, adonde sale á recibirlos el Prior de san Ireneo, seguido de muchos religiosos. El rostro de Arturo está encendido: mira con ojo penetrante y escrutador al sacerdote que sabe sus secretos, y un ligero ademan

del prelado responde á la muda pregunta: Alaïs está en el monasterio.

Se hallan en el pórtico: Isolina saluda al pueblo desde lo alto de la escalinata, y distribuye algunos dones entre los pobres.

—¡Honor y gloria al conde Arturo! ¡Amor á la feliz Isolina! claman con entusiasmo los habitantes de Montolin.

Mira el Prior á Ravenstel, y se estremece al ver el aspecto sombrío de su semblante.

—¡Amor á la feliz Isolina! repite la alegre multitud.

—¡Gran Dios! responde el Prior en voz baja, ¡apiadaos de Isolina!

Los que habian asistido al famoso juicio de Alaïs, aunque notan la tristeza de Arturo, no se admiran; porque como en aquella ocasion conocieron el amor que profesaba á la Estrangera, comprenden ahora con fa-

cilidad, que separado el conde de la que ama por un capricho de la suerte, se enlaza por fuerza á su rival: acuérdanse de Alaïs, á pesar de los encantos de Isolina, y todo su interes se transporta á la desterrada del valle.

Había seguido á Arturo su page Dorindo, en cuyas facciones se ven de repente pintados el dolor y la cólera: nótalo Ravenstel; busca la causa y no tarda á conocerla: entre los aldeanos reunidos al pie de la escalinata, descubre á la zagala Niceta, que pálida y pensativa, se apoya mal segura sobre el brazo de uno de los pastores del valle; evita con cuidado las miradas del page; y aunque su corazon se halla penetrado de amargura, no por eso está menos serena su razon. El que la acompaña no es jóven ni gallardo; pero es el esposo que su madre le designó, y Niceta respetará la voluntad de la que le dió el ser.

¡Que leccion de prudencia y de fortaleza recibe de nuevo Arturo!.... No hay duda, es posible vencer al amor. El semblante triste y abatido de la huérfana, revela los combates interiores de su alma; mas en medio de la pena, se descubre en sus tímidas miradas aquella satisfaccion que produce el cumplimiento de un deber, aquel contento del corazon que pertenece esclusivamente á la virtud.

El conde de Ravenstel y su compañera entran por fin en la abadía. Ya están ardiendo en la capilla las antorchas del himeneo. Conduce el Prior á los esposos, y despues de haber atravesado una larga série de vastos salones, llegan á la gran galería del monasterio, que termina en el coro de la iglesia. Aqui debe Isolina detenerse hasta que el altar esté pronto para recibirla; aqui deben descansar un mo-

mento de la fatiga del camino los esposos y la comitiva.

El recinto está adornado con magnificencia. Vénse colocadas en derredor estátuas de mármol y vasos riquísimos; el piso se halla cubierto de preciosas alfombras; guirnaldas de flores adornan los intercolunios; y los antiguos muros están vestidos de hermosas telas de púrpura y oro. En todo brilla el gusto, todo es espléndido, todo elegante y magestuoso; y mas bien que el salon de los reyes, parece esta pieza un palacio de los cielos.

Pero en vano se ostentan á los ojos de Arturo todas las riquezas del arte: nada le interesa; todo toma el color de sus pensamientos; todo le parece triste y sombrío. Dentro de breves instantes, ligado para siempre á Isolina, se verá separado para siempre de Alaïs. Respira con dificultad; apenas puede tenerse en pie; baña todo su

cuerpo un sudor frío, al que sucede rápidamente una llama abrasadora; todo le asusta, y sus movimientos, su voz siniestra y su mirar despavorido, manifiestan el completo desórden de su alma. Cuando atrevesaban el monasterio, ya aceleraba el paso como si temiese que no había de llegar á tiempo al parage en donde le esperaban, ya se quedaba inmóvil como si algun genio maléfico le hubiera convertido en estátua. En fin, confundido muchas veces entre la multitud que le acompañaba, y creyendo hallarse solo, hablaba consigo mismo, sin que se entendiese de qué, y respondía sin que se supiese á quién.

Isolina sigue constantemente todos sus movimientos, y procura penetrar sus ideas. Afecta el aire risueño de la felicidad; esfuérzase en llamar sobre ella la atencion general, á fin de desviarla de Arturo; entretiene con una

conversacion animada á los caballeros que la rodean, á fin de que no observen á su esposo. Quiere parecer satisfecha y tranquila; mas ¡ay! ¡su alma está sufriendo tormentos horrorosos!

Ravenstel está sufocado, y para respirar aire libre se dirige á una de las ventanas de la galería que cae á un balcon, desde el cual se descubre toda la campiña. El esceso de su dolor ha acabado para aislarle completamente en medio de los que le rodean; y es que para el mortal desesperado no existen ya convenciones sociales, comedimiento ni urbanidad: obra con libertad; se desentiende de la opinion pública, y no hace ningun caso de sí mismo; desprecia y aborrece á sus semejantes, y no tiene en nada su estimacion.

¡Que espectáculo se presenta á los ojos de Arturo! Sobre las cerúleas y trasparentes aguas del lago, una es-

cuadrilla errante y ligera combate y escaramuza de mil modos á lo largo de la costa. En cada soto resuena una armoniosa música, y danzan en coro las vírgenes de la aldea, coronadas sus frentes de guirnaldas: hanse dispuesto mesas campestres bajo los frondosos álamos del valle, y los ancianos de la comarca cantan á Baco y Amor, y saludan con repetidos brindis al Dios de los banquetes. Los zagales del pais, adornados de cintas los sombrerillos, y cubiertos de flores los cayados, ejecutan mil juegos de fuerza y destreza. Todo es alegría y felicidad lo que la tristeza y desolacion están viendo.

Aparta Ravenstel los ojos del risueño cuadro del valle, y los dirige hácia los apartados montes, donde todo está tranquilo y silencioso; mas esta escena no tiene ya para él mas encantos que la otra; porque cuando un alma está agitada, el reposo de la natura-

leza forma un contraste demasiado fuerte con su desórden. Parece que la tierra indiferente á las penas de sus desgraciados hijos, les diga con desden: *¡sufrid ó pereced, nada me importa!* en nada muda sus leyes; ni un asomo de compasion, ni un aspecto de simpatía. El corazon de la mayor parte de los hombres no es por lo comun otra cosa que una roca insensible para sus semejantes. El suelo de todos los paises no es en último resultado sino un vasto sepulcro; ¡ay! para el hombre perseguido por la adversidad, todo es en este mundo soledad y desierto.

Llégase Isolina á Ravenstel y mostrándole la aguda torre de un monasterio de benedictinas que se elevaba sobre la falda de la montaña opuesta, le dice con voz lastimada:

—¡Arturo! ¡que destino tan apacible el de las que habitan en aquel

recinto piadoso! ¡lejos alli del bullicio del mundo, elevan al cielo sus cánticos, puros como su corazon!.... ¡Cuan felices son, Ravenstel! ¡jamas han conocido el amor!

Guillermo de Barres, que se hallaba junto á ella, ha podido oir su discurso.

—¿Y quien os asegura, le dice, que ninguna haya amado? Acaso habrá entre ellas algunas que precisadas á sacrificar sus afecciones á su deber, habrán venido á ocultar en ese claustro sus penas y su desesperacion. ¡Compadecedlas, noble compañera de Arturo! ¡vos no sabeis, y plegue al cielo que no sepais jamas, cuan cruel y penetrante es el dolor que siente un corazon que se sacrifica!....

Comprende Arturo las espresivas palabras de Guillermo, y dice interrumpiéndole:

—Esas vírgenes del Señor disfru-

tan de algunos goces que nosotros no conocemos. Y si existen entre ellas algunas, cuyo corazon haya latido agitado en otro tiempo, aun esas tienen santos consuelos: viven resignadas y contentas con su suerte, y no se ven condenadas á sufrir fiestas, obsequios y.... el mundo ha desaparecido para ellas; desembarazadas de todos los afectos terrenos, oran, y Dios las escucha.

—¡Ay! dice en voz baja Isolina: ¡por que no soy yo una de ellas!

Deja Ravenstel el balcon, da un paseo por la galería, y habla en particular á cada uno de los concurrentes. A juzgar por su semblante, parece que se halle mas tranquilo; pero sus palabras guardan poco órden, y se conoce que le preocupa interiormente una idea fija. Su objeto, recorriendo aquel recinto como para dar conversacion á los que le ocupan; es

el de buscar con reserva y sin ser notado, uno de los testigos de su himeneo que debe hallarse entre la multitud, y que quiere permanecer encubierto. ¿No podrá descubrirle?

A un estremo del salon se hallan reunidos algunos religiosos: acércase el conde y descubre una figura misteriosa que en pie detrás de aquellos sacerdotes, se apoya sobre una estátua. En la posicion de su cuerpo se deja ver cierto abatimiento: cubre sus facciones una larga capucha, y viste el hábito negro de los monges de san Ireneo: examínala atentamente Arturo, y palpita agitado su corazon.

Advierte ella que ha llamado la atencion, y retrocede algunos pasos... este movimiento la ha descubierto: ya no queda duda; la figura misteriosa es Alaïs; la lúgubre vestidura no ha podido desfigurar del todo su talle esbelto y delicadas formas. Es Hebe,

vestida con el manto de la divinidad de la noche; es la mas tímida de las gracias, que se cubre con un velo delante del amor; es la refulgente aurora cubierta momentáneamente por una nube.

Párase el conde de Ravenstel, sobrecogido por un pavor religioso, semejante al que se apodera de un alma fervorosa á la vista de un templo sagrado. Parécele que se exhala en derredor suyo un soplo divino que purifica los aires y todo el recinto. Ya siente, ya respira, ya existe.

Prepárase á arrojarse hácia el objeto adorado que domina en su corazon; mas la Estrangera, con un ademan dulce y suplicante que ninguno de los espectadores ha advertido, y solo él ha podido comprender, le encadena y detiene en su sitio, en donde permanece inmóvil y mudo.

Abrense las puertas de la iglesia, y

los esposos son llamados al altar: todo está pronto, solo á ellos se aguarda; resuena el órgano por todos los ángulos del templo, y acaba de dar la hora del himeneo. El señor de Montolin se acerca á Arturo, y le dice señalándole á su hija:

—¡Conde de Ravenstel! tomad de la mano á vuestra esposa, y conducidla vos mismo al altar.

—¡Mi esposa! esclama Arturo, que ha vuelto de golpe á su verdadera situacion; sí..... lo he jurado..... estoy pronto.

Dirígese dicho esto á Isolina; ya está junto á ella.... mas deteniéndose de pronto pronuncia estas palabras:—¡Señor de Montolin! id á ocupar vuestro sitio en la iglesia; que hagan lo mismo todos los concurrentes, porque deseo entrar despues de todos.

Admírase al pronto el señor del castillo; mas está tan acostumbrado á

las rarezas de Arturo, que cede al fin á su nuevo deseo, y aun aparenta hallarlo muy natural y arreglado. A tal que su hija lleve el nombre del descendiente de los reyes de Bretaña, y goce de su inmensa fortuna, nada le importa todo lo demas; y como quede satisfecha su ambicion, le son indiferentes los medios de que haya tenido que valerse para conseguirlo. Con efecto, la multitud se entra con él en la iglesia, y solo quedan en la galería Arturo, el Prior, Isolina y la desgraciada Estrangera.

Mas ¿qué es lo que se propone Arturo separando de este modo á los convidados á la ceremonia nupcial? ¿quiere acaso hablar á solas con Alaïs? ¿tratará de retraerse de lo que tiene ofrecido? en fin; ¿cuál es su objeto?..... ¡Ay! no tiene ninguno: el deseo que ha manifestado retarda el *sí* solemne, y con esta idea vaga lo

había indicado por si podia surtir el efecto que apetecía: algunos instantes mas de libertad han venido á ser para su alma una necesidad. Mas ¿para que? ¿que uso se propone hacer de ella? no lo sabe.

El Prior está á su lado. — ¡Arturo! le dice en voz baja, acordaos de vuestro juramento: la Estrangera ha sido fiel á su palabra, y se halla aqui: manifestad, pues, vos la fortaleza propia de un hombre. Seguidme.

— ¡Isolina! contesta el conde volviéndose tristemente hácia su compañera, y tendiéndole la mano, ¡Isolina! tuyo soy.

Dice, y mira á Alaïs. La Estrangera, creyendo que él no podia verla, ha apoyado la cabeza sobre la estátua que tiene á su lado. El velo que la cubre se halla agitado: sin duda está llorando. En su penosa respiracion, en la agitacion de su seno, se echa de

ver que los sollozos la sufocan, y que se esfuerza en vano para reprimir su angustia. Á vista de este espectáculo, sucumbe Arturo á todos los pensamientos que están combatiendo á la vez su espíritu y su corazon, suelta la mano de la heredera del castillo.... cae desvanecido sobre una silla, y dice con voz penetrante estas palabras: — ¡Perdona, Isolina, perdona!

¡Que momento tan terrible para la vírgen de Montolin! la mano de Arturo se retira y huye de la suya en el acto mismo de conducirla al altar. ¡Ah! menos cruel hubiera sido la muerte para la desventurada Isolina. Sus penas son ya demasiado grandes para que pueda ocultarlas por mas tiempo, y su alma tiene tambien necesidad de dilatarse, y dar salida á los tormentos que la afligen. Olvida, pues, á su vez el lugar, la hora, la

concurrencia y á ella misma, y prorumpe en estos sentidos acentos.

—¡Amado Arturo! ¡Se acabó para mí el himeneo! no soy amada.... conozco que no lo seré nunca.... todas mis ilusiones se han desvanecido. Nunca había esperado mi corazon recibir del tuyo tanto como ofrecía; pero al menos me lisongeaba la idea de que podría suavizar tus penas y hacerte feliz por medio de aquel sentimiento vivo y puro, aquel amor desinteresado, que se olvida de sí mismo al sacrificarse por el objeto amado, que puede hacerle dichoso sin aspirar á serlo, y lo da todo sin exigir retribucion. Empero se ha corrido el velo que cubría mis ojos: lo veo, ¡yo no puedo dulcificar tus penas!... ¡Arturo! ¡tú desechas á tu Isolina! no, no te violentes, sé libre; yo no te haré ninguna reconvencion, porque conozco que no eres dueño de ti mis-

mo. La humillacion de este momento es ciertamente terrible para mí; mas tú padeces, y yo no puedo hacer mas que llorar; tú amas.... comprendo cuan grandes deben ser tus tormentos. Las antorchas de himeneo se han encendido contra tu voluntad.... no acabes, pues, el sacrificio.... Serás mi amigo, mi hermano, nos unirán otros lazos; y si me temes como esposa, acaso me amarás como hermana.

Consternado Ravenstel, quiere pronunciar algunas palabras; mas estórbalo Isolina.

— Nada, dice, de generosa compasion: ¡no te violentes, Arturo! no te afanes en buscar palabras contra lo que siente tu corazon: sea este el que te hable, y no te dejes mover de mi dolor.

Vuélvese Arturo hácia el Prior, y parece que con sus miradas quiere de-

cirle : *Isolina me absuelve del juramento ; no soy yo el que rompo mis lazos.* Mas dirigiéndose el Prior á la desposada del castillo:

—¡Que haceis! la dice con voz fuerte y llena de espresion: ¡como! ¡al pie mismo del altar desechais el anillo nupcial!.... ¡que conducta! ¡que escándalo! ¡volved en vos, que sin duda os ha abandonado la razon! ¡Retraeros ahora del consentimiento que disteis! Pero no; Isolina tiene una alma demasiado pura para resolverse á ultrajar asi delante de un público reunido, á su padre, á la iglesia, y al mismo Dios. Vírgen inocente, disponeos á seguirme al templo, á menos que Ravenstel no se niegue delante de mí á daros el nombre de esposa. ¡Hablad, Arturo!.... ¿os atreveriais?

El conde permanece silencioso, y no hallándose en estado de responder, se cubre los ojos y rostro con los lar-

gos pliegues del manto blanco. La tierna y molesta doncella del castillo, á quien han sacado de su estado habi. tual los inesplicables tormentos que padece, se entrega ya sin reserva al generoso entusiasmo de su alma; mas no por esto la abandonan ni un solo momento sus gracias. Aparta con mano tímida al Prior de san Ireneo; y mas interesante que nunca, quitándose el velo que adornaba su cándida frente, desprendiendo las flores y joyas que estaban entrelazadas con la rubia madeja de sus cabellos, arrojando la corona virginal que con tanto júbilo se había ceñido aquella mañana, despojándose en fin de todos los adornos nupciales, y de todos los presentes del himeneo, se precipita á los pies del conde.

—¡Arturo! esclama, tú lo ves: he tomado mi resolucion; he consumado ya mi sacrificio.... y yo soy la que te

ruego ahora que apruebes y ratifiques mi conducta: ninguna autoridad tiene el Prior sobre nosotros; yo soy libre para obrar por mí misma. ¡El escándalo! solo le hay en el crímen, y á mí me guía la virtud. El honor y el deber gritan en mi corazon: *¡no causes la desgracia de Arturo!* De hoy mas, solo un velo sentará bien en la frente de Isolina, y yo le tomaré para consagrarme á Dios.... porque Dios solo podía reemplazarte. Desde el balcon de las fiestas he visto el convento de las benedictinas.... el cielo me le enseñaba. Renuncio desde ahora á los adornos y pompas del mundo. ¡Que sacrificio podría parecerme cruel despues de haber renunciado á Arturo!

Durante esta escena de dolor, desde uno de los ángulos de la sala, contemplaba la Estrangera sin ser vista á Arturo, á Isolina y al Prior, y sufría un martirio inesplicable.... Mas le

ocurre de repente una idea que la saca de su abatimiento y le comunica fuerzas sobrenaturales. Corre á Isolina, la coge de la mano con fuerza, y aprovechándose de la inaccion en que la sorpresa y el espanto habian dejado á su rival, se apresura á colocar de nuevo sobre su frente las flores, las joyas, la corona y el velo; y alzándola despues á pesar de su resistencia: — ¡Isolina! dice la desconocida, vos sereis la esposa de Arturo.... Sí, lo sereis.... Debeis serlo.... no mas resistencia; es preciso: os lo mando en nombre del cielo.

Su voz imponente y sublime ha producido un efecto mágico. Arturo, penetrado de dolor, no tiene fuerzas ni voluntad; la vírgen del castillo no osa retirar la mano, y le parece que un espíritu divino ha tomado forma humana para anunciarle los preceptos del cielo.

—¡Y quien sois vos, esclama, que hablais en nombre del Señor!

La figura misteriosa echa atrás la capilla, de cuyos pliegues se desprende esparcida una hermosa cabellera; ofrécese á los sorprendidos ojos de Isolina un rostro angélico, una belleza incomparable.

—*La Estrangera soy*, dice.

Y sin dejar á los esposos tiempo para reflexionar, ni poder para resistir, vuelve á cubrirse el rostro, toma por la mano á Ravenstel.... y arrastrándolos á la iglesia, los conduce precipitadamente al altar, siguiéndolos admirado el Prior.

La galería ha quedado desierta. Los esposos se hallan ya en el átrio sagrado, y se da principio á la ceremonia. En este momento la puerta del templo suavemente movida, gira de nuevo sobre sus quicios, y la sala de las estátuas ve regresar á la Estrangera.

Se halla sola, camina con dificultad, y sus fuerzas van á abandonarla.

Preséntase á sus ojos un reclinatorio, y postrándose de rodillas:—¡Árbitro supremo! dice, ¡que momento, y que sacrificio!.... Nueva barrera se levanta entre él y yo..... yo la he puesto.... yo lo he querido.... Isolina va á ser su esposa.... ¡Apiadaos, Señor, de ellos y de mí!

Dichas estas palabras, inclina la frente sobre el reclinatorio; apenas conserva movimiento, y pálida, desfallecida, en un estado completo de insensibilidad, asemeja en medio del salon adornado para las fiestas, á una imágen de dolor y de muerte colocada para servir de leccion entre las pompas y placeres de la vida.

Retumban por el vasto salon los cánticos de la iglesia: los jóvenes religiosos que asisten al altar entonan los himnos sagrados; sus puras y ar-

gentinas voces tienen cierta melodía celestial. Alaïs vuelve por grados á la vida; ha podido hacerse superior á la pérdida de la esperanza, ó mas bien ofrecerla al Supremo Juez.

¡Ah! ¡cuan cierto es que el esceso de la desgracia da energía á la fe, cuando el alma desolada no pudiendo ya esperar consuelos de parte de los hombres, se acoge á la bondad del cielo! No puede dudarse: el trono de las misericordias es el único puerto en los grandes naufragios.

Ya no se oye el órgano; ya han cesado los cánticos divinos.... estremécese de repente la Estrangera..... el sacerdote que oficia ha pronunciado al pie del altar algunas palabras, que aunque por la distancia han llegado á sus oidos como un sordo murmullo, y no ha podido entenderlas, las adivina sin embargo.... el ministro pregunta, y van á responderle.....

Detiene Alaïs el aliento: se pone á escuchar con la mayor atencion: parece que está esperando un golpe espantoso.... y fatigada de que tarde tanto á herirla, mide el tiempo que pasa por las palpitaciones de su corazon.... mas de repente la abandonan las fuerzas; no hay duda, el golpe está dado. Reprime un grito lúgubre; su lánguida cabeza vuelve á caer sobre el reclinatorio que la sostiene; ciérranse sus párpados; ya no laten sus artérias. El *sí* fatal se ha pronunciado.

Mas ¡que es esto! la puerta que da á la iglesia se ha abierto con violencia.... ¿Quien se precipita en la galería? Arturo, el mismo Arturo; y ¡en que estado, gran Dios!

Durante la ceremonia del himeneo, se habia manifestado enteramente abstraido y como anonadado; mas apenas hubo pronunciado el solemne *sí*, se apoderó de él un acceso de

rabia y de delirio.... habíale abandonado de todo punto la razon, y levantándose despavorido del pie del altar, como quien vuelve de un sueño horroroso, había echado de sí al ministro, y protestando contra su casamiento, profiriendo las mas horribles blasfemias, y hendiendo desatentado por entre la asombrada multitud, había corrido en busca de la Estrangera.

Cierra tras sí la puerta de la galería, y corre los pesados cerrojos. No sabe donde está, ni lo que hace: guíanle el furor y la demencia: arde en sus venas una fiebre mortal: lanzan fuego sus espantados ojos: el último período de la angustia le ha conducido al último grado de la desesperacion: cada mirada suya es un rayo; cada pensamiento un arrebato; cada movimiento un frenesí; y es que su ardiente imaginacion, antes de apagarse para siempre, debia este horroroso com-

plemento á su violenta naturaleza.

Coge á Alaïs del brazo; arráncala con su impetuosidad del letargo en que se hallaba sumergida, y la arrastra precipitadamente fuera de la galería. Mas ¿adonde se dirige? él mismo lo ignora. ¿Cual es su objeto? no tiene ninguno. Romper sus nuevos lazos, ver á Alaïs: tal es la idea confusa que determina su voluntad.

La Estrangera no acierta á comprenderle ni puede resistirle.... en el trastorno de todos sus sentidos, apenas ve ni oye, y como arrebatada por un remolino tempestuoso, atraviesa fuera de sí, y casi en brazos de Arturo, corredores, galerías, todo el monasterio. Vese el terror en sus ojos; la desesperacion está pintada en su semblante; mas en medio de todo, este mismo terror, esta desesperacion, producen en el fondo de su alma cierta sensacion agradable.

Ravenstel deja en fin á Alaïs en un recinto solitario, que no ofrece ninguna salida, y en el cual se ve precisado á detenerse, porque ha llegado al estremo del monasterio y no puede ya pasar adelante. El apartado aposento en donde se halla, es la celda del Prior, en la que penetra apenas la luz del dia. En lo mas retirado está sobre una especie de altar, un crucifijo de inmensa magnitud, la imágen de la Vírgen y algunos libros de devocion.

Recobra la Estrangera los sentidos, y se halla sola con Arturo en un lugar oscuro y desconocido. Estaban en la iglesia todos los religiosos, y ninguno habia podido verle ni oponerse á su estraña fuga.

Cáese hácia la espalda el velo que cubria las facciones de Alaïs, y quedan al descubierto todos sus hechizos.... Sus blondos cabellos bajan en

undívagas sortijas, y flotan esparcidos en derredor de su cándido cuello; su mirada tierna y espresiva, parece implorar la compasion de Arturo; su color habitualmente pálido, ha adquirido aquel viso de púrpura que la blanca rosa de la primavera toma de su brillante hermana; la negra vestidura que la cubre está un poco abierta por delante, y la blancura del gracioso cuello, que torneó el amor, deslumbra los ojos que le contemplan; su agitacion, en fin, y su sobresalto, animando su bellísimo rostro, aumentan todavía su atractivo. ¡Ah! ¡como la hermosea su turbacion! ¡cuan encantador es su desórden!

—¡Arturo! dice, ¿en donde estoy?

—Cerca de mí, le contesta una voz terrible; y ya no estarás en otra parte. Aqui, fuera, en un pais remoto, do quiera me hallarás siempre á tu lado. Tal será en adelante mi des-

tino, que se ha fijado ya para siempre: en la vida ó en la muerte, en el Elíseo ó en el Tártaro.

La perturbacion de su espíritu ha llegado al estremo. Alaïs permanece temblando á su lado, y él la contempla con una alegría feroz. Nunca le había parecido tan hermosa; y embebido en esta idea, se apodera de repente de todo su ser un pensamiento producido por el delirio; pensamiento que le encanta á la vez y le horroriza, y que tan pronto aleja de sí, como abraza de nuevo.

—¡Idolo de mi vida! esclama, aqui estamos solos y somos libres. ¡Una palabra! ¡solo una palabra!.... ¿me amas?

—¡Arturo! responde la Estrangera, ¿será esta la hora, será por ventura este el lugar de dirigirme tales discursos?.... el honor, el deber, tus juramentos....

— ¡Todavía las mismas respuestas! ¡todavía el mismo lenguaje! replica el conde lleno de furor. Ella y ellos obran de acuerdo.... ¡Sea! ¡me precipitan, me arrastran al abismo!.... nada es ya sagrado para Arturo.

Tras esto se deja ver en sus labios la amarga sonrisa de la desesperacion, y continúa con violencia:

— Honor, conciencia, amistad, deber y juramentos, todo es vano y falaz en el mundo; solo el amor es real y poderoso: yo respeto solo su voluntad, y su voluntad es que seais mia.

— ¡Cielos! esclama la Estrangera: ¡que palabras!.... ¿que quereis decir con ellas?

— En este momento se cifra toda mi vida, prosigue el enagenado amante; quiero poseerte á despecho del cielo y de la tierra; quiero conocer un instante la felicidad.... y despues.... ¡que desaparezca de mi vista el uni-

verso! ¡lance el Eterno sobre mi cabeza los rayos de su venganza!.... ¡nada me importa!.... ¡Ven, Alaïs, ven á mis brazos!.... Me has dicho que llevas sobre ti la maldicion de Dios: enhorabuena; yo quiero llevarla contigo.... Describamos en derredor un círculo mágico de maldiciones que ahuyente á los hombres de nosotros: donde ellos existen, allí está el infierno; donde estamos nosotros solos, allí se halla el cielo.

Levántase Alais despavorida: la espresion ardiente y apasionada de Arturo, le revela á la vez el delirio que le arrastra y el peligro que la amenaza. Huye al interior de la celda; vuélvese á él, y juntando las manos en actitud suplicante:

—¡Ravenstel! esclama, considerad que ya no sois libre. El altar ha recibido vuestros juramentos; sois esposo de Isolina.

—¿Quien? ¡yo! ¡yo esposo de Isolina! ¿quien te lo ha dicho?... ¿y tú has podido creerlo?.... En el santuario, adonde me has llevado, habrán podido mis labios pronunciar un *sí* apenas oido; pero mi corazon ha dicho *no* en voz alta. ¡Y que importa un altar y algunas palabras!.... Yo soy tuyo, tuyo solamente.... no, no esperes ya que te deje; te arrebataría al mundo entero; te disputaría al mismo Dios. Ni los sacerdotes, ni la iglesia, ni el Monarca universal podrán separarme de ti. Yo los desprecio, los aborrezco.... he dicho *sí*, es verdad; pero lo he dicho por Alaïs. ¡Ven, amada mia! ¡ven, y que nos colme el amor de sus delicias inefables! Soy tu esposo; quiero serlo.

Dice; y la estrecha contra su corazon; mas desprendiéndose de él la Estrangera:

—¡Arturo! esclama, te conjuro

que me respetes. ¡Noble Arturo! si es cierto que me amas, ten compasion de mí.... ¿acaso se hallará la felicidad en el delito?

—¡El delito! repite el conde: yo no hago el menor caso de las palabras: crímen, virtud, ¡sonidos vanos!.... la virtud es un crímen cuando separa dos corazones formados el uno para el otro.... ¡no mas escrúpulos! ¡no mas obstáculos! ¡oh querida de mi corazon! sé mia por fin.

Dice: Alaïs anegada en llanto corre á guarecerse en el altar, estrecha con sus hermosos brazos la imágen de la Vírgen, y dice recobrando la perdida energía:

—¡Bárbaro! ¡te atreverías á consumar mi deshonra delante de esta imágen sagrada! ¡Retírate! tu vista me horroriza. ¡Sin duda tu amor es infernal! Un día te mandó el homicidio, ahora te prescribe el adulterio;

y aun quieres añadir el sacrilegio.

— ¡ Homicidio ! ¡ sacrilegio ! ¡ adulterio ! esclama el frenético Arturo, ¡ maldiciones y furias ! venid , yo os llamo á todos ; y me hallo ya muy adelantado en la carrera de la iniquidad para que vuestra vista me haga retroceder ¡ Venid con la reprobacion ! ¡ ábranse á vuestra voz las puertas del abismo ! no importa: á pesar de vuestros gritos, sin que me arredre el horror de vuestro semblante, ni los tormentos que padeceis , he de poseer á esta criatura adorada. ¡ Alaïs ! ¡ si tu vida ha sido mancillada con errores, nada importa una mancha mas ! Si tu conciencia no te acusa de crímen alguno , mio solo será el delito. Yo te creo pura, Estrangera.... mas no hay remedio; sucumbirá el ángel al poder del demonio , aunque la naturaleza entera se estremezca. ¡ Homicidio ! ¡ sacrilegio ! ¡ adulterio ! ¡ iluminad con

vuestras negras antorchas el himeneo del crímen y la desventura! ¡venid y sed testigos de la suprema felicidad del amor y la desesperacion!

Dice; y el povoroso sonido de una campana distante, responde á sus imprecaciones, como el eco profundo de la muerte á los últimos gritos de delirio que terminan la vida. Alaïs, fuera de sí, es arrancada del altar.... los antiguos arcos é inmensos corredores retumban de un modo sobrenatural, cual si fuese á estallar sobre el crímen el trueno del Dios de las venganzas.... tiembla en el pedestal la imágen de la Vírgen, y el ángel de los amores castos vela su rostro con las cándidas alas.

Empero no se perpetrará el crímen.... el cielo no ha abandonado del todo á la proscrita de Montolin. Óyense pasos acelerados.... buscan á Alaïs.... llegan.... Alaïs es socorri-

da ; Alaïs está libre. Arturo ve entrar al Prior acompañado únicamente de Guillermo : aparta entonces de sí á la Estrangera, y lanzando fuego de sus ojos, tira de la espada. No son ya placeres amorosos, sangre es lo que su rabia necesita.

¡ Infeliz ! engolfado en la carrera de la perversidad, se halla ya en aquel momento espantoso en que el culpable deja ya de caminar y se precipita; y en que para salvarse de sí mismo y de sus contrarios, no le queda otro refugio que el delito.

¡Tomad ejemplo, almas fogosas!... Arturo no reprimió jamas el vuelo impetuoso de su imperiosa voluntad y exaltada imaginacion : fiado en sí mismo, y contando con sus propias fuerzas, no conoció que necesitaba de otro apoyo : ¿ y cual es el resultado ? ¡ ay! Arturo, dotado de una alma virtuosa, de un sentimiento innato de honor,

y de una propension constante hácia el bien; se ha entregado á los escesos mas criminales; ha faltado á los mas santos deberes: y si no ha cometido todos los delitos posibles, es porque mal su grado ha sido detenido en medio de la infernal carrera que seguía.

Alaïs, casi exánime se ha guarecido á los pies de la sagrada imágen. Acércasele Guillermo.... la mira, y... ¡Cielos! esclama: ¡LA REINA!..... ¡*Ines de Meranie* en estos sitios!

A estas palabras, cae de la homicida mano de Arturo la espada que tenía levantada sobre la cabeza del Prior... ¡LA REINA! ¡*Ines*!.... repite, y cubre sus ojos el velo de la muerte. De repente lleva las manos al pecho; hace un movimiento estraño, pero horrible, que desordena toda su existencia; pierde el color, vacila, cae de golpe en el suelo.

Acude el Prior á su socorro, y trata de incorporarle; mas ¡oh sorpresa! el conde está desmayado, bañado en sangre, y sin apariencia de vida. Habíale acometido un nuevo y último arrebato de furor, y acordándose en aquel momento de su mal cicatrizada herida, la había abierto de nuevo con violencia, desgarrándose el pecho sin piedad. ¡Infeliz! un suicidio ha completado la série de sus estravíos: el insensato ha querido darse la muerte... ¡y sin duda lo ha conseguido!...

Libro undécimo.

Ya se ha descorrido el velo; ya está conocido el gran misterio : la Estrangera es Ines de Meranie ; mas ¿quien es la cautiva de Karency ?.... Todavía resta esplicar muchos acontecimientos y secretos : pocas palabras bastarán para aclararlo todo.

Cuando Felipe Augusto y Ricardo corazon de Leon se cruzaron para ir á Palestina, acababa de cumplir diez y seis abriles la hermosa Ines, hija de Bertoldo, duque de Meranie (1).

(1) Los estados del duque Bertoldo comprendían la Meranie ó Moravia, la Carintia, la Bohemia y el marquesado de Istria.

En la corte de su padre oía Ines hablar con mucha frecuencia de los triunfos del Rey de Francia: el eco de su gloria llegaba en alas de la fama á los mas remotos paises, y mil anécdotas maravillosas inmortalizaban al hombre del siglo. Era Felipe jóven, gallardo, valiente y digno de sus altos destinos: colmado de todos los dones del cielo, eclipsando á todos sus rivales, era el Alcides de Francia, el Apolo de Lutecia (1).

Entusiasmada la princesa de Meranie con las hazañas de Felipe, nada hallaba en el universo que pudiese comparársele.—¡Que suerte tan feliz, decía, aguarda á la esposa de tal príncipe!..... ¡ser soberana de Francia! ¡ser amada del héroe de Europa! ¡Ah, tanta ventura y tanta gloria, son sin

---

(1) París.

duda escesivas para una simple mortal!... ¡Y suspiraba la bella Ines!

Parte el rey para la tierra santa, y entre otros paladines le acompaña el amigo de su infancia, Leopoldo, hijo del duque de Meranie. Debe Felipe embarcarse en Génova (1); mas antes le llaman hácia Alemania ciertos negocios políticos. Visita en su tránsito los estados del padre de su compañero de armas. Hállase Ines enferma, y no puede presentarse al héroe de Francia; mas, sin embargo, desde una ventana de su habitacion le ha visto desfilar al frente de sus caballeros, cercado de todo el prestigio del poder y de la gloria.

Auméntase su admiracion, y la imágen del ilustre caudillo no se borra ya de su memoria. — ¡Que rey! repetía Ines: su nombre llena todo el

(1) Véanse todos los historiadores.

ámbito de la tierra, y por todas partes se agolpa á su paso la entusiasmada multitud: no se prosternaban con tanto respeto ante la estátua de Júpiter los antiguos señores de la Grecia, como los campeones de Francia ante su monarca. ¡Que genio! ¡Que hermosura! ¡Ah! cuando sentado en el trono con todo el esplendor de su magnificencia, casi mira el mundo á sus pies: ¿que le falta para ser un Dios?.... solo la eternidad.

Por do quiera sigue á Felipe la victoria: Ines se complace en oir el pormenor de sus proezas de boca de los guerreros que vuelven de Palestina, y su ardiente imaginacion las abulta y exagera. Ya para ella solo existe en el universo un príncipe y un héroe: el inmortal Felipe Augusto.

La peregrina hermosura de la princesa de Meranie, habia llevado á sus pies á los monarcas mas poderosos:

prendados de sus gracias, el emperador Oton de Sajonia, el duque de Suavia, el conde de Champaña y muchos soberanos de Italia habian solicitado su mano; mas ella había desechado constantemente sus pretensiones.

El hijo de Luis el jóven, está de vuelta en su patria, y se esparce la voz de que va á casarse con la altiva Isamberga, hija de Valdemaro el Grande, rey de Dinamarca. Un embajador del monarca frances ha partido en busca de la princesa, y las fiestas del himeneo aguardan ya á la nueva desposada.

Nunca habia llegado Ines á lisonjearse de unirse un dia á Felipe; mas, sin embargo, la nueva de su casamiento la ha abismado en un dolor mortal. La sombría tristeza empaña sus hermosas facciones; y hasta la idea del placer ha huido de su presencia.

Observábala hacía largo tiempo el señor de Vauaubry, antiguo cortesano: era Ines inclinada á todo lo estraordinario, y aquel hombre incomprensible escitaba la admiracion general. No se le conocía posesion alguna, y parecía que poseyese inmensas riquezas; tendría por lo menos doce lustros, y cualquiera diría que se hallaba en la flor de su edad. Hablaba de los héroes de la antigüedad como si los hubiese tratado (1). Iniciado en

(1) El conde de San-German, que vivió en el siglo último, era un personage exactamente parecido. Hizo mucho ruido en Paris; era recibido en la córte, y madama Campan habla de él en sus memorias. Era alquimista, y poseía algunos secretos maravillosos; leía en el porvenir, y solía decir que habia vivido con los hombres grandes de los tiempos pasados. Sin fortuna alguna

los misterios del arte cabalística, leía en la noche de los tiempos; ni había para él secretos, ni conocía proyectos impracticables: su voz obraba maravillas, y se decía que tenia dominio sobre los espíritus malignos. Todos parecía que le temian, y nadie dejaba de consultarle sus negocios.

Un dia, hallándose Ines sola con él: — Princesa, dice el hombre prodigioso, conozco el pensamiento que os ocupa; y pues ningun testigo nos escucha, prestadme atencion, que puedo disipar vuestros pesares.

— ¡Mis pesares! ¿que quereis decir?

---

conocida, hacía unos gastos que anunciaban un señor opulento. Tenía el esterior de un jóven, y había presenciado sucesos muy antiguos. El famoso conde de San-German ocupó un instante á la Francia, y la Europa no sabe todavía qué fin tuvo.

— Lo sé, princesa; un héroe ilustre ha sabido rendir vuestro corazon. Entre todos los príncipes de la tierra él es sin duda el único que os merece: y si vos, ¡oh noble hija de Carlo-Magno! (1) lo deseais de veras, sereis esposa de Felipe.

—¡Yo!... su compañera está elegida.

— No importa: lo sereis.

—¿Y por que medios?

— Solo con que querais.

— Pero....

— Poned en mis manos vuestra suerte, y yo os fio que sereis reina de Francia.

— ¡Reina de Francia! ¡yo os debería ese título!.... No, yo no puedo creeros.... Mas ¿que debería yo hacer para confiaros mi destino?

---

(1) Ines de Meranie contaba á Carlo-Magno entre sus ascendientes. Véanse todos los historiadores.

— Muy poco. Nada mas os pido que vuestra autorizacion solemne, un rizo de vuestro cabello, una sortija y vuestro retrato.

La princesa de Meranie, viva é imprudente, queda al pronto como admirada; mas lo que Vanaubry le pide le parece cosa de muy poca importancia; parécele por otra parte que su deseo no tiene nada de reprensible, porque el trono de Francia ha sido ya ocupado por princesas de familias no tan ilustres como la suya. La curiosidad, el orgullo y la ambicion, gritan con fuerza en su corazon, y triunfan por fin de los consejos de la prudencia. Jóven é inesperta, acepta sin reflexion el estraordinario ofrecimiento del nigromante: pronuncia la solemne órden que exige; le entrega el rizo de cabello, y pone en sus manos el retrato y la sortija.

Hasta esta época fatal había vivido Ines inocente y sin mancilla: el interes que Felipe le inspiraba, no era el fuego del amor sino el vuelo del entusiasmo que llevaba su elevada alma hácia todo lo que le parecía grande: su beneficencia y sus virtudes eran mayores aun que su belleza; y su padre tenia sobrada razon para estar orgulloso con tal hija.

Retírase Vanaubry, y pónese Ines á reflexionar sobre la conversacion del hombre estraordinario que se cree capaz de sentarla en el trono de Francia. ¿Que medios empleará para llevar á cabo sus proyectos? Ella lo ha aprobado y ratificado todo de antemano.... ¡Cielos! una luz espantosa ilumina de repente su entendimiento.... Al recibir Vanaubry de su mano los cabellos, el anillo y el retrato, la había mirado con una espresion de perfidia, que nada bueno

dejaba presagiar. Su risa era sardónica, y en su sombrío semblante habia brillado, cual un relámpago, cierta alegría diabólica. ¡Santo Dios! ¡Si serán acaso los espíritus infernales los agentes que, autorizados por ella, irán á prepararle la corona por caminos de iniquidad!.... ¡Si vendrá á ser una obra de Satanás su himeneo con Felipe!.... ¡Si habrá confiado su destino al ángel de las tinieblas!... ¡si se habrá ligado á los crímenes de los demonios!... Tiembla de horror Ines; huye el color de sus megillas; quiere revocar su órden y recobrar al momento las prendas que ha entregado; mas ¡ay! Vanaubry ha desaparecido, y le buscan en vano por todas partes.... al salir del palacio de Ines había tomado el camino de Francia.

Queda la princesa traspasada de dolor. ¡Cuan caro pagará un momento

de irreflexion! Anegada en llanto, se colma á sí misma de amargas reconvenciones, porque teme ya en su corazon haber llamado sobre sí las maldiciones del cielo.

Sin embargo, en medio de una corte brillante y rodeada de placeres, Ines va recobrando poco á poco la tranquilidad: Vanaubry no es ya el objeto de la atencion pública; nadie habla de él, y la hermosa hija de los reyes olvida el error de un dia.

El jóven príncipe de Meranie, Leopoldo, que seguía en secreto una correspondencia amistosa con Felipe Augusto, entra una mañana en el cuarto de su hermana con una carta en la mano: — ¡Ines! ¡querida Ines! le dice con la tierna efusion de la alegría: bendigamos juntos al cielo que nos colma de beneficios: prepárate á ser reina de Francia.

—¡Gran Dios! esclama la princesa

cayendo sin sentido sobre una silla: ¡que me has dicho!

—La princesa de Dinamarca, prosigue el noble guerrero, no es ya esposa de Felipe. Un acontecimiento incomprensible los ha separado para siempre; oye la maravillosa relacion.

El monarca había salido hasta Arras á recibir á su futura esposa; y el casamiento se había celebrado en Amiens. Mas ¡oh sorpresa! la noche misma del himeneo, se sintió un ruido estraordinario y pavoroso en el palacio del soberano.... Felipe Augusto sale despavorido del retrete nupcial: lleva el horror pintado en su semblante, y el mas espantoso delirio se apodera de él cuando habla de Isamberga..... Esta es desterrada de su presencia, y el rey declara públicamente que no quiere volver á verla. El terrible misterio de esta noche de boda, ha llenado de asombro á la Francia: en

breve ocupará á toda la Europa, y jamas será conocido.... Felipe ha jurado callarle, y será un secreto eterno, cuya memoria hará estremecer á todos los siglos (1).

— ¿Y á que se atribuye, dice temblando la tímida vírgen, el horrible acontecimiento nocturno?

---

(1) Este incomprensible suceso, es uno de los misterios mas asombrosos de la historia de Francia, que nadie ha podido esplicar. Rigord, Mezerai y Daniel atribuyen á un maleficio el horror de Felipe á Isamberga, y su fuga del lecho nupcial. Todos los historiadores hablan de este hecho con mas ó menos estension. M. Desroches en su relacion circunstanciada del casamiento de Isamberga, dice que ya en el altar fue Felipe acometido de repente de un estremecimiento involuntario, que notaron todos los asistentes.

—A algun infame sortilegio, ó diabólica conjuracion. Mas ¡que tienes, hermana!..... ¿que quiere decir la mortal palidez....

—No tengo nada, hermano mio: acaba.... ¿que es de Isamberga?

—Restituida á París, en seguimiento de su esposo, aunque oculta á sus miradas, ha vivido retirada aguardando el decreto de su destierro; y habiendo sido su himeneo declarado nulo por un concilio de obispos, presidido por el arzobispo de Reims, acaba de salir de Francia (1).

—¡Desgraciada de mí! esclama Ines en la mayor consternacion: no hay remedio.... ¡funesta órden!.... ¡estoy perdida!

---

(1) Véase Desroches, *historia de Dinamarca*: Fleury, *historia eclesiástica*: De la Marre y Sanval, *historia de Paris*.

—¡Que delirio es este!.... esclama Leopoldo. ¡Esplícate por el cielo, hermana mia!.... ¡tú perdida! ¡que otro misterio!...

—¡Ay, hermano mio! ¡no me preguntes!.... Estoy agitada, padezco mucho.... ¡Y que! Felipe Augusto, libre apenas, ¿será posible que piense ya en formar nuevos lazos?.... ¡y que sea yo la elegida!....

—Sí, tú: no lo dudes, Ines; él mismo me lo escribe: está enamorado de tus gracias.

—¿Quien? ¡él!.... Nunca me ha visto.

—Es cierto; mas una feliz casualidad ha puesto en sus manos un retrato muy parecido, en el que....

Un agudo y doloroso grito interrumpe á Leopoldo. Ines se cubre el rostro con ambas manos, como si acabara de estamparse en él algun sello de infamia; ha quedado abismada en

el abatimiento mas profundo, cual si en aquel momento la hubiese borrado el cielo del libro de los predestinados. Levántase despues precipitadamente, y huye de la presencia de su hermano.

Nada ha podido Leopoldo comprender del estraordinario dolor de Ines. Esta se ha encerrado sola en una pieza retirada, en donde ha permanecido muchos dias sin recibir á nadie; y su hermano ha respetado su soledad y no ha vuelto á preguntarla.

Mas llega un embajador frances, y en nombre de su soberano pide solemnemente á Bertoldo la mano de la princesa de Meranie. El ilustre mensagero es el obispo de París (1), á quien acompañan el Prior de san Ireneo, limosnero de Felipe Augusto, y

(1) Véanse todos los historiadores.

el conde Guillermo de Barres, gran senescal del reino.

Pasa Bertoldo á la retirada estancia de Ines.

—¡Hija mia! dice: el soberano, la Francia y su rey te llaman; vas á sentarte sobre el trono mas elevado de la tierra, donde te aguarda la gloria y el amor.

El semblante de la princesa se descompone; y no es solo turbacion, es terror lo que se pinta en él.

—No, no; responde ella con el acento de la desesperacion; ninguna felicidad puedo ya gozar sobre la tierra. ¡Ay padre mio! no me sacrifiqueis.... ¡Por piedad, sí, por compasion negad mi mano!

—¡Como! ¿yo negar tu mano al monarca mas poderoso!..... ¿y con que objeto? ¿bajo que pretestos?.... yo no acabo de comprenderte: la eleccion de Felipe Augusto me llena

de noble orgullo; tu gloria va á reflejar sobre mi pueblo y sobre mí; el cielo nos colma de favores, y....

—¡El cielo! repite Ines, fuera de sí; ¡ah! ¡ninguna parte tiene el cielo en mi elevacion al trono!

Dice, y se precipita á los pies de Bertoldo.

—¡Padre mio! prosigue, ¡si amais á vuestra hija, si no quereis su desventura en esta vida, y su reprobacion en la otra, no la entregueis á Felipe!

—¡Ines! responde friamente el duque, penetro tu pensamiento: crees sin duda que el hijo de Luis el Jóven ultraja las leyes de la iglesia uniéndose á otra que á Isamberga; mas te equivocas. Los primeros prelados del reino han anulado con justo motivo su matrimonio, que no habiéndose consumado, es nulo de hecho y de derecho. No te inquiete, pues, una delicadeza absurda: la iglesia ha ha-

blado, y basta. Mi palabra ademas está dada: prepárate á partir dentro de pocos dias.

Dice, y se retira. La afligida princesa, á pesar de sus lloros y ruegos, se ve precisada á someterse á la voluntad absoluta de su padre. Deja el suelo que la vió nacer, y se dirige á Francia acompañada de Leopoldo. Parece que caminen hácia la gloria; mas ¡ay! solo encontrarán el infortunio.

Ya pisan el territorio de Francia: habíase mandado que en todos los pueblos del tránsito se hiciesen magníficos festejos; pero Ines pasa con el corazon oprimido por bajo los arcos de triunfo que en honor suyo se habian erigido; y lejos de que nada la complazca, todo la aterra y la estremece: lo pasado le recuerda un crímen; lo presente la entrega al mas cruel remordimiento; y solo ve en el

porvenir el anatema y la proscripcion.

La princesa de Meranie observa una inmensa multitud que se agolpa á su tránsito: ciudadanos y lugareños, todos sin distincion corren á su encuentro; mas ¡ay! no les arrastra un entusiasmo lisongero, sino cierta inquieta curiosidad. Todos los semblantes se manifiestan fríos; todas las miradas son investigadoras. El pueblo piensa en Isamberga.

—¿Que es esta? dicen; porque la esposa legítima es la otra.

Pocas aclamaciones saludan á la nueva reina: muchas fiestas, mas ninguna alegría; mucho obsequio, pero ningun amor.

Ines observa, escucha y gime. Su rango no la deslumbra bastante para distraerla de las sombrías reflexiones que la ocupan, ni alcanzan á ocultarle la tempestad que empieza ya á formarse sobre su cabeza. No se escapan á

su penetracion la maligna sonrisa y cautelosas observaciones de los franceses: sabe apreciar sus elogios, interpreta su silencio, y presiente el destino que la aguarda.

Sale Felipe á recibir á su nueva compañera, y la princesa llega á París seguida de una brillante comitiva. Esperábala la capital, que no había visto nunca tan ostentosa entrada, ni mas hermosa reina. Ines deslumbra á todos.

— ¡Que lástima! decía el pueblo; porque prescindiendo de lo demas, era digna del trono. ¡Estraño y notable presagio!... ¡ah! los toscos discursos del populacho, suelen ser á las veces profecías.

La ciudad de Paris recibe el juramento de los esposos. El rey se manifiesta embriagado de amor; pero las primeras familias de Francia no han asistido al himeneo: ninguna da-

ma de elevada alcurnia se ha presentado á felicitar á la reina; la corte de Ines se compone únicamente de jóvenes paladines y de mugeres de inferior nacimiento; la alta nobleza del reino se separa de ella con desprecio. Ya empieza á bramar la tempestad sobre la culpable soberana.

Indignado el Pontífice de la conducta de Felipe, se declara por Isamberga; intima al héroe de Francia que se reuna á su primera esposa, y aparte de su lado á la muger ilegítima, cuyo escandaloso himeneo ofende al cielo y á la tierra; y le amenaza con que fulminará sobre él todos los rayos de la iglesia.

El monarca ha despreciado las amonestaciones de la Santa Sede. El amor que profesa á Ines, atropella todas las consideraciones; y aunque los reyes sus rivales se arman por todas partes contra él, quiere que Ines

conserve la corona á pesar de Roma y de Europa.

Lánzase por fin el anatema: todos los vasallos de Felipe son absueltos del juramento de fidelidad; ciérranse los templos; quedan desiertos los altares; prohíbese á los ministros del culto el ejercicio de las funciones sacerdotales; niégase el bautismo á los inocentes niños; el anciano venerable muere sin sacramentos; en vano llama el amor al himeneo; ya no se cuentan dias feriados; ya no hay épocas santas; la vida está privada de sus goces, y hasta la misma muerte ha perdido su fúnebre atavío.

Los presentimientos de Ines se han realizado.... solo Felipe la ama; el reino que la mira como autora de todos sus males, la aborrece de muerte. La hija de Bertoldo no se atreve á dirigir sus plegarias al Señor: mira como justa y merecida la escomunion

que ha caido sobre ella, y esclama á las veces penetrada de dolor: — ¡Desventurada Ines! el infierno te colocó en el trono, y el cielo te arroja de él: el cielo es justo.

Su palacio ha quedado desierto: pasa los tristes dias en la mas espantosa soledad, y llegada la noche huye el sueño de sus ojos. Mas ¡oh colmo del infortunio! las maldiciones de Roma se estienden hasta la naturaleza (1): á un invierno glacial se sigue sin transicion un estío abrasador; el calor llega á ser intolerable; el aire exhala vapores inflamados, cuyo soplo destructor seca los arroyos y los rios, agota las fuentes, y devora las mie-

(1) Casi todos los historiadores hablan de los espantosos prodigios que se vieron en la naturaleza luego que se lanzó esta escomunion, que es una de las mas fomosas que se leen en la historia.

ses. Ya no ostentan los prados su frondosidad, ya no tienen savia los árboles, ya no vegeta la tierra; las lluvias han cesado de todo punto, y ni siquiera recrea los sentidos el soplo refrigerante de las brisas. Vénse discurrir por la bóveda celeste mil nubes negras de formas horribles y amenazadoras; cruzan por el firmamento sierpes de fuego de pavoroso aspecto; ruge el trueno; fórmanse y descargan con estrago las tempestades, sin que aun entre sus horrores quiera el cielo enviar una gota de agua. Las poblaciones y los bosques son presa de las llamas que encienden el rayo del cielo; ciudades enteras quedan reducidas á cenizas; mueren los animales del campo por falta de aire y de alimento, y sus rabiosos aullidos, acrecientan todavía el horror general. Meteóros espantosos iluminan aquellas noches funerales; la Francia en fin cons-

ternada, solo ve el aspecto del terror, y no tiene otro recurso que la muerte.

Sumergida Ines en la afliccion y el abatimiento, se considera como causa de las calamidades públicas. Los habitantes de Lutecia se reunen bajo las galerías del Louvre, y la colman de imprecaciones: no tarda en verse amenazada su vida: la guardia de Felipe, encargada de contener á los amotinados, tiembla á cada paso por la seguridad de la reina.

—¡Ay Felipe! dice una mañana la princesa dejando á los pies de su esposo la diadema, ¡no quieras luchar mas contra el cielo!.... abandona á esta infeliz que lleva sobre sí la maldicion: prevalezcan contra el amor los deberes que te impone el cuidado de tus pueblos, y recobre Isamberga la corona. Permite que yo me sacrifique voluntariamente á la felicidad de la Francia.... Todos me odian; todos

me aborrecen.... Déjame retirar á un destierro remoto á espirar mis pasadas grandezas. Jamas lograré tranquilidad si no obtengo el perdon de los hombres. ¡Envidiáronme un dia! ¡quieran ahora compadecerme!

Sí, yo solicito desgracias: me son necesarias.... he sido criminal, y Dios me llama á sí por la senda de los dolores. Es fuerza separarnos: ya veis la desolacion del reino.... ¿y que es el destino de una muger comparado con el de un pueblo?.... Destiérrame de tu presencia.... es preciso.... estamos unidos con vínculos criminales.... ¡ah! ¡por piedad muéstrate bárbaro una vez!

—¡Jamas! responde el fogoso guerrero. Si el universo se ha conjurado contra mí, yo sabré hacer la guerra al universo.

Ya han sido invadidas las fronteras de Francia; ¡ay! coligados los reyes

del Norte, triunfan por todas partes (1); y aunque Felipe llama en su favor á los primeros gefes del reino, nadie escucha sus órdenes. Persuadidos de que el Dios de los ejércitos no dispensará ya su proteccion á la bandera de las lises, unos se niegan á auxiliarle, y otros se unen á sus enemigos. Solo ha podido Felipe reunir un corto número de soldados; mas nada le arredra, y marcha al combate.

Síguele Leopoldo. Este guerrero decidirá de la suerte de su hermana: ¡con que ardimiento se arrojará sobre los enemigos!.... El conde Guillermo de Barres se ha pronunciado tambien por Ines, y está dispuesto á pe-

---

(1) Todos los hechos referidos en esta narracion, están arreglados á la verdad. (Véanse la mayor parte de los historiadores).

recer por salvarla. El monarca y sus dos héroes esperan todavía la victoria.

La reina se ha quedado en París con el Prior de san Ireneo, que no se aparta nunca de su lado. Este prelado es su apoyo y su amigo, y el único que suaviza los acerbos dolores de su corazon. ¡Ah! ¡no tardará á llorar su desventura!

Cada dia vienen á Lutecia mensageros del campamento real con noticias del ejército frances. La llegada de un correo era en otros tiempos el anuncio de una victoria, prevista ya de antemano; mas ¡ay! ¡todo se ha trocado! el pueblo presiente desastres, y los desastres se suceden sin interrupcion.

Jamas había conocido Felipe los reveses en el campo del honor. Dáse una sangrienta batalla á las puertas de Gisors, y los franceses son dispersados; reúnelos, empero, su invencible cau-

dillo: todavía conseguirá el triunfo su genio sublime.... mas ¡oh destino! en el momento mismo en que iba á coronar sus esfuerzos la victoria, húndese bajo sus pies un puente, y cae el rey de Francia en las aguas del Epte (1). Espárcese la voz de que ha perecido, y cobran aliento sus enemigos.

Precipítase Leopoldo en la corriente, y salva á su señor; mas habiendo recibido una herida peligrosa, deja poco despues el campo de batalla. Cae Guillermo de Barres del caballo, y le llevan moribundo lejos de los suyos. Ya no es un garante de la victoria la presencia del héroe frances y sus dos valientes compañeros; y viéndose el ejército sin cabeza, se replega en desórden bajo los muros de Gisors (2).

---

(1) Todavía se ensaña en Gisors el sitio donde cayó Felipe Augusto.

(2) Segun algunos historiadores que-

El funesto accidente ocurrido al príncipe, y las desgracias de la jornada, son mirados como efectos de la escomunion. Los soldados no tienen ya confianza en sus gefes : acusan á Ines de los reveses de la fortuna; y el desaliento mas completo se apodera de todos los corazones.

Guillermo y Leopoldo se hallan á las puertas del sepulcro, y sus voces elocuentes no defienden ya á la hija de Bertoldo.... Rodeado Felipe de los enemigos de Ines, ve vacilar su trono, y no halla otro medio de libertarse de la ruina que le amenaza, que ceder á los votos de la Francia... Escribe, pues, á su desgraciada compa-

---

dó el campo por Felipe; mas este triunfo fue muy disputado : lo cierto es que los enemigos cantaron el *Te Deum* en accion de gracias por el éxito de aquella jornada.

ñera una carta llena de espresiones de ternura ; mas ¡ ay ! esta carta contenía la órden de destierro.

Empero Ines no es entregada á su padre. El duque de Meranie acababa de perder la mayor parte de sus estados, y huía ante los enemigos de Francia, ligados contra él y su hija. Felipe, pues, envía á su esposa al fuerte de Karency, en la Bretaña, donde podrá vivir en seguridad. Ninguna resistencia, ninguna observacion hace la desventurada proscrita: se resigna.... y parte á su destino.

Álzase la escomunion, y se proclama con toda pompa el nuevo llamamiento de la esposa legítima. ¡ Cuanto padece Ines ! por todo el camino de Bretaña, adonde pasa en secreto sin ser conocida, no oye otra cosa que los gritos de júbilo con que celebra el pueblo la vuelta de Isamberga. Abrense los templos, y la multitud corre

desalada á rendir gracias al Ser supremo que los ha libertado de la hija de Bertoldo. Los moradores del campo y los vecinos de las ciudades se buscan, se reunen y se abrazan llenos de emocion: la viagera, cuya clase y nombre ignoran las gentes, encuentra por todas partes fiestas y juegos; y mas de una vez se halla en el duro trance de tener que gritar con el populacho: *¡viva la reina Isamberga!* Todo renace en Francia; todo se anima.... Ya se puede amar, orar y vivir; como si con el reinado de Ines hubiese acabado el del demonio.

¡Mucho ha padecido la pobre desterrada!.... Su padre se ve despojado de sus estados; su hermano se halla próximo á exhalar el último aliento; y para sustraerse al furor del pueblo, de aquel pueblo mismo cuya reina ha sido, se ve precisada á huir encubierta, á fin de que nadie la conozca.

Su himeneo ha escandalizado á Europa : todas las calamidades reunidas, descargando á la vez sobre la Francia, han señalado su efímero reinado; fue el horror de sus vasallos, y es la réproba del mundo. ¡ Ay ! Ines, sin embargo, la mas prudente y bella de las esposas, la mas modesta y benéfica de las mugeres, era al mismo tiempo la mejor de las reinas.

Una de sus damas, Julia, condesa de Rethel, la sigue á su destierro; es de la misma edad que Ines, y se ha consagrado enteramente á su soberana : sus almas están en armonía, y hasta en sus facciones se nota cierta semejanza. Ambas llegan á Karency sin el menor obstáculo.

Durante el penoso viage ha guardado Ines un silencio profundo. Algunas veces la abandona su fortaleza.... otras parece que su imaginacion se halla estraviada ; mas siempre

amable y paciente, gime sin que lleguen á oirse sus gemidos, y padece sin proferir una queja.

A fin de distraerla de sus penas ha quedado Felipe en enviarle á Karency algunos escuderos, damas, pages y toda la apariencia de una corte; mas este pomposo cautiverio le parece á Ines insoportable, porque su único deseo sería retirarse á un desierto; no ser vista de mortal alguno, y poder llorar con libertad.

Ocúpala constantemente una idea: ¿le sería imposible huir á cualquier parage solitario sin que su esposo lo supiese ni pudiera oponerse?.... Discurre largo tiempo sobre los medios de realizar este proyecto; cree al fin haberlos hallado, y he aqui el plan que ha concebido.

La condesa de Rethel, que tanto se le parece, se revestirá de su dignidad y tomará el nombre de la reina;

y como Felipe Augusto deja á la cautiva de Karency la libertad de elegir su servidumbre, Ines se rodeará de personas poco notables, y que no la hayan visto en ninguna parte. Julia pasará á sus ojos por la princesa de Meranie; no saldrá jamas sino cubierta con un velo, para no ser conocida fuera; y prohibirá la entrada en lo interior del fuerte á toda persona estraña, quien quiera que sea. Ines entre tanto, convertida en Julia, dirá á Dios á su tierna amiga, y desaparecerá para siempre.

La condesa de Rethel se resiste mucho tiempo á poner en ejecucion tan arriesgada empresa; mas ha jurado arrostrar por su desgraciada amiga toda clase de peligros, y las lágrimas y súplicas de su soberana vencen al fin su resistencia.

Luego que llega al fuerte la hija de Bertoldo, despide bajo diferentes

pretestos á todos los criados; y Julia, con el nombre ya de Ines, arregla de nuevo la familia. Suplica la princesa á Felipe que no envie á Karency para su servicio sino á los estrangeros que le indica, los cuales no la han conocido reina; porque le sería, dice, demasiado violento mostrarse abatida y degradada ante los mismos que la hubiesen visto feliz y poderosa. Adhiere el rey gustoso á los deseos de Ines; y la pequeña corte de Karency, sin concebir la menor duda, toma por la princesa de Meranie á la bella condesa de Rethel.

Al llamar de nuevo á Isamberga, ha jurado Felipe no volver á ver á su rival: Felipe será fiel á su juramento; nada tiene Ines que temer del compromiso de su amiga, á la que promete hacerle saber el lugar de su retiro, que deberá ser á corta distancia de la fortaléza. Deja despues la prision

real, y provista de una cantidad de oro suficiente para no temer á la indigencia, busca una morada pacífica, y tomando el nombre de Alaïs, se establece en un parage solitario á las orillas del lago de Montolin.

La fatalidad, empero, sigue sus pasos: en vano derrama beneficios por las inmediaciones de su retiro; toda la comarca la teme y huye de ella. Su juventud y su desgracia, su dolor y su hermosura, su abstraccion y sus misterios, el enagenamiento que se ve pintado en sus facciones, y el desórden que se observa en sus ideas, la han hecho sospechosa á la aldea. La designan con el nombre de *la Estrangera*; declárase funesta su proximidad, y el pueblo manifiesta públicamente la aversion con que la mira.

Todo se ha conjurado contra Inés. La infeliz atribuye el horror que inspira, y el desprecio general que por

do quiera la acompaña, á efectos de la terrible escomunion que se lanzó sobre su cabeza; créese odiada de la naturaleza entera; y este pensamiento que la hostiga de continuo, esplica aquellas palabras incomprensibles que en el delirio de su dolor dirigía á Ravenstel: —Luego que aparezco en la selva, cesan las avecillas en sus cantos; se marchitan las flores que toco; huyen de mí los pastores que encuentro; cúbrese el sol cuando le miro, y únicamente me sufre la tierra, porque he de ocupar algun dia el sepulcro que me prepara.

Ines, la arrepentida Ines, sola en la casa aislada, pasa sus dias en oracion. Todavía pertenece á la tierra por la vestidura mortal que cubre su alma; mas por sus angélicos sentimientos habita ya en las moradas celestiales, y olvidada del mundo entero, mira con cierto placer las pe-

nas que deben espiar sus faltas.

Acordándose algunas veces de los beneficios que hizo en los primeros dias de su reinado, se complace en pensar que la posteridad la vengará; cree que llegará un dia en que se compadezcan sus desgracias: su pérdida será tal vez llorada, y el esceso de su infortunio hará respetar su memoria. Empero, desechando luego estas dulces esperanzas: — No, se repetía la proscrita; ni un solo recuerdo mereceré: el hombre á quien ha sublimado la fortuna, el hombre poderoso, puede llegar á la inmortalidad, tanto por grandes adversidades como por triunfos ostentosos. Toda la tierra se ocupa en sus cosas; la poesía y la historia las consagran; mas las lágrimas de una muger, cualquiera que haya sido su rango; las lágrimas solitarias de una infeliz, que abandonada de todo lo que amó en el mun-

do, sobrevive al horror de su desgracia, ninguna urna las recoge, ni la desdeñosa posteridad tiene ningun bardo que las cante.

El dia que salió Ines de París, cuando decía el último á Dios al palacio de los reyes, encontró en el cuarto de su esposo el retrato suyo que había entregado á Vanaubry: — ¡Que Felipe Augusto, dice, no vuelva á ver esta pintura, que sirvió para la obra tenebrosa de las potestades infernales! desaparezca conmigo. Este talisman terrible hizo nacer su amor; piérdale, pues, y dejará de amarme. La continuacion de su ternura para conmigo, sería el suplicio de su vida y la desesperacion de la Francia: apaguemos la funesta llama que jamas debió haberse encendido. ¡Goce Felipe dias dichosos; sea Ines sola la digna de compasion!

Dice; toma el retrato y se lo lleva

á su destierro. Esta pintura fue la que la Estrangera arrancó despavorida de las manos de Arturo, esclamando al mismo tiempo: — Huye; mi imágen se me asemeja, y está maldecida lo mismo que yo.

De las alhajas preciosas que tenía de su familia solo había conservado la copa de su padre, que este le regaló al separarse de ella, y en la cual bebió Arturo en la fuente de la Vírgen.

Temerosa la Estrangera de ser incomodada en su retiro por alguna autoridad local, había colocado de propósito entre sus papeles un escrito firmado por ella misma, y sellado con el escudo de sus armas, en el que á nombre de Ines, encargaba á todos los gefes, jueces ó magistrados, respetasen la existencia, la desgracia y los secretos de la Estrangera. Este fue el escrito que Niceta encontró en su cabaña, y llevó al tribunal,

cuando se celebraba el famoso juicio.

El sacrificio de Ines había salvado la Francia. Satisfecha Roma del llamamiento de Isamberga, había apagado ya sus rayos vengadores: una legion de valientes corre luego á alistarse bajo las banderas de Felipe, y vence éste á sus rivales.

Restitúyese á Europa la paz. Leopoldo de Meranie, vuelto á nueva vida, había tomado horror á París; é inconsolable por el destierro de su hermana, y por la afrenta que de él debía seguirse á su ilustre casa, se había retirado del ejército con la idea de renunciar á todas las grandezas humanas, y acabar sus dias lejos del ruido de las cortes.

Felipe Augusto había restablecido á Bertoldo en su trono, y Leopoldo hubiera podido volverá Meranie; mas despues de la afrenta de su familia, no quiere ya presentarse entre sus

conciudadanos, ni seguir llevando un nombre que ha sido mancillado. Su hermana era el objeto de toda su ternura, y no puede perdonarse el haber causado él mismo su desgracia llevándola á Lutecia. Las fatigas físicas y morales han trocado enteramente su carácter: el palacio y el campo de la gloria, le son igualmente odiosos; y sombrío, despechado y misantropo, renuncia á la herencia de sus padres, y no quiere volver á su patria.

En vano ha intentado el afligido Felipe retener á su lado á su antiguo compañero de armas: el inflexible Leopoldo, firme en su resolucion, ha dejado la ciudad de los reyes, y ha fijado su residencia en las inmediaciones de Karency, donde mora la ilustre prisionera: bajo el nombre de Valdebourg pasa alli algunos dias tranquilos, y el silencioso retiro va restituyendo la calma á su espíritu.

Al fijarse cerca de Montolin, no es su objeto restablecer relaciones con su hermana, no: ha resuelto no ponerse jamas en su presencia; conoce que su vista renovaría los dolores de Ines, y que el aspecto de la proscrita destrozaría tambien su corazon. Se contentará, pues, con saber de ella todos los dias; y sin acercarse á Karency, velará sobre su destino.

El limosnero del monarca frances deja á París y la corte; y por recompensa de todos sus servicios, solo pide licencia para irse á residir en la abadía de san Ireneo, que está inmediata al lugar de su nacimiento. Adhiere el rey á esta pretension, y añade todavía otras mercedes: estiende los dominios del Prior, le reviste de facultades estraordinarias, y como prelado de san Ireneo, le concede una autoridad casi soberana sobre todas las comarcas vecinas. Leo-

poldo era amigo del Prior : encuéntranse ambos en Montolin, y el digno prelado promete al noble guerrero no revelar jamas su nombre ni su clase.

Valdebourg, sin embargo, no ha podido vivir del todo oculto : Felipe Augusto sabe el sitio de su retiro, y por medio de mensages secretos, con cartas y presentes, procura acreditarle que la amistad de los reyes puede tambien algunas veces ser constante. El canton de san Ireneo conoce fácilmente que Valdebourg es un personage distinguido.

Luego que llegó el Prior á su abadía, corrió al castillo de Ines ; mas halla las puertas cerradas : ninguna persona, sea de la clase que quiera, es admitida á presencia de la cautiva: tal es su ley espresa. Se propone vivir oculta; ha hecho voto de permanecer inaccesible dentro de los muros de su prision ; la regla que Ines ha estable-

cido y Felipe ha aprobado, no debe jamas ser infringida, y el Prior no ha podido dejar de someterse á ella.

La ardiente pasion del conde de Ravenstel ha alterado la tranquilidad que reinaba en el solitario albergue de la Estrangera; todavía ha hecho mas: ha turbado el corazon de Alaïs. La princesa soberana había admirado á Felipe Augusto; la pobre desterrada ama á Arturo.

Creyó la infeliz hallar reposo en una cabaña aislada; y ha encontrado un nuevo suplicio, el mas cruel de todos tal vez.... ¡Ay! la Estrangera amante sensible, es todavía mas desgraciada que Ines soberana proscrita.

Ve la Estrangera á Valdebourg, y reconoce á su hermano.... ¡que encuentro para estas dos víctimas de la valeidosa fortuna! Confíanse recíprocamente sus penas, y lloran juntos.

Persuade Leopoldo á su hermana

que huya para siempre de Ravenstel: estaba ya pronto á partir con ella, cuando la espada de Arturo le precipita en el lago; recae sobre la Estrangera la sospecha del asesinato, y es conducida á san Ireneo.

La aparicion de Valdebourg en el tribunal pone en claro la inocencia de los acusados; mas el Prior quiso ver las facciones de aquella desconocida, cuya voz y figura le habian recordado á la reina Ines.... Segura la Estrangera de la lealtad del prelado, no vacila un momento: levántase el velo, y el Prior la reconoce.

Sigue éste los pasos de Alaïs, y se aclaran todos los misterios. Antes de la desgraciada escena de la roca, había preparado Valdebourg todo lo necesario para la próxima partida de su hermana; mas conociendo el caracter violento de Arturo, y temeroso de que se opusiesen á sus designios al-

gunos obstáculos, había escrito á Felipe, que á la sazon se hallaba en Nantes, pidiéndole una órden suprema, por la que se obligase á todas las autoridades de Francia á defender y auxiliar en cualquier ocasion á una jóven bretona, que designaba solo con el nombre de *la Estrangera*, á quien amaba en estremo, decía, y á la que á pesar de sus virtudes y gracias, perseguía atrozmente un hado fatal. No viendo Felipe en esta singular pretension otra cosa que un sentimiento caballeresco y una aventura amorosa, satisfecho de haber hallado ocasion de servir á su compañero de armas, había llenado sus votos en el instante mismo, despachando inmediatamente para la cabaña de la *Estrangera*, un correo con el escrito real que se presentó en el tribunal de la abadía.

Llega á Karency la noticia del ar-

ribo del senescal de Francia á Montolin, y al saber el objeto de su viage, queda sobrecogida de espanto la condesa de Rethel; mas por dicha hacía muy poco tiempo que Alaïs le había escrito, y enterada Julia del lugar de su retiro, ha podido avisarla de la embajada de Guillermo, y de la medida adoptada por ella, de negarse á recibirle hasta pasados ocho dias. Llama á Inés en su auxilio, y espera con impaciencia su respuesta.

Antes de la llegada del conde de Barres á Montolin, hallándose enteramente cicatrizada la herida de Leopoldo, había éste partido en secreto para Gueranda, con objeto de adquirir por compra cierta hacienda deliciosa y solitaria que estaba inmediata á dicha ciudad, y en la cual pensaba fijarse. La noche del fatal casamiento estaba Leopoldo de vuelta, habiendo dejado el negocio arreglado á medida

de su deseo : era dueño de la quinta apetecida ; nada se oponía ya á sus votos, y segun el plan que nuevos acontecimientos habían de trastornar al otro dia del himeneo de Isolina, debía huir para siempre con Alaïs del canton de san Ireneo.

Libro duodécimo y último.

El astro de la luz, que el dia del casamiento de Arturo había dirigido sus primeros rayos sobre el risueño cuadro de las fiestas, solo ilumina con sus últimos fuegos el silencioso espectáculo de la muerte. ¡Ay! ¡ni un instante se pasa en este valle de miseria, sin que se abran miles de sepulcros, y corran sobre ellos rios de lágrimas! Todos los humanos se apesadumbran y desesperan cuando ven aproximarse el fin de su carrera; y sin embargo, ¿que es la vida para la mayor parte de los hombres? un soplo, un poco de amor, grandes errores, algunos

placeres, penas sin cuento, abundantes lágrimas.... un puñado de polvo.

¿Que casa aislada es aquella que doran los pálidos rayos del sol de ocaso, y cuyas derruidas paredes rodea una turba de gentes agitadas?... la cabaña de la Estrangera. Mas ¿con que motivo se agolpa delante de la puerta la consternada multitud?.... alli está el desgraciado Arturo.

El Prior de san Ireneo había querido que se trasportase al castillo de Montolin el moribundo esposo de Isolina; pero volviendo en sí Ravenstel, hizo detener la litera y pidió que le llevasen á la choza de Alaïs: el castillo le causa horror, y quiere exhalar el último suspiro en la habitacion de su amada. Tal deseo encontró gran resistencia al principio; mas con sus ruegos, amenazas y furores, logró por fin hacerse obedecer. Fue preciso acceder á sus votos para no irri-

tar sus males y apresurar quizá su muerte.

¡ Que contraste forma en el camino de la abadía la pompa de la madrugada con el lúgubre cotejo de la noche !... una especie de carro fúnebre atraviesa en silencio aquellos caminos, sembrados todavía de flores, donde algunas horas antes resonaban los festivos gritos de la alegría. Bajo los mismos arcos triunfales, donde acababan de oirse los dulces himnos del himeneo y del amor, no se escuchan ya mas que sollozos y gemidos, tristes armonias de la muerte. La misma multitud acompaña á Arturo ; pero no es ya la brillante comitiva de un favorito de la fortuna, sino la escolta funeral de una víctima del destino. El suntuoso aparato del poder y de la grandeza, ha sido de repente reemplazado por las lúgubres solemnidades del dolor y la tumba.

En lo mas retirado de la cabaña está el Prior solo con Arturo. El moribundo le ha hecho llamar al verse ya en los últimos momentos. ¡Ah! ¡cuantos motivos tiene de arrepentimiento! nació bueno, leal y síncero; mas ¿que ha hecho de todos estos dones de la Providencia? todos los ha viciado: obedeciendo solo á su fogosa imaginacion; ya no ha estado en su mano el dejar de cometer los mas atroces crímenes: homicidio, adulterio, sacrilegio, suicidio en fin. ¡Cual debe devorarle el remordimiento!....

Su último acceso de demencia ha destruido las pocas fuerzas que le quedaban: se ha calmado la fiebre de las pasiones, abre los ojos y puede juzgarse.

El desgraciado Ravenstel, piadoso por naturaleza, llora sus estravíos; y restituido á la razon, llama en su socorro, antes de partir de esta vida, á

aquella religion santa que los fríos sistemas de Olburgo no habian podido arrancar de su enamorado corazon. Separando, pues, su pensamiento de todo objeto terreno, con sus miradas prontas á apagarse, y su voz ya desfallecida, implora los sublimes consuelos que solo la piedad puede conceder. ¡Ah! su conferencia con el ministro del Señor, y los actos religiosos que ha practicado, han tenido sin duda algo de divinos y patéticos; porque el Prior de san Ireneo, tan grave, tan insensible y tan frío, tenia los ojos arrasados de lágrimas al salir de la selva fatal, y hablaba lleno de entusiasmo del noble conde de Ravenstel.

A ruegos del prelado se han ido retirando los aldeanos que habian concurrido, y ¡ay! la casa de Alaïs, destinada siempre á ser albergue de la desgracia, vuelve á quedar en la paz del desierto, y acaso dentro de

poco reinará en ella el silencio de la muerte.

¡Que himeneo y que dia para la desventurada Isolina!..... la infeliz había seguido á pie la litera en que iba su esposo: ataviada aun con el trage nupcial, y ceñida la corona de las vírgenes, ha pasado bañada en llanto por medio de las brillantes decoraciones que se habian levantado para festejar á la venturosa Isolina.... mírala el pueblo, la rodea, y todos los corazones quedan traspasados de dolor al contemplar aquella hermosura angélica, que de la cumbre de la felicidad humana, había caido de golpe en el abismo de todos los males. No sabe la espantosa escena, á cuyo final se desgarró Arturo su herida, y probablemente no lo sabrá jamas: sobrados suplicios la esperan, sin necesidad de añadir este.

¿Adonde ha de seguir á Arturo? á

la cabaña de la Estrangera; para que se verifique de este modo que los votos y los pensamientos de su amado se dirigen constantemente á Alaïs hasta en el último momento. No importa; la amable Isolina está resignada..... ni una queja, ni una reconvencion saldrá de sus labios. Su abnegacion es siempre igual..... se olvida enteramente de sí misma, y solo se ocupa en Arturo. Al dejar el camino del castillo para tomar la senda de la selva, dirigió una mirada triste hácia Montolin.... ¡cruel espectáculo!.... habíase esparcido la voz de que su esposo acababa de espirar; y los barqueros estaban quitando de los bateles las flores que los adornaban: derriban el arco triunfal.... arrojan los músicos la lira.... y sobre la góndola de Ravenstel agita el viento una bandera negra.

Valdebourg, ó digamos ya Leopol-

do, se hallaba de vuelta, como queda dicho, y el conde le rogó por medio del Prior le concediese una última conferencia: vino en ello el príncipe, y se presentó aquella misma tarde en la cabaña fatal. Retírase Isolina por evitar su vista, y quedan solos los dos antiguos amigos.

—¡Eres tú, Valdebourg! dice Arturo alzando hácia él sus cansados ojos; ven á estender tu perdon sobre mis pasados errores..... tú puedes y debes hacerlo.... yo muero, amigo; ven, mis últimos suspiros te llaman.

Tomando despues algun aliento, prosigue con acento mas grave:

—¡Príncipe de Meranie! permitid que cuando me hallo á la orilla del sepulcro, deje á un lado las gerarquías, y continuad siendo para mí el mismo Valdebourg, aquel Valdebourg de los dias puros. ¡Ay, amigo mio! yo te fio que será por poco.

—¡ Mi amado Arturo ! responde Leopoldo, hace ya largo tiempo que te perdoné ; jamas dejé de amarte, ni aun en el momento fatal en que tu imprudente mano levantaba la espada sobre mi cabeza. Jamas dejaré de ser para ti el mismo Valdebourg, porque príncipe ó baron, soy tu hermano.

—¡ Mi hermano ! repite el conde con una voz profunda y concentrada. ¡ Mi hermano tú !.... ¡ que me dices !

El sentido con que ha tomado Arturo estas palabras, ha hecho gran estrago en su corazon.... había ofrecido al Prior emplear sus últimos esfuerzos en apartar á Alaïs de su pensamiento ; le ha ofrecido no pretender ya verla ; evitar todo lo que pueda recordársela, y sobre todo no hablarle : ¡ay ! la sola presencia del hermano de su amada, y sus primeras palabras, le han hecho conocer cuan difícil ha de serle el cumplir el juramento

hecho.... Empero no hay que temer; le cumplirá religiosamente.

Ha vuelto á cerrar los ojos: ¡ay! Arturo no es ya aquel jóven fogoso, lleno de fuerza y gallardía, que esclamaba hace poco trasportado: — *Me siento con ánimo para sufrir la vida; sobrellevar sus goces y sus penas, luchar contra sus borrascas, y regocijarme en sus dias apacibles.* No, no es ya aquel Ravenstel, no es mas que la sombra de sí mismo. Desdeñó la existencia positiva y razonable, y ha sido devorado por la vida ideal y apasionada; pidió á la tierra goces que no podía ofrecerle, y solo ha conocido la sed de los placeres; deseó tempestades, y ha caido herido por el rayo.

Sus mejillas estan pálidas y hundidas; ya no hay impetuosidad en sus deseos. Sus acentos son tardos y monótonos; léntos y tristes sus pensa-

mientos. Abatido por el infortunio, solo conserva una agitacion sombría que le sostiene ; y que si bien tiene aspecto de vigor, no es otra cosa que pena y amargura.

Estrecha Leopoldo á Arturo, y le dice con toda la efusion del sentimiento:

—¡ Vuelve en ti, cruel amigo ! la fuerza del dolor te turba y estravía tu razon : basta ya de penosas recriminaciones. ¡ Ah ! si yo hubiera podido hacerte feliz, ¡ con que júbilo mio lo hubieras sido ! Si tu amor que un hado fatal....

—Valdebourg, interrumpe el conde, basta; no me hableis mas de ella... Mi vida, oscurecida por las pasiones, no ha sido mas que un compuesto de errores y quimeras ; tu hermana fue la vision del delirio que se ofreció á mi vista en unos dias fúnebres, y que borrará el dia eterno.... ¡ Oh amigo

mio! si los principios de una moral severa, y la práctica de las virtudes cristianas, refrenando desde mi tierna edad el vuelo inmoderado de mi imaginacion, le hubiesen convertido hácia los verdaderos bienes, yo lo conozco aun, mi alma tenia un fondo de energía y de voluntad, que tal vez hubiera podido ilustrarme. Si hubiese servido á mi rey, hubiera podido vencer en el campo y ser útil á mi patria. Empero he faltado á mi destino, he faltado á la Francia, al cielo, á mí mismo; en el principio de mi carrera creía elevarme á sublimes alturas, cuando sin direccion alguna lanzaba mi espíritu en las vastas regiones del vacío. Perdíme al principio en el caos de los sistemas filosóficos.... vi en fin á la Estrangera.... ¡ay! ya no me fue dado sino amar y morir.

— No, no morirás, dice el príncipe: ¿á que esas funestas imágenes?....

— Nada funesto presenta hoy á mis ojos la muerte: es solo el rápido tránsito de una ilusion cruel, á una realidad feliz. Yo me hallo en parte libre del peso duro de los vínculos terrenos; para Arturo se ha acabado ya el tiempo, y va á empezar la eternidad.

— ¡Ravenstel! tu destrozas mi alma....

A estas palabras, pronunciadas con el acento de la ternura y de la verdad, abrió Arturo sus lánguidos ojos, y los fijó en Leopoldo con la espresion de la mas dulce gratitud.

— No puedo espresarte, dice, todo mi reconocimiento: ¿con que me perdonas de veras mis furores y el fatal combate de la roca?

— ¡Arturo! ¡y tú has podido dudar de mi perdon! ¡ay! no lo dudes: tú eres el amigo de mi eleccion, y te amo mas que nunca.

Una ligera sonrisa ha reanimado el pálido semblante del conde.

—Segun eso, repone, me restituyes toda la ternura. ¡Cuan dulce es tu último á Dios!.... Tú oiste mis primeras palabras de amistad cuando me hallaba yo á la entrada de la vida; y tú recibes las últimas ahora que estoy á la orilla del sepulcro.

Dice, y palpita agitado su corazon. Teme Leopoldo prolongar demasiado la conferencia, y se levanta para irse.

—Arturo, dice, te dejo por un momento: necesitas descanso: mañana volveré.

—¡Mañana! responde Ravenstel; ¡para mí no habrá mañana! Exhalando despues un profundo suspiro, continúa: no siento perder la vida, no; mas, sin embargo, yo era muy jóven todavía.... la primavera de mis dias había empezado muy pura, y me ofrecía un hermóso porvenir.... Era una

aurora brillante: no pensemos ya en ella; se eclipsó. Por lo demas, ¿que importa pasar algunos dias menos sobre la tierra? A Dios, Leopoldo, hasta que nos veamos.... allá arriba.

—Te dejo, amigo cruel; pero ¿nada te se ofrece decir.... á alguna otra persona?

Admirado Arturo, fija los ojos en Leopoldo: —¿A la Estrangera? responde; no te atrevías á pronunciar este nombre; bien podías; yo le oigo sin cesar, aunque no le articula ninguna voz; es una palabra de fuego que me abrasa y me devora.... ¿Tu hermana? he ofrecido no tratar de verla ni hablarla; el Prior se ha encargado de rogarla me pordone la horrible escena del monasterio; yo me hallaba poseido de un acceso de demencia, y su piedad me absolverá sin duda. Nada mas puedo ya esperar de ella. ¡Que había yo de decirla!... na-

da, nada absolutamente.... que suba al trono.... ¡que es Arturo para una reina!. .. Felipe la llama ... el carro de triunfo la aguarda... cuida tú de que cuando parta no embarace su camino ni ataud.... Estas dos comitivas no deben encontrarse.... Mas ¿por que ella, y siempre ella?.... no; nada me importan sus cosas: todas mis relaciones con la vida están ya terminadas.

Dice; y pronunciadas apenas las últimas palabras, cae de nuevo su cabeza sobre la cama, y espira la voz entre sus labios.

Onigel, el escudero del príncipe de Meranie, cuida del infortunado enfermo; mas su arte y sus talentos son inútiles: el conde se debilita visiblemente, y si se ha de creer al Esculapio, Arturo no puede vivir mas que una noche.

La diosa de las tinieblas había tendido su negro velo sobre la tierra. Ra-

venstel pálido y desfigurado, ya no tiene voz ni movimiento. Junto á su lecho está velando una muger.... es la triste Isolina, que sosteniéndose con las manos la cabeza, como si no pudiese sufrir el grave peso de las crueles ideas que la abruman, escucha los suspiros de Arturo, cuenta los latidos de su corazon, acecha los progresos de la muerte, y desfalleciendo tambien por grados, espira lentamente á su lado.

Ha desesperado de la vida de su esposo, y todo la anuncia que dentro de poco ya no habrá para él horas aciagas. La infeliz había sobrellevado sin quejarse todos los tormentos que ella sola padecía; mas verse herida en la persona de su amado, verle morir delante de sus ojos, es demasiado, y su fortaleza no basta ya contra tal cúmulo de males.

Con todo, si el cielo escuchára

las plegarias que en este momento le dirige, lejos de disminuir sus penas, las aumentaría con las de Arturo; quisiera ella llevar sola la carga, y perecería gustosa con tal que su esposo volviese á la existencia, aun cuando supiese que desdeñándola todavía, no había de vivir sino para la Estrangera.

No es inquitud, no es tampoco espanto lo que siente; es aquella angustia profunda, aquella desesperacion muda que hiela el pensamiento, abrasa las entrañas, destroza el corazon, y siendo un frenesí en el interior, aparenta por fuera la inmovilidad del sepulcro.

Corre un sudor frío por los miembros de Arturo; su piel está lívida, y los cárdenos labios los tiene secos y entreabiertos. Pone Isolina su boca sobre la de su esposo buscando el soplo de la vida, y quiere reanimarle

con su aliento; cógele las manos y se las abriga entre las suyas; rodéale de su amor; y la agonía de Arturo es su agonía.

Un sordo y prolongado gemido ha salido del lecho funeral: cree Isolina que es el último. —¡Si habrá fenecido todo!..... esclama cayendo de rodillas junto al tálamo de la muerte: ¡ay! ¡y ni siquiera he merecido un á Dios! ¡Arturo! ¡Arturo mio! ¡has dejado ya á tu Isolina!.....

Y despues de una larga pausa: —¡Juez supremo! prosigue, ya que no he podido detenerle, concédeme al menos que le siga.... ¿Donde está? ¿donde está mi Arturo?..... ¡Sea yo en todas partes su compañera! y pues tuvo mi mano, tenga yo su sepulcro.

Levántase despavorida..... ningun ruido, ninguna respuesta se escucha. Iluminaba el aposento la pálida luz de una sola lámpara; y un espejo si-

tuado á cierta distancia, reflejaba las facciones de Isolina. ¡Cielos! ¡que espectáculo se ofrece á su vista! todavía tiene la cabeza coronada de flores; las brillantes joyas están aun entrelazadas con las hermosas sortijas que forma su cabello.... todo su trage es magnífico.... el de la heredera del castillo. Lanza Isolina un grito de horror, y levantando las manos al cielo:—¡Fuera pompas! esclama, ¡fuera el esplendor engañoso del mundo... ¡Por piedad, Señor! yo os lo ruego; cubra estos dones un paño funeral; cúbralos el mismo lienzo mortuorio de Arturo.

Oyese una voz: es la de Ravenstel. Existe, y todavía puede hablar.

—Mi amada Isolina, dice con voz desfallecida viendo á su compañera, ¿en donde nos hallamos?....

Y esforzándose para tenderle la mano:

—Lo veo, continúa: mi angélica amiga me es fiel... nunca me abandona.

Oprimida Isolina por la fuerza del dolor, aunque reanimada con la esperanza, no tiene fuerza suficiente para contestar. Vuelve Arturo los ojos en derredor, y— ¡sola! prosigue, ¡sola del todo!.... En efecto, ¡quien me ama como ella!.... ¡cual otra pudiera hallarse aqui!

El conde no ha muerto; tal vez está fuera de peligro. Reclinada Isolina en el seno de su esposo, respira, y es feliz; las palabras, empero, que acaba de oir, aunque tiernas y cariñosas, han destrozado su sensible corazon: en el pensamiento y en las espresiones de Arturo, ha descubierto aun á la Estrangera.

—Isolina, continúa Ravenstel, te he hecho muy desgraciada, y soy muy culpable para contigo.... Pero tú me perdonas; lo sé sin que me lo digas....

penetro en tu alma. ¡Dulce amiga mia! ¡ah! si yo viviese.... sí, lo conozco en el fondo de mi corazon, Arturo sería todo tuyo. ¿Lo crees, Isolina?....

—Yo te amo, Arturo; todo lo creo. Vuelve desde luego á la existencia, y despues. ..

—¡Acaba!

—..... Te amaré; no puedo decir mas.

—Pero no dudes tampoco que yo...

—¡Arturo! yo te amaré siempre.

—Sí.... ¡Mas yo!....

—¿Tú, caro esposo?.... no amaré nunca sino á ti.

Hace el conde un ligero movimiento para estrechar á Isolina entre sus brazos, y cae junto al lecho fúnebre un objeto que no habian visto: es un medallon precioso, segun parece. Levántale Isolina; era el retrato de la Estrangera.

—Dame, dice Arturo; ¿que es eso?

La vírgen le entrega temblando el retrato fatal: mírale Ravenstel, y pierde al pronto la serenidad; mas apartándole despues de sí, dice friamente: — Es la esposa del rey de Francia.

Y cogiendo la mano de su fiel amiga: — Esta es la compañera de Arturo, añade con calor: Alaïs fue la ilusion brillante; Isolina es la dulce realidad.

Sonríese dicho esto, y prosigue :— Al pronunciar el nombre de la Estrangera ¿he perdido el color? ¿he temblado?.... Ya lo ves, Isolina, no te engaño; he recobrado la razon: toda imágen se borrará ante la tuya; y pues en este momento he podido hablarte de ella sin turbarme, mas fácil me será todavía dentro de poco el no pensar absolutamente sino en ti.

La voz de Arturo se ha debilitado

ya en tales términos, que Isolina apenas le entiende. Su respiracion es tan lenta y fatigosa, que parece haber llegado al momento fatal en que se rompen todos los vínculos de la vida, y en que libre el alma de sus dolorosas trabas, rechaza con violencia á la naturaleza humana, la combate, la arrolla, y vuela por fin libre y triunfante hácia la mansion de la verdad.

Consternada Isolina, con el cabello desparcido, y devorada por los mas atroces tormentos, apenas se atreve á respirar, para no esponerse á que un leve ruido la haga perder el último aliento de su esposo: sola entre el amor y la muerte, no osa mudar de sitio, como si temiera moverse antes de estar todo acabado. Ya no quedan lágrimas en sus ojos, ni su alma está dispuesta á la oracion: sus labios se han cerrado; ya no siente

ni reflexiona; y esta suspension de todas sus facultades, esta espectacion muda del golpe fatal, esta agonía del pensamiento, es el último grado del dolor.

Conoce Arturo la situacion de Isolina, y aunque en su abatido semblante está pintada la lucha convulsiva del fuego interior que le consume, y el frio esterior que encadena sus movimientos, se reanima á las puertas ya del sepulcro, para consagrar sus últimos pensamientos á su dulce compañera. Mas he aqui que de repente se oye un ligero ruido, y desde lo mas retirado de la cabaña se adelanta á paso mesurado una figura pálida y misteriosa: iluminala la moribunda luz de la lámpara, y la presenta tan blanca, tan esbelta y casi tan diáfana como los espíritus que pueblan las moradas eternas: levántase Isolina, la mira y da un grito

agudo, pero débil. Ha reconocido á la *Estrangera*.... ó mas bien á la princesa de Meranie; porque Isolina, asi como todos los habitantes de la comarca, no ignora ya que Alaïs es la misma Ines.

Temiendo el terrible efecto que ha de producir en el moribundo conde la presencia de la Estrangera, corre á su encuentro, y haciendo una decorosa reverencia:

—¡Vos aqui, reina! dice la vírgen.

— Ninguna reina hay aqui: responde Ines con acento lúgubre y profundo. ¡Isolina! delante de vos solo se halla la Estrangera y el infortunio.

—Arturo muere sin remedio, dice en voz baja Isolina, oponiéndose al paso de Ines: el que tanto hemos amado.... alli está; mas no os acerqueis á él; va á morir, y vuestra inesperada vista.... ¡ah! ¡por piedad, deteneos!

Diciendo esto, tiende sus brazos suplicantes á la desventurada soberana, y procura detenerla; mas apártala de sí la Estrangera; vuela desalada al lecho funeral; y cayendo de rodillas esclama desacordada:

—¡Arturo, amado Arturo mio! yo soy la que te ha precipitado en el sepulcro; mas héme aqui que vengo á morir contigo.

Hace Ravenstel un movimiento.... empero sus ojos permanecen cerrados.

—¡Isolina! dice, ¡mi querida Isolina! no te separes de mí.... te necesito mas que nunca.

A estas palabras queda Ines fuera de sí, como si hubiese estallado un rayo sobre su cabeza. ¡Ay! y al mismo tiempo estas propias palabras han destrozado el corazon de Isolina. Lo que ha pronunciado su esposo tiene mucha ternura en medio de su aspereza; ¡ah! sino amase todavía á la Estrangera,

ciertamente no hubiera hablado así.

Mas Ines no puede ya con su dolor: sabe y está viendo que Arturo va á dejar de existir, y su corazon no puede contener por mas tiempo la fogosa pasion que hasta entonces ha reprimido.... puede conceder á la muerte lo que negaba á la vida. En la hora terrible se acaban los secrétos; la desesperacion no está sujeta á reglas, ni se conforma con las conveniencias sociales: ningun deber detiene ya á la amante de Arturo, y va en fin á presentarse tal como es.

—¡Arturo! prosigue, ¿donde estás? Sin duda no eres tú el que acaba de hablar. ¿En donde están tus ojos? ¿donde tu corazon?.... ¡Ay! en este momento lo conozco: por muchos y muy grandes que hayan sido los tormentos que he padecido, jamas, jamas hasta este dia habia sido desgraciada.

Detiénese y escucha.... Arturo que la ve y la comprende, permanece insensible y mudo. Ines en un acceso de delirio, se arroja sobre el lecho del conde, y juntando las manos en ademan de súplica:

—¡Mírame, le dice la infeliz, mírame por compasion! ¡Amado Arturo! ¿que se ha hecho tu amor? ¿quien me le ha robado? ¿es posible que mi voz no llegue ya á tu corazon? ¡ah! ¡por piedad! ¡dime que no me amas, dime que me aborreces; pero al menos responde, habla á tú Alaïs! ¡Dejarme con tanta crueldad!... ¡ay! ¡sin duda no me amaste nunca! ¿que he hecho yo para que asi desoyas mi lamento? ¿no fuí yo tu primer amor? No me espresaba como tú, es cierto; mas era porque no podía, porque no debía; tú hablabas mas.... yo amaba tanto como tú. ¡Ay! vuelve los ojos á Alaïs; y

aunque haya de pintarse en ellos la espresion del aborrecimiento, sí, mírame por piedad.

El dolor ahoga sus acentos. En su mortal congoja retuerce con violencia los brazos y las manos. Da Arturo un gemido profundo; abre pausadamente los párpados; dirige una rápida mirada sobre Ines; alza la vista al cielo, y volviéndose en seguida al lado donde se halla Isolina, cierra los moribundos ojos.

Las últimas palabras de Ines han sido seguidas de un silencio profundo..... interrumpen esta calma los mal reprimidos sollozos de Isolina, y levantándose la princesa despavorida, la mira al principio compasiva, y la dice despues con desdeñoso furor.

—¡Y tú lloras aun!... ¡y todavía no has vertido todas las lágrimas!.... ¿Mas con que derecho estás velando á su lado?.... ¿quien te ha puesto en

ese lugar?.... ¿que haces aqui?.... El derecho de recoger su último suspiro y acompañarle á la tumba, es de la que ha sabido amar con mas ardor. Mírame: mis ojos ya están secos, yo.... déjanos.

—¡Yo dejarle!.... responde Isolina irritada; soy su esposa, y la única que se halla en su lugar en este sitio: ¡conteneos en el vuestro, princesa! No sé si habeis amado mas; estoy segura de que he amado mejor.

Un temblor convulsivo estiende en este momento los miembros de Arturo.

—¡Isolina! ha dicho el moribundo; y su acento es una reprension.

—¡Con que solo ha enmudecido para mí! esclama Ines con voz lastimera y penetrante: ¡solo un nombre mora en sus labios!.... ¡ay! ¡y el mio está olvidado! ¡Arturo, mi Arturo, cuya alma fogosa tenia tantas razones

para atraerme á su ternura, no halla ya una palabra que decirme!

La fuerza del dolor no la permite continuar: en otro tiempo la aterraban los violentos arrebatos de Arturo; ahora la asusta su tranquilidad. ¡Que no daría ella por oirle gritar furiosamente y verle entregado á cualquier impetuoso trasporte! ¡ay! ¡su calma y su apatía son las pruebas mas ciertas de que se aproxima el fin de su existencia.

—¡Solo para mí ha enmudecido! repite con el mismo acento.... ¡no importa! ¡Poderoso Dios, yo os lo ruego, viva! ¡sí, viva.... para ella.... ó para otras! Sálvele mi plegaria, y este momento borrará todas las amarguras de mi vida.

En esto descubre su retrato sobre la cama de Ravenstel, y arrebatándole con furor, le arroja y hace pedazos á sus pies.

— ¡ Talisman del infierno ! dice, tú le has tocado, tú le has muerto. Hado tuyo era que te siguiese por todas partes el horror y la desgracia.

Alza Arturo su lánguida cabeza: —

¡ Princesa ! dice el desventurado....

— *¡ Princesa !*..... interrumpe la Estrangera, como si volviese en sí sobresaltada por el toque inesperado de una alarma fúnebre. ¡ Bárbaro! ¡ basta !.... ¡ harto has dicho ya ! ¡ Ni una palabra mas.... ó yo espiro !

Dice; y con pasos agitados discurre inquieta de un estremo á otro de la pieza, dejándose ver en su semblante el completo desórden que reinaba á la vez en sus movimientos y en el interior de su corazon.

— El ambiente está abrasado, esclama, y molesta y sufoca á Arturo.

Abre la ventana que caía al lago. Una brisa refrigerante mecía mausamente las flores del soto, y las puras

exhalaciones del valle estaban embalsamadas de suavísimos aromas.

—Aqui, dice Ines con voz baja, aqui juró que siempre me amaría. En aquel sitio se echó á mis pies.... ¡ay! todavía escucho sus palabras: *el ángel de los hermosos dias de tu primavera, solo te abandonó por un instante; ya vuelve á ti y te trae á Arturo.* ¡Oh, amado Arturo! ¡oh, mi querido Arturo! ¿donde es ido? ¿que ha hecho de ti el ángel de los hermosos dias de mi primavera?

Ve Isolina en las facciones del conde el efecto de estas crueles palabras, y corre hácia la Estrangera: — ¡Silencio, en nombre del cielo! dice la vírgen: vos acabais de matarle.

— *¡Yo acabo!*.... repite Ines con acento espantoso y colérico; y reprimiéndose luego, prosigue con mas tranquilidad: — ¡Muger, sepárate de aqui!.... yo callaré....

Mas viendo cerca de la cama la copa de su padre, recuerda la escena de la fuente, cuando habló por la primera vez á Ravenstel: apodérase de ella precipitadamente, y alejándose de Arturo para que éste no pudiese ya oirla: — ¡Copa engañadora! prosigue, ¿que se hizo el juramento del que bebiendo el agua sagrada que contenías, pronunciaba hace poco estas palabras: *¡Estrangera! tuyo mientras viva?*

— El juramento está cumplido, ha contestado una voz lúgubre y sepulcral: *¡Estrangera, tuyo en la vida!* el reino de la vida ha pasado ya: *¡Isolina, tuyo en la muerte!*

Acaban de salir de la boca de Arturo las últimas palabras que debia proferir sobre la tierra..... ya está sin movimiento aquel corazon que palpitaba tan aprisa. Su postrer suspiro ha exhalado sus últimos afectos.... ¡ya no existe el conde de Ravenstel!

Hay algunas escenas de dolor que fuera temeridad querer pintarlas; porque no existen palabras ni colores que puedan presentar su verdadera imágen. A la vista de su terrible sublimidad, retrocede espantado el pintor: arrédranle unas impresiones demasiado difíciles de sostener; y compadecido de sí mismo, no se atreve á tomar el pincel.

Las sombras de la noche y de la muerte cercan en derredor á Ines é Isolina: profundo y sublime silencio ha sucedido al último grito del infortunio: el sombrío horror de la desesperacion reina únicamente en la morada del destierro: ningun movimiento, ninguna palabra; ningun ruido se oye en la casa aislada.... el eco solo de la muerte retumba en el fondo de los dos lastimados corazones.

Ines es la que sale primero del espantoso abatimiento que sigue á una

desgracia irreparable. Aproxímase con lentitud al lecho funeral de Arturo, y dirigiéndose á él como si todavía pudiese escucharla, esclama fuera de sí con voz apasionada: — ¡Oh, Arturo mio! ¡Con que está ya frio aquel corazon que tanto ardía!... ¡ay! ¡por que has vuelto á encontrarme! Siempre he tratado de hacer bien, y jamas he hecho sino mal. La fatalidad.... no, yo fui: el heredero de los reyes de Bretaña, grande por sí mismo y por sus ascendientes, entraba lleno de esperanzas en la carrera de la vida; Arturo me vió.... ¡Arturo ha muerto! Podía aspirar á la gloria, á todos los bienes de fortuna, tal vez al trono mismo: Arturo se llegó á mí..... Arturo ha muerto. Su alma era ardiente y sublime; el entusiasmo formaba su vida; la virtud era la antorcha que le guiaba; yo amé á Arturo.... ¡ay! ¡Arturo ha muerto! ¡Víctima noble del

amor! ¡duerme en paz en la funesta selva donde tantas lágrimas ha derramado la proscrita!.... ¡pase sin murmurar por tu sepulcro el agua de la fuente sagrada! ¡Reposa por fin tranquilo en esta ribera donde te agitaron tan acerbos dolores! Lo sé, amado Arturo: si no me has dicho *á Dios* en este trance, es porque estabas seguro de que yo había de volar en pos de ti á las moradas de la eternidad..... ¡Sí, Arturo mio! nosotros no debemos separarnos; entre tú y yo no puede haber á Dios; tu olvido es un llamamiento..... aguarda un solo instante!.... ¡solo un instante me falta para llegar á ti!

Precipítase sobre el lecho fatal, y estrecha tiernamente entre sus brazos el frio cadáver de Arturo: levántase despues desatentada, y dice dirigiéndose á Isolina:

— ¡Idos! ¿que esperais aqui?....

mientras vivió pudo ser vuestro; muerto ya, solo á mí pertenece. Yo le he muerto: quiero sus restos; ¡y quien se atrevería á disputármelos!.... son mios.... son obra mia. ¡Polvo insensible y frío! tú eres el único tesoro que reclamo; tú eres mi único bien, y bien de que yo quiero gozar sola. ¡Idos vos! estoy en mi casa, dejadnos.

La tímida vírgen del castillo, arrodillada á los pies de la reina, no tiene otras armas para resistirla que su lastimera plegaria. — ¿Y por que separarme de él? la dice; vos que supisteis amar con tanta ternura, compadeceos de los que aman.... ¡ah! ¡no querais parecer bárbara!..... yo no puedo ni debo dejarle... es mi esposo.

—¡Esposo vuestro! dice la Estrangera apartándola de sí: no, no lo fue, jamas quiso serlo. ¡Yo! ¡yo compadecerme de Isolina!.... no, no puedo.... Te aborrezco; tu vista me es

odiosa: ¡ay! tuyo fue su último pensamiento, tuya su última mirada: ¡y yo!.....

—¡Ines! ¡Ines! esclama Isolina traspasada de dolor, ¡cuan injustas son vuestras reconvenciones! ¡Ah! las últimas palabras que Arturo me dirigió, mucho mas eran para vos que para mí.... Sí, yo hubiera preferido las miradas que dirigía á Ines, á las palabras que encaminaba á Isolina. ¡Amante ingrata! ¡no os quejeis de la parte que os ha cabido en su amor! Cuando exhalaba entre nosotras el último suspiro, yo lograba sus palabras, es cierto; ¡pero vos poseiais su corazon! Su lenguaje era la espresion de la amistad; su silencio era la prueba del amor.

Nada basta á persuadir á la Estrangera: con una seña renueva á su rival la órden de salir de la cabaña.... Levántase Isolina: la crueldad de la prin-

cesa la exalta, y le da fuerzas y valor para contestar:

— No, responde con energía, no os cederé mis derechos..... en vano quereis mandarme: *ninguna reina hay aqui*: vos misma lo habeis dicho; y en fin, seaislo ó no, nadie sobre la tierra podrá arrancarme de este sitio.

No pudiendo Ines reprimir su furor, esclama exasperada: — ¡Y te atreves á hablarme de tu amor!.... ¿en donde están las pruebas? ¿que sacrificio has hecho por el objeto amado? ¿por ventura quisiste, como yo, entregarte á una desventura eterna por hacer feliz á Arturo uniéndole á una rival? ¿Renunciaste como yo al placer de verle? ¿solicitaste de él mismo el suplicio de su olvido, solo por asegurar su tranquilidad? ¿pusiste en riesgo tu vida por salvar la suya? y en fin, ¿te has condenado como yo á soledad eterna para tornarle al mun-

do y á la gloria?..... No, tú no has hecho nada por Arturo; solo has pensado en ti; conocías que iba al altar violentado, ¡y le has conducido á él sin compasion!.... veías que el himeneo le horrorizaba y había de ser causa de su perdicion; ¡cruel! ¡y has permitido que se realizase! Sabías que su alma era indomable y fogosa, ¡y no has temido arrastrarle á los últimos escesos del delirio!.... ¡Tú, tú has abierto á sus plantas el abismo; tú le has precipitado en el sepulcro!... ¡Yo condolerme de ti!..... no, jamas..... te abomino; tu presencia me es insoportable; retírate.

Dice; cae desfallecida sobre una silla y cúbrese su rostro de palidez mortal.

¡Que silencio tan largo y espantoso!.... la vírgen de Montolin ha oido sin desplegar los labios las imprecaciones de Ines, porque no tiene fuerza ni voluntad para responder. Mas no

es el temor el que la detiene; no respeta tampoco el rango de su rival, no; Isolina se mueve únicamente por sentimientos generosos. La estremada angustia de Ines la ha desarmado de todo punto: creeríase muy cruel si exacerbase tan terribles males devolviendo ultrajes por ultrajes; y solo da oidos á la tierna compasion que habla en su alma.

El mismo horror que inspira el largo y profundo silencio que reina en aquel recinto funeral, hace volver de su enagenamiento á la princesa, la cual dirige en derredor de sí una mirada esquiva y desdeñosa.... La inocente vírgen, contra quien acababa de lanzar todos los rayos de su cólera, no se acuerda ya de las injurias recibidas, ni siquiera advierte su presencia: sus ojos solo ven á Arturo, y su alma ha recibido de lleno el golpe fatal que le ha arrebatado la vida de su esposo.

El primer objeto que se ofrece á la vista de Ines es Isolina: postrada de rodillas al lado del lecho murtuorio, pálida y fría, y con el cuerpo medio doblado hácia la espalda, se asemeja al tierno tallo de un lirio que acaba de tronchar el huracan; y esta actitud horrorosa de desolacion y abatimiento, pinta mejor que cualquier otra espresion, el completo aniquilamiento de su ser.

La hija de los reyes siente tambien á su vez la compasion: recuerda sus pasados errores, y trata de repararlos.

—¡Isolina! esclama Ines con voz suave y suplicante. La vírgen de Montolin entreabre los ojos.... y mira en derredor despavorida; recobra poco á poco los sentidos, y ve á la reina que estaba en pie á su lado.

—¡Isolina! repite Ines.

Y sin poder articular otra palabra, le abre los brazos con la espresion mas

tierna é irresistible... arrójase en ellos Isolina. Sus lágrimas se mezclan y confunden.... las dos rivales se abrazan junto al cadáver de Ravenstel.

Entrase Ines en su oratorio que estaba en lo interior de la cabaña, se prosterna, é implora las consolaciones celestiales. Isolina queda entre tanto sola con el desventurado Arturo: asomaba á la orilla del lecho la mano de su esposo, y la inconsolable amante imprime en ella un ósculo de amor: advierte entonces una sortija de oro en uno de sus dedos, y quiere tomarla; mas la Estrangera que, aunque distante, seguía con la vista todos sus movimientos, se levanta de pronto y corre hácia la compañera de Arturo, como para oponerse á su último deseo. Su agitacion y su semblante revelan su pensamiento á la vírgen de Montolin: en las facciones de Ines está pintada la espresion mas sublime del do-

lor; mírala la compasiva Ines, y por un movimiento tan rápido como indeliberado, le presenta la sortija.

Confundida la princesa por este nuevo rasgo de generosidad y heroismo, retrocede como asombrada, y cubierto el rostro con una mano, rehusa y aparta con la otra la sortija. Permanece, empero, silenciosa; que si ha desechado con ademanes, tal vez no hubiera podido hacerlo con palabras.

— ¡Arturo! esclama la tierna vírgen, cumpliéronse tus últimos votos: *si algun dia*, decías, *la encuentras cerca de mi tumba, no huyas, y llorad juntas.*

— ¡Eso dijo, Isolina! responde con viveza la Estrangera; eso dijo, ¡y tú me lo repites! ¡ah! tú eras digna de él.... sí, mas digna que yo.

Dichas estas palabras, arrastra á su rival al lecho fúnebre, cógela la mano, pónesela sobre el corazon, y levan-

tando al cielo la suya, esclama con un acento lleno de entusiasmo y de inspiracion.

— ¡ Arturo! ¡amado Arturo! tú nos ves.... tú nos miras, tú nos oyes desde lo alto de los cielos: tu deseo es sin duda que los dos corazones que fueron tuyos, se reunan en tu sepulcro y formen uno solo para llorarte hasta la muerte; descansa, pues, que yo juro por tus manes sagrados no separarme nunca de Isolina: mi único destino sobre la tierra, será de hoy mas acordarme de tí; buscaré lo que te agradaba, amaré lo que tu amaste.... Isolina será mi hermana, mi consuelo, mi compañera.... tu viuda será mi amiga.... ¡ Arturo! ¿ estás satisfecho de Ines?

Dice, estrecha á Isolina, y sucumbiendo en fin á los horribles tormentos que destrozan su corazon, cae sin sentido junto al lecho de la muerte.

EPILOGO.

Muchos dias van ya transcurridos despues de la muerte de Arturo. Ines está en el fuerte de Karency, rodeada de una corte brillante y numerosa; pero es mas desgraciada que nunca. Quiso que la acompañara Isolina; trata de que no se aparte jamas de su persona; y el ambicioso señor de Montolin, lleno de júbilo por el afecto que la reina manifiesta á su hija, olvida fácilmente la pérdida de Ravenstel. Nunca había amado á Arturo; no había sabido juzgarle, ni llegó á conocerle. Prohibe á Isolina que vista luto por la muerte del conde, porque teme que el trage negro eclipse sus

gracias ; y desea que descolle entre todas las bellezas de la corte de Francia. No la considera como viuda , porque, segun él, no ha sido esposa: sediento de dignidades mira ya á su hija en el ápice de la humana grandeza: la echa en cara su melancolía, y la impone el cruel precepto de no quejarse.

Hállase en compañía de Ines su hermano Leopoldo ; el Prior de san Ireneo no se aparta de su lado ; Guillermo está pendiente de su voz, y los tres generosos amigos , ocultando al público una parte de sus secretos, esplican su desaparicion del fuerte, y su regreso á Karency , de un modo propio para interesar á todos los corazones , y conciliarle mas y mas el amor de aquellos naturales.

Su conducta entera queda justificada ; su vida se presenta libre de toda mancha ; y los habitantes de la co-

marca, que despues de las maravillosas escenas del tribunal al tiempo de su juicio, solo hablaban de ella con entusiasmo, la miran ahora como una divinidad. Su tierno interes por Arturo, la resignacion que ha manifestado en medio de los mas crueles contratiempos, su retiro despues de desterrada, todo en ella se presenta sublime: que tanto en el amor como en el ódio, siempre es el pueblo estremado.

La princesa ha diferido su partida á Lutecia; pues no queriendo engañar á Felipe Augusto, le ha escrito de su puño una relacion circunstanciada de las aventuras que se siguieron á su llegada á Karency y su retiro en Montolin. Le ha pintado el amor que sintió por Arturo, y quiere presentarse culpable á sus ojos, para que Felipe la deseche: el cetro no la halaga: desea únicamente tranquilidad, destier-

ro y olvido. Solo una gracia implora de su esposo: que la condesa de Rethel, lejos de ser castigada por la firme adhesion que ha manifestado á su persona, pueda restituirse á Lutecia con aumento de fortuna.

—¡Oh Felipe! decia Ines al terminar una larga epístola, en otro tiempo no era yo digna de vos; pero aun lo soy menos ahora: mi pecho ha dado abrigo á un amor criminal, y su activa llama devora todavía mi corazon. Por muy brillante que sea la perspectiva que podais ofrecerme, para mí está vacío el porvenir, desierto el mundo, muerto todo. No me llameis al trono: yo llevo en pos de mí la desgracia y los desastres; y mi presencia en la corte sería una calamidad para el reino, un suplicio para mí, una afrenta para vos. Dejad, pues, á la desventurada Ines que se sepulte en un destierro eterno: su sangre no po-

dría circular libremente bajo la púrpura. Necesito el olvido de la tierra, la soledad, el silencio. Para mí no existe ya otro deber que la oracion, otro placer que el llanto, ni otro juez que el cielo.

Guillermo de Barres ha sido el portador de la carta; y la hermana de Leopoldo espera con ansiedad la respuesta de su esposo. Su rango, del que quiere despojarse como de un trage embarazoso, aquel rango que tanto había ambicionado en otro tiempo, no es ya para ella otra cosa que un objeto espantoso que mira horrorizada. En vano la rodean de su amistad el Prior y su hermano; en vano procuran consolarla con sus consejos y oraciones: Ines no siente.... Ines solo ve á Arturo.

Ningun cuidado, ningun esfuerzo basta á sacarla de su fúnebre melancolía y mudo abatimiento. Todavía

conserva afecto á la condesa de Rethel, y aprovecha todas las ocasiones de acreditarle su reconocimiento; mas no manifiesta ningun deseo de verla: solo Isolina tiene algun ascendiente sobre su alma; su presencia es para Ines una necesidad; ella sola suaviza sus tormentos, y la distrae de sus cavilaciones; ella sola habla á su corazon.

Su profundo pesar no sufre modificacion ni consuelo alguno; es fijo y siempre el mismo. Su pensamiento es una prolongada lamentacion, y su vida, á la manera que el grito triste y uniforme del pájaro de los sepulcros, no es otra cosa que un gemido continuado. Su andar es arrastrado y lúgubre, sus palabras lentas y siniestras: ni halla voces para espresar su dolor, ni quedan ya lágrimas en sus ojos. La llama de su vida va apagándose por grados; y sus gracias desaparecen visiblemente.—¿Creeis, de-

cía á su amiga, que Felipe me obligará á ceñirme de nuevo una corona inútil? ¡Ah! si es forzoso partir para Lutecia, el carro triunfal de la reina será el féretro de Ines; solo llevará un cadáver; y yo en vez de dirigirme al palacio del Louvre, iré á descansar á la bóveda de san Dionisio. ¿Que me quiere ese Felipe á quien coronan tantos laureles, y que todo lo pospone á la gloria?.... yo muero sin remedio; déjeme pues en paz.

En vano intenta Isolina valerse de la influencia de sus dulces reflexiones para cambiar el curso de tan sombríos pensamientos: aquella beldad encantadora que poco antes deslumbraba, se marchita de dia en dia; la púrpura de sus labios ha desaparecido; sus hermosos ojos están hundidos y vidriados.

—¡Ah! decía Ines á su compañera, si he perdido la hermosura, es porque

ya no ha de verme Arturo; si mi voz es apagada y lastimera, es porque Arturo no ha de oirme; si mis ojos no brillan, es porque Arturo no los busca.

—¡Pero vos me amais! dice Isolina.

—Tambien es porque Arturo no existe.

Siguen con actividad los preparativos para la partida de la reina. Ines abrumada de obsequios y homenages, se ve precisada á recibirlos. Leopoldo, esperando sacarla de su anonadamiento, y no menos ufano que feliz al ver que Felipe Augusto la vuelve la corona, la rodea á pesar suyo de las pompas de la grandeza y del brillo de las fiestas. ¡Ah! la pobre Isolina, tan viva en otro tiempo y tan alegre, se ve de nuevo condenada al suplicio de asistir á brillantes tertulias y presidir los juegos: víctima tierna y re-

signada, abismada en su dolor en medio de los regocijos, se va estenuando como Ines, y por mas cuadros risueños que se ofrezcan á su vista, por mas inciensos que se quemen en sus aras, jamas asoma á sus labios la sonrisa. ¡Vírgen hermosa de Montolin! ¿que se ha hecho tu alegría? ¿donde están ahora los brillantes dones que te prodigó naturaleza? ¿tu carácter festivo y satírico, tus agudezas, tu atractivo y tus gracias?..... ¡ah! tú vives aun; mas todo lo encierra ya una tumba.

Cierta noche en que mil antorchas centellantes iluminaban el inmenso salon de Karency, en donde se habia reunido casi toda la nobleza del canton, Ines, inmóvil como una estátua, estaba sentada en el sillon real, abstraida enteramente de la concurrencia que la rodeaba. El señor de Montolin, cortesano lisongero, presenta

á su hija una lira, y esperando agradar á la reina, manda á Isolina que cante: rehúsalo la triste doncella; mas el padre irritado lo exige, y es fuerza obedecer.

Acuérdase entonces del himno guerrero que tanto se aplaudió en el castillo el dia de la llegada de Arturo á Montolin: ejecuta un preludio, y canta:

El ardor cantaré con que osada
Juventud de Bretaña prefieres
&c.....

¡Cielos, cual se ha trocado su voz! la misma letra es que entonces, la misma música; mas, sin embargo, ¡que diferencia tan notable! este no es ya el canto de la victoria, sino la triste elegía de la muerte. Todas las memorias que la ocupan parece que se hayan mezclado en sus acentos, y cuando llega á estas palabras:

..

Bajo el cetro que empuña famoso
Gozareis de apacible bonanza,

son tan melancólicos sus acordes, que semejan á las salmodías que se cantan junto á las tumbas. Apenas puede sostener la lira.... y sus últimos acentos, ya no son sino sollozos.

Levántase la reina, y despues de una época terrible, esta es la vez primera que camina con soltura. Llega donde está su amiga, cógela afectuosamente la mano, y habiéndose apartado con respeto los paladines que la rodeaban:—¡Tierna y amable Isolina! la dice en voz baja, te he comprendido, ninguna duda me queda: tú le cantaste en otro tiempo este himno.

—Sí, responde la vírgen traspasada de dolor, el dia primero que le vi.

—Mañana, continúa la reina, cuando estemos solas quiero que le cantemos juntas.

Los cortesanos que observan á Ines, no comprenden su tristeza, y notan con espanto los síntomas alarmantes que parece anuncian su proximo fin. Sube de nuevo al trono, y lejos de dar gracias al cielo por su glorioso regreso á la corte de Felipe, se lamenta de su triunfo, y en sus desfiguradas facciones, se ve pintada la desesperacion. Los que la rodean no aciertan á formarse idea de lo que padece su alma; y es que la mayor parte de ellos no ha conocido todavía al amor.

Entre tanto se pasan los dias con rapidez; y la reina se lisongea en secreto de que su carta habrá cambiado la determinacion de Felipe, ó bien que el Pontífice habrá puesto nuevos obstáculos á su reunion. ¡Vana esperanza! el dia mismo en que llegó á París el senescal, se había recibido un rescripto del gefe de la iglesia,

por el cual autorizaba al rey de Francia para tomar de nuevo por esposa á la princesa de Meranie. Por otra parte Guillermo había procurado atenuar el efecto de la carta de Ines, comentándola línea por línea, á fin de darle otro sentido; y á la verdad el conde de Barres tenia sobrado motivo para desear que la hija de Bertoldo volviera á ceñirse la corona: Isolina seguirá á la reina, y acaso con el tiempo podrá llegar á ser su esposo. Guillermo, pues, atribuye á una piadosa renuncia de los honores mundanos el deseo de permanecer proscrita que manifiesta Ines; hace ademas creer al monarca, y él mismo se lo persuade, que la confesion que hace de errores y delitos, no es mas que un pretesto falso para afianzar el logro de su objeto. Cree Felipe sin exámen los discursos de su compañero de armas; el Prior de san Ireneo,

que por consejo de Leopoldo había acompañado á Guillermo, ensalza las virtudes de Ines, y el persuasivo lenguaje del prelado y del general, redobla el amor del rey á su desgraciada compañera.

Un mensagero real acaba de llegar á Karency. Abre Ines temblando los pliegos que traía.... Como rey está Felipe lleno de noble orgullo al colocar de nuevo en el trono á la misma á quien los soberanos de Europa reunidos, habian querido lanzar de él para siempre: como esposo se manifiesta Felipe mas tierno que nunca; la llama con las palabras del amor, y para premiar el afecto de la condesa de Rethel, la nombra duquesa de Karency, acompañando este título con inmensas riquezas.

Ya ha concluido Ines la lectura del escrito fatal que decide de su destino.... Aterrada y silenciosa reflexiona

profundamente, y ninguna señal esterior deja descubrir su secreto pensamiento. Está tranquila, y se manifiesta resignada; sin duda acaba de tomar en su interior alguna determinacion irrevocable.

Con pretestos y dilaciones contínuas, ha logrado Ines prolongar su residencia en Karency. Señálase en fin el dia de la partida; mas el desfallecimiento progresivo de todos sus órganos ha llegado á su último período: el dolor concentrado ha devorado su existencia; y es que la facultad de sufrir tiene tambien sus límites como todas las demas. La hermosa princesa de Meranie se halla convertida en una sombra lánguida y melancólica: sus bellos ojos han perdido todo el fuego que los animaba, y la idea de una muerte próxima, es la única que le presta tal vez la sombría expresion de una complacencia siniestra. Despo-

jada de la hermosura, salo conserva las gracias; y cual rosa que el cierzo ha marchitado, no es ya mas que un recuerdo.

Ya se han concluido todos los preparativos para la marcha de la comitiva real: en el gran patio de la fortaleza se halla espuesto á la pública admiracion un carro de triunfo rebutido de oro y piedras preciosas, en el cual debe hacer su viage la reina, escoltada por la flor de los paladines franceses. Treinta damas de la primera nobleza acaban de llegar de Lutecia á ofrecer sus respetos á la soberana, y ademas de otros preciosos trages, le han presentado un soberbio manto de armiños y una diadema de valor inestimable que Felipe Augusto desea lleve puesta durante su viage triunfal. ¡Que ricos presentes! ¡que magníficos dones! ¡por que ha dispuesto el hado que ya en este momento solo

puedan adornar á una víctima!

La noche anterior al dia memorable en que Ines habia de dejar la Bretaña, asombrada Isolina al contemplar la palidez de su amiga, y el aspecto de muerte que iban tomando todas sus facciones, la habia seguido sin ser vista á su real retrete. La hija de Bertoldo cree hallarse sola, y postrándose de rodillas: —¡Arturo! esclama, tú me esperas: ¡ah! ¡cuanto tardo en seguirte!.... yo he visto tu sombra la noche última: tus ojos se dirigian á mí con la espresion de amor que tenian en la morada del destierro, y brillaban como la primera aurora de la divína misericordia.... tus labios repetian estas palabras apasionadas que resonaron en el bosque el dia de tus primeros votos: *lo he jurado, soy tuyo.* Pues me amas aun, sin duda he espiado ya mis culpas. Tú me llamas: *¡ven!* decias.... ¡ah! tus palabras

consoladoras serán repetidas por los ángeles. Para unirme á Felipe, he de arrostrar todas las grandezas y pompas del mundo; para juntarme con Ravenstel, solo tengo que atravesar una tumba. Ábrete, pues, pronto, tránsito divino; ábrete, que yo no puedo estar donde no está mi amado. ¿Que he de esperar aqui? Felipe me ofrece un trono cercado de tormentos. ¿Y que me aguarda despues de la muerte? el cielo, mi Arturo y el amor.

Dice; y vuelve á inclinar sobre el pecho la fatigada cabeza: ya no corren sus lágrimas, se hallan detenidas en su curso, bien como el manantial sombrío, cuyas bullidoras ondas ha helado el invierno, y que lejos del fuego del sol se detiene inmóvil y trabado.

Llégase silenciosa Isolina; descúbrela Ines; levántase, y llamándola

con ternura: —Ven, le dice, ya me has oido. ¡Siempre Arturo!.... ¡y nada mas que Arturo!.... ni un momento le dejo; le hablo; creo oir sus respuestas.... Acércate, Isolina; solo á ti te admito entre nosotros.

—¡Cuanto nos afligís, Ines! dice la vírgen de Montolin.

—¡Yo, responde la reina con cierta sencillez hija de su enagenamiento, yo os aflijo! ¿y como?.... ¿que males he podido hacer todavía?.... Lejos de mí la idea de querer afligir á nadie.

Estaba entreabierta la ventana, y daba paso á un suave vientecillo: centelleaba el puro y escombrado cielo, y la triste Filomena se quejaba dulcemente en la floresta.

—Arturo ya no existe, prosigue Ines, ¡y mira sin embargo que tiempo tan sereno! ¡Que tiernos conciertos! ¡que aire tan puro! ¡que naturaleza tan risueña! ¡Ah! ¡ni el cielo, ni

las aves, ni la naturaleza, nadie piensa en la tumba de Arturo! ¡nadie viste luto sino yo!.... ¡Ah, perdona! me olvidaba de ti.

Estrechando despues la mano de su amiga: — Quiero pedirte una gracia, prosigue, ¿podrias negármela?

—Hablad, responde la vírgen del castillo: yo os lo concedo todo desde ahora.

—¡Isolina! continúa Ines con voz grave y desmayada; el dolor que nos quita la vida, no basta siempre para darnos una muerte pronta. No esperaba yo ver el dia de mi partida para Lutecia; mas por desgracia aun amanecerá para mí..... mañana es; ¿si será el último? ¡Plegue á Dios!..... volvamos á mi súplica: cuando Arturo te conducía al altar, llevaba vestido un manto blanco. Yo sé que tú le guardas, Isolina, y quiero que me le prestes tan solo unos momentos: con-

fíamele por esta noche, que mañana te será devuelto. No trates de penetrar el objeto de esta pretension; yo sé que me amas, y todo lo espero de tu afecto.

—Esta noche le tendreis, respondió tristemente Isolina. ¡Todavía mas sacrificios!..... tal es el ejercicio de mi vida. Sí, le tendreis esta noche; pero mañana....

—¡Mañana!.... sí, mañana le tomarás, dice Ines.

Y arrojándose en brazos de Isolina con la espresion de la mas tierna gratitud:

—¡Querida Isolina! prosigue, ¡á Dios! Sé que no puedo compensarte los consuelos que me ha prodigado tu ternura. Quiera el cielo premiarlos, ya que á mí no me es dado. ¡A Dios, criatura angélica!.... ¡á Dios!

—¡Cielos! ¡que quereis decir! interrumpe Isolina horrorizada.

—¡ Hasta mañana! contesta la reina, y señalando al cielo con el dedo, repite con acento fúnebre y sublime: — Sí, *hasta mañana.*

Poco despues de esta conversacion, ya estaba en poder de la reina el manto blanco de Ravenstel.

Amanece el dia grande señalado para la partida; mas el ambicioso señor de Montolin, que esperaba ocupar el primer lugar en la real comitiva, había caido enfermo la víspera, y precisado á quedarse en Montolin, no podia acompañar á Ines, ni servir de guía á su hija. Isolina hubiera querido no separarse de su padre; mas éste la manda partir.

Ya está pronto el carro triunfal con seis caballos blancos ricamente enjaezados. Todos los señores del canton, montados en soberbios corceles, aguardan impacientes á la reina; colócanse en sus puestos los escuderos y los pa-

ges; la guardia está sobre las armas; resuenan los clarines; abren la marcha los heraldos; las puertas del castillo se hallan obstruidas por las gentes que se agolpan; y las damas de Ines, adornadas con sus mas ricos trages, la esperan en el gran pórtico.

¿Mas en que consistirá que la reina tarde tanto en presentarse?... Cuando se levantó por la mañana había manifestado deseos de que por espacio de dos horas la dejasen sola en su oratorio á fin de poder rogar al cielo la diese la fortaleza necesaria para cumplir su destino sobre la tierra. Las dos horas se han pasado ya, y el impaciente Leopoldo vuela al gabinete donde su hermana está encerrada: la llama, y nadie le responde; echa la puerta al suelo, y.... ¡oh sorpresa! todo está desierto: la princesa ha desaparecido: se ha salido sola del fuerte por alguna puerta escusada.

Pero ¿como ha podido robarse á las miradas de todos?.... ¿adonde se habrá dirigido?.... Salen por todos lados en su busca. ¡Inútiles pesquisas! no ha dejado señal alguno de su fuga, y podría decirse que arrebatada milagrosamente por algun genio, había pasado sin ser vista al traves de los muros y los aires. Todos los paladines se hallan consternados, y los regocijos públicos se convierten en luto general.

Pásase el dia; desvanécese toda esperanza de hallar á la hija de Bertol-do. El Prior de san Ireneo, el conde de Barres y el príncipe de Meranie se abandonan á la desesperacion.... Todo anuncia que Ines ha desaparecido para siempre.

Ya se estendian por la tierra las densas tinieblas de la noche. El desórden, el dolor y la confusion reinaban en Karency. ¿Qué harán los caballeros,

los pages, la guardia de honor y las damas que habian de acompáñar á la reina? ¿Esperarán, ó deberán retirarse?.... nadie acierta á tomar resolucion alguna.

Abatida con este nuevo golpe la sensible Isolina, quiere dejar el fuerte, y viéndose abandonada de su amiga, desea volverse á asistir á su padre. No es justo oponerse á este deseo, y el senescal de Francia, siempre tierno y enamorado, la acompaña á Montolin.

Durante el corto tránsito no puede Guillermo reprimir los movimientos de su corazon: píntale su ternura, y solicita una palabra de esperanza.

Conoce Isolina su amor: escucha sus palabras; pero no le hacen la menor impresion. Si el senescal se coloca á su lado, apenas le ve; si le toma una mano, permanece fría entre las suyas; y aunque sus ardientes espresiones le

acrediten el fuego que le devora, el movimiento frío de su corazon no es mas lento ni mas vivo. ¡Aquiles frances! renuncia á Isolina..... jamas serás amado.

Llegan á la orilla del lago. La argentada luna caminaba magestuosa por la bóveda etérea, y la tranquila luz de sus rayos se reflejaba sobre las purísimas aguas, blandamente agitadas por una brisa ligera, que esparcía por la ribera el suave aroma de las flores del prado. Oíase á lo lejos la dulce flauta de un pastor de la aldea, y sus sonidos vagos y lastimeros, habian adquirido la sublimidad de una música aérea, como si la divina luz del astro virginal, hubiese separado de su melodía todo lo que tenia de terreno.

Mas este aire puro, esta noche hermosa, este cuadro apacible y sereno, redoblan la melancolía de la viuda de

Ravenstel. La tierra, en donde ya no mora Arturo, está despojada de sus atractivos; la naturaleza, que él admiraba, ha perdido su encanto; y la misteriosa luna, que ya no mira Arturo, no tiene para Isolina ningun grato reflejo: á sus ojos ya no es Febe la lumbrera del amor, sino la lámpara funeral que, pendiente de los cielos, ilumina las tumbas.

Boga Isolina hácia Montolin. Guillermo no se atreve á distraerla de sus meditaciones, y la silenciosa barca llegará muy pronto á la ribera opuesta.

Mas á deshora da Isolina un grito de horror que hace estremecer al guerrero. Píntase el espanto en los ojos de la vírgen, y su trémula mano señala al senescal la cumbre de una roca.

Mira Guillermo, y solo ve una especie de pabellon blanco, que agitado por la brisa de la noche, ondeaba sobre la desierta peña. Ningun poste le

sostiene, ningun brazo humano le mueve. El senescal le examina sorprendido, y cree ver un señal de apuro.... mas esta bandera fúnebre, abandonada y solitaria, ha sobrevivido sin duda al desventurado que la ha tendido en vano para pedir auxilio. Su estremada blancura infunde cierto horror: tal es el pañuelo del náufrago que flota en el mar sobre el frío cadáver de su dueño.

— ¡Guillermo! esclama Isolina, deteneed el barco. ¡Ay! una idea horrorosa me ilumina.... quiero subir á esa roca.... ese pico funesto es *Fontaril!*

Dice; y el barquero obedece al momento. Confírmanse sus temores á medida que se aproxima á la ribera. Cubre la negra roca la sombra de un monte vecino; y todos los rayos de la pálida antorcha de la noche, están concentrados en el pabellon que tremola en la cumbre: cuando el viento

le agita, parece que cubre á un moribundo atormentado con las convulsiones de la agonía.... cuando queda en reposo, semeja á la blanca vestidura de un espectro que vaga en derredor de los sepulcros.

—¡Senescal! dice Isolina: reconozco el vestido blanco que esta noche fúnebre me ofrece.... allá arriba, sobre esa misma roca vertió Arturo su sangre por la Estrangera.... en ese sitio recibió el golpe fatal de que mas adelante debía morir.... Ines lo sabe, y.... no hay duda, Ines está ahí.

Arriban á la costa, salta en tierra Isolina, trepa precipitadamente la montaña, llega á la espantosa llanura de la cumbre....¡Gran Dios! ¡que espectáculo se presenta á sus ojos!

El cuerpo exánime de Ines yace tendido sobre la roca, en el mismo lugar donde corrió la sangre de Arturo.... la esposa de Felipe lleva ves-

tida una ropa de escarlata recamada de oro y forrada de arminios; mas un manto que forma largos pliegues... el manto blanco de Ravenstel cubre estas pompas; porque al exhalar Ines el último suspiro, ha querido ofrecerlas como una hecatombe á los manes del objeto amado; y entregada toda á la memoria del noble Arturo, morir de pena bajo la púrpura real.

Pone Isolina la mano sobre el corazon de su augusta amiga.... ¡ay! hace ya largo tiempo que no palpita: su cuerpo está mas frio que la piedra que le sostiene. Agita el céfiro la blonda cabellera.... ¡ah! ni la diadema ni las flores se entrelazarán ya con sus graciosos bucles: sus ojos están cerrados para siempre.

— ¡Víctima ilustre del destino! dice Isolina con voz desfallecida, terminároнse tus tormentos.... aun me parece que te oigo: *¡Hasta mañana!*

¡cruel! tu dia ha llegado.... ¡ay! ¿donde está el mio?

Toma diciendo esto el manto de Arturo, aquel ropage fatal del himeneo que solo había servido de paño mortuorio; estréchale contra su seno, y le agradece en secreto su último llamamiento fúnebre.

— Ines, prosigue con vehemencia despues de un silencio lúgubre, ahora veo que tenias razon: tu ardiente y apasionado corazon convenía mas que el mio y que otro alguno al corazon de Arturo.... cierto era lo que me decías: tú amabas mas que yo; tú te has unido á él ¡ay! ¡y yo existo todavía!

¡A Dios, amantes fieles! á Dios.... los dos me habeis abandonado; ambos habeis huido de mí uno en pos de otro.... ser siempre sacrificada: tal es el hado de Isolina. He quedado sola, del todo sola.... ¡A Dios, noble

Ines !.... ¡reposa en paz; y que esta roca de amor y de muerte sea el puerto de descanso de tu lastimado corazon!

¡Hija desventurada de los reyes! yo depositaré tus cenizas con las de tu amado bajo el añoso sauce de la vírgen.... el agua pura de la santa fuente correrá silenciosa junto al monumento.... aquel suelo, sobre el cual juró amarte, os reunirá para siempre; y si alguna muger acude sola todas las noches á regar con sus lágrimas aquel recinto misterioso, en ella reconocereis y compadecereis.... á infeliz que habeis abandonado.

—¡ Isolina! interrumpe Guillermo con el acento de la desesperacion, ¿á que ese discurso tan horroroso? el amor....

—¡El amor! responde la vírgen de Montolin; de hoy mas ya no saldrá de mis labios ese nombre funesto;

su lenguaje me es insoportable y no debe ya dirigírseme.

Levántase al decir estas palabras, y con ademan grave y sublime, mostrando á Guillermo el apartado chapitel del convento de benedictinas, aquel mismo convento que desde el balcon de san Ireneo había llamado el dulce reposo: — Senescal, añade con el acento firme que anuncia una determinacion irrevocable, ya no queda para mí sobre la tierra mas que una sola guarida, un solo refugio.... allí, ¡y para siempre!.... á Dios.

Estas fueron las últimas palabras que oyó el conde de Barres de la boca de Isolina.... Guillermo no pudo ya amar á otra muger.

Leopoldo estuvo largo tiempo inconsolable por la pérdida de su hermana; mas la duquesa de Karency, cuyas lindas facciones le recordaban las de Ines, halló en fin el camino de

su corazon; amáronse, se unieron, y ambos vivieron felices años en la corte de Meranie.

Niceta fue dichosa con el esposo que su madre le había elegido: el señor de Montolin sobrevivió poco á la ruina de sus ambiciosas esperanzas; Olburgo murió oscuro y despreciado.

El senescal de Francia se restituyó á la corte de Felipe Augusto; hizo prodigios de valor en la batalla de Bouvines, coronándose de nuevos laureles: elevole el monarca á las primeras dignidades del reino; mas nunca pudo ser feliz. Estremecíase cada vez que divisaba el chapitel de un monasterio: el sonido de una campana destrozaba su corazon; y continuamente tenia á los oidos estas crueles palabras:

—*¡Allí! ¡y para siempre..... á Dios!*

FIN.

Coleccion de novelas, propiedad de la casa de CABRERIZO. VALENCIA.

La presente coleccion es indudablemente la mejor biblioteca *de este género que hasta el dia se ha publicado en España, ora se atienda á la uniformidad, belleza y cómodo tamaño de las impresiones, ora principalmente á lo selecto y variado de las novelas que la componen; porque del inmenso número de obras de esta clase que contiene la literatura moderna, se han entresacado únicamente aquellas cuyo mérito está generalmente reconocido en Europa, y que á una moral sólida y pura reunen una instruccion amena y variada, y acomodada por tanto al gusto de todos los lectores. Al lado de los cuadros sublimes de* D'Arlincourt, *se verán en esta coleccion las tiernas é interesantes escenas domésticas del dulce y delicado* Lafontaine, Goëthe y Madama Genard.

Junto á las descripciones artísticas de la hermosa Italia, por Madama Staël, *se hallará un rasgo histórico de España, Argel, ó la Grecia moderna, y para cobrarse del gran pavor que inspiran las terribles apariciones de la familia de Vieland, y del castillo de Mazzini, hallará el ánimo las risueñas pinturas de Chateaubriand, y las sencillas costumbres de la Succia.*

La coleccion consta hasta el dia de las novelas notadas á continuacion; pero siendo indeterminado el número de tomos que han de componerla, se irán publicando algunas, bien nacionales ó extrangeras, que reunan las circunstancias que quedan indicadas; en el concepto, de que las personas que deseen adquirir toda la coleccion ó parte de ella, se les hará una rebaja proporcionada: podrán dirigir su encargo á cualquiera de las librerías de las provincias que se indican en la portada de los tomos.

Las publicadas hasta el dia son las siguientes:

NOVELAS PUBLICADAS EN ESTE MISMO TAMAÑO. *La primera coleccion se compone de*	Precios. *Valencia.*	*Provinc.*
La *Familia de Vieland*, ó los *Prodigios*. 4 tomos en pasta.	48	52
Carvino, ó el *Hombre prodigioso*. 1 tomo en pasta.	12	13
Anita y el *Pícaro de opinion*, por *Lafontaine*. 2 tomos en pasta.	24	26
Elena y *Roberto*, ó los dos *Padres*, por *Madama Genard*. 2 tomos en pasta.	24	26
Herman y *Dorotea*, del célebre *Goëthe*. 1 tomo en pasta. . .	12	13
Las *Pasiones del Jóven Verter*, del mismo autor. 1 tomo pta.	12	13
Zunilda y *Florvel*, ó las *costumbres de Suecia*, por *Segur*. 1 tomo en pasta.	12	13
Los *Placeres de la Mesa*; ó el *Arte de Comer*, con un tratadito del *Arte de Trinchar*. Este poema es único en nuestro idioma, y digno de ocupar el estante de un literato, aunque no sea gastrónomo ni		

regalon. 1 tomo en pasta. . .	12	13
Corina en Italia, por *Madama Staël*. 4 tomos en pasta. . . .	50	54
Julia, ó los *subterráneos del castillo de Mazzini*. 2 tom. pta.	24	26
La *Sacerdotisa peruana*, ó *Reinaldo y Elina*, novela indiana. 1 tomo en pasta.	12	13
Ricardo y Sofía, ó los yerros del amor. 2 tomos en pasta..	24	26

La segunda.

El *Solitario del monte salvage*, por el *Vizconde D'Arlincourt*. 2 tomos en pasta.	24	26
La *Extrangera*, ó la *Muger misteriosa*, del mismo autor. 2 tomos en pasta	24	26
Aventuras del último de los Abencerrages, por *Chateaubriand*. 1 tomo en pasta.. . .	10	11
El *Caballero del Cisne*, ó los *Bandos de Castilla*, novela española, por *Lopez-Soler*. 3 tomos en pasta.	36	40
Barba Azul, ó la *Llave encantada*: coleccion de cuentos para niños y abuelitas. 1 tomo pta.	12	13

Amor y *Religion*, ó la *Jóven Griega*, novela histórica. 1 tomo en pasta.	12	13
Orosman y *Zora*, ó *la pérdida de Argel*, novela histórica. 1 tomo en pasta.	12	13
Amor y Virtud, ó las *cinco novelas*. 1 tomo en pasta. . . .	12	13
Sales Cómicas, agudezas y rasgos de imaginacion de autores españoles y extrangeros. 1 tomo en pasta	12	13
El *Juramento de no amar*, ó *las tres Amigas*. Novela traducida del francés. 2 tomos en pasta.	24	26
El *Amor* y la *Muerte*, ó la *Hechicera*: por el Vizconde D'Arlincourt. 1 tomo en pasta . .	12	13
Las *Ruinas de Santa Engracia*, ó *el sitio de Zaragoza*, novela histórica original. 2 tomos en pasta.	24	26
Teodora, *Heroina de Aragon*, ó *memorias del coronel Blok*. Episodio para historia de la guerra de la independencia. 1 tomo en pasta	12	13